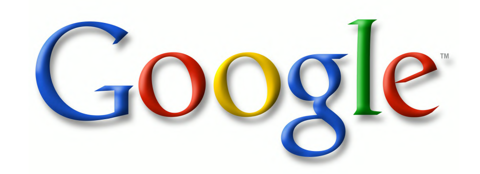
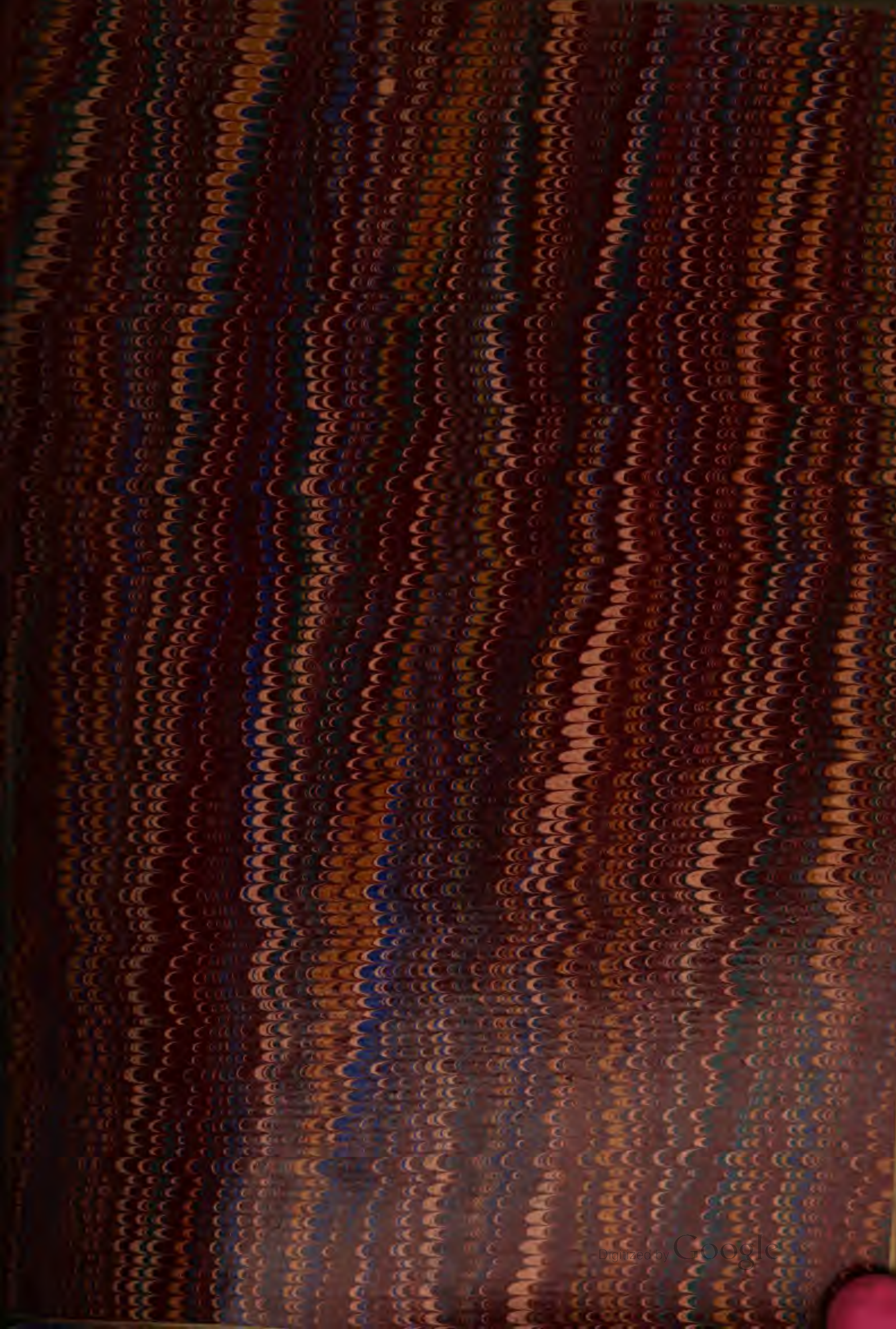
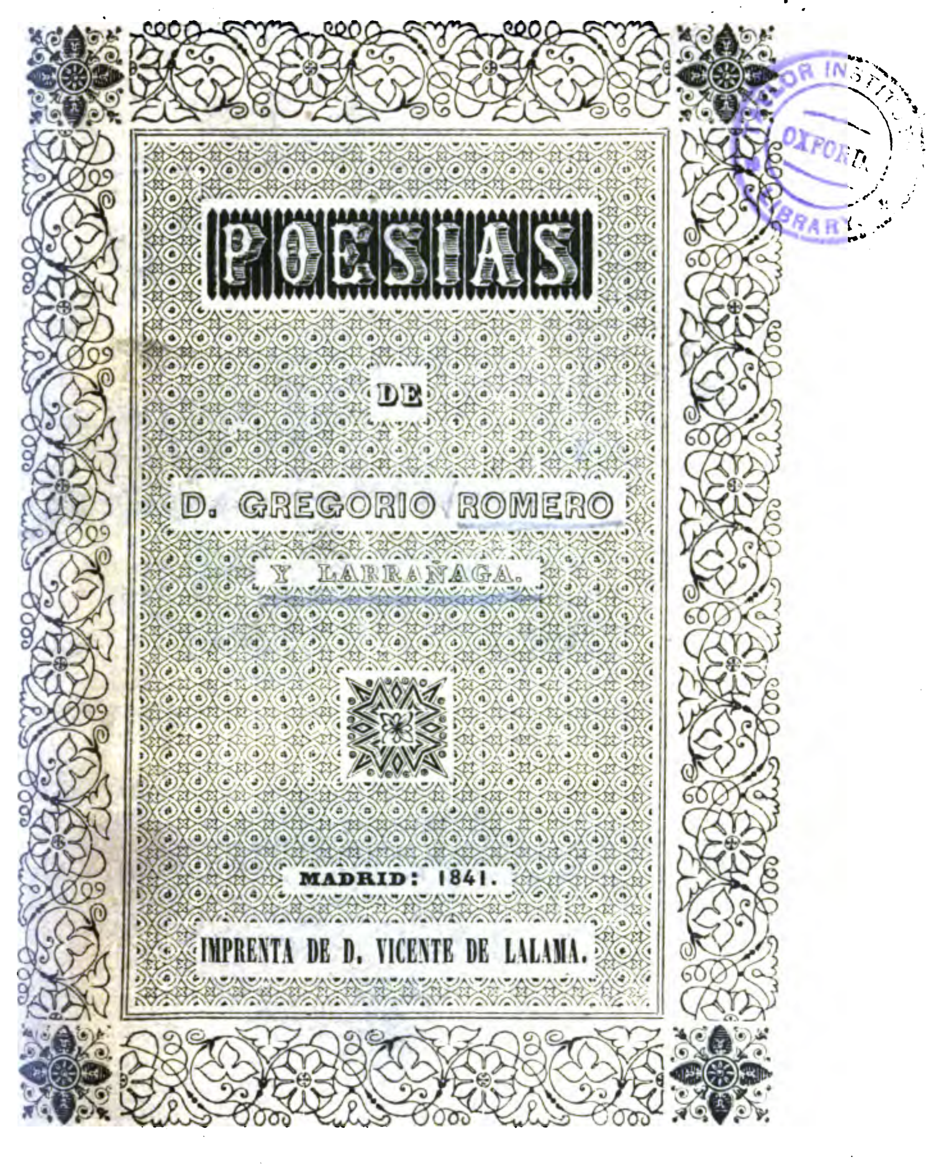





54 g. 11
OS. 12 E. 29
DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA
Taylor Institution.
1887
Digitized by Google





POESIAS

DE

D. GREGORIO ROMERO

Y LARRAÑAGA.

MADRID: 1841.

IMPRENTA DE D. VICENTE DE LALAMA.

Poesias.

Estas Poesías son propiedad de su autor, quien perseguirá ante los tribunales al que las reimprima; y se tendrán por contraechos todos los ejemplares que no lleven su firma.

Se venden en Madrid, en el *Liceo Artístico y Literario;* en la librería de *Sanz*, calle de las Carretas, y en el *Gabinete Literario*, á 20 rs. vn.

En las provincias á 24, franco de porte, haciéndose los pedidos por conducto de las Administraciones de Correos y librerías corresponsales del Gabinete Literario.

G. Romero y L.

POESÍAS

de

DON GREGORIO ROMERO Y LARRAÑAGA,

PUBLICADAS

BAJO LOS AUSPICIOS

del Liceo Artístico y Literario

DE MADRID.



MADRID: 1841.
IMPRENTA DE D. VICENTE DE LALAMA,
calle de las Huertas, núm. 8.

DEDICADAS

A mi amigo

DON MARIANO ROCA DE TOGORES.

Gregorio Romero y Larrañaga.

INFORME.

SEÑORES:

En pocas ocasiones con tanta confianza, en ninguna con igual placer, he venido en nombre de la junta gubernativa del Liceo, á pediros la venia para llevar á cabo lo que, no perteneciendo claramente á sus atribuciones, debe de estar sujeto á vuestra superior intervencion.

Nuestro apreciable colega D. GREGORIO ROMERO Y LARRAÑAGA intenta dar á la prensa una coleccion de sus Poesías, y alentado con la benévola acogida que muchas de ellas han obtenido en nuestras sesiones, quisiera autorizar con el respetable nombre del Liceo las obras mismas que ha escrito bajo su influencia, y que ha leido en su tribuna.

Esta sola circunstancia pudiera hacer que pareciese á alguno redundante la recomendacion de un libro dado por la corporacion misma que ha recibido con aplauso una tras otra todas sus páginas. Y aun en el caso de recomendarla, no faltaria quien tachase de innecesario vuestro permiso, en asunto en que ni las constituciones ni los intereses del Liceo están comprometidos: pero en concepto, señores, de la junta á cuyo nombre hablo, no es lo mismo aplaudir una á una las poesías de un joven apreciable, que recomendar por escrito la coleccion de todas ellas: aquellas palmadas, hijas á veces de verdadero entusiasmo, otras de sincero asentimiento, lo son no pocas de mera cortesanía, y siempre de un afecto efímero y transitorio: las dá la sociedad, las recibe el poeta, y una y otro las olvidan presto: por el contrario, las recomendaciones de esta especie deben ser dictadas por la severa imparcialidad, son hechas, no por una tertulia, sino por el cuerpo respetable que vosotros representais, y deben calificar y comprender, no al autor, sino á la obra. Nuestros aplausos, circunscritos al salon del Liceo, se apagan instantáneamente en sus bóvedas; nuestros escritos se dirigen al público, y al porvenir: por eso nuestra responsabilidad es mayor, por eso

nuestra honra literaria depende de la justicia de nuestros juicios, de la mesura de nuestras razones, y por eso, en fin, la junta gubernativa ha creido que solo á vosotros competia; á vosotros á quien están confiados los intereses de la corporacion y que debeis mas cuidadosamente vigilar sobre aquel tesoro, para todo hombre preciosísimo, para los artistas inestimable, bien supremo que difícilmente se consigue, y que nunca, una vez perdido, se recobra: la buena opinion y el respeto público.

Pero en nuestro entender, señores, si el nombre del Liceo dará autoridad á los versos del señor Romero, no será menor el crédito que de ellos reciba. Vana y fútil seria esta corporacion, si se limitase al entretenimiento infructuoso de una sociedad alegre; si de cuando en cuando no brindase al público con estos sazonados frutos, dignos por cierto de mejores tiempos. ¿Y quién sabe, por otra parte, si los que tan bellos y delicados nos presenta el señor Romero, no se hubiesen marchitado en flor bajo influencias menos apacibles? ¿Quién sabe cuál hubiera sido su suerte, si no hubiesen crecido sus primeros tallos en la dulce temperatura del Liceo, donde los huracanes políticos no penetran; si no hubiesen obtenido desde muy

temprano el esmerado cultivo de cien amigos, que admiraban su fragancia y su lozanía: si no los hubiese, en fin, oreado el aura deliciosa de aplausos gratos al genio del poeta, al corazon del joven, al pundonor de todo hombre?

Examínense las composiciones de Romero. En las primeras, poco anteriores á la fundacion del Liceo, se notan al par que las buenas prendas que distinguen al autor, las malas tendencias que la escuela francesa comenzaba á la sazon á poner en moda entre nuestros literatos. El poeta es en ellas, como en todas, fácil y armonioso en la versificacion, tierno y delicado en el pensamiento, pero alguna vez vago en su espresion, y no del todo limado en el lenguaje.

¡Quién sabe sin el constante estímulo, y el premio que encontraba en nuestros salones, cuál hubiera sido el fruto de sus talentos! Quizá Romero mismo hubiese ofrecido sus obras á la implacable podadera de una crítica desatentada, que confundiendo los defectos de la época con los del individuo, hubiese secado su naciente ingenio, ó quizá mas bien arrastrado por el huracan que levantan al principio las tormentas literarias, hubiese buscado en mayores sacudimientos los ruidosos aplausos que su alma

generosa necesitaba. Romero, oprimido por la crítica, no hubiese osado escribir; Romero, impelido por la moda, hubiese corrompido su gusto.

Felizmente no ha sido asi; nuestro estimable colega ha encontrado en el deseo de sobresalir, un estímulo necesario á toda alma postrada por la melancolía; en los aplausos de palmas amadas una recompensa que su corazon tierno y sensible habia sin duda menester; y en el instintivo buen gusto de una sociedad culta y numerosa, un correctivo de amaneradas doctrinas. Los clásicos hubiesen hecho de él un tímido imitador de Ovidio ó de Garcilaso; los románticos lo hubiesen tornado un delirante, á la manera que allende el Pirineo se usa; el Liceo ha contribuido á hacer de Romero un Poeta.

Los cortes, alguna vez estravagantes, de su primera versificacion, la diccion oscura, fueron poco á poco desapareciendo, y en cambio, ¡cuánta gala en la elocucion! ¡Cuánta delicadeza en las imágenes! ¡Cuánta pompa en el lenguage! ¡Cuánta naturalidad siempre, cuánta ternura en casi todas ocasiones, cuánta profundidad, en fin, en muchas de sus obras! A los ensueños pavorosos sucede la pintura sublime de la naturaleza; á los insanos arrebatos las altas verdades filosófi-

cas; á las mentidas hipérboles de un corazon que se agita á sí propio, la tierna melancolía, la pasion dulce y patética que inspiran blandamente al poeta los objetos sencillos que le rodean, y los sentimientos que le mueven íntimamente.

Si vosotros, como yo y como el Liceo entero, no hubieseis visto á nuestro compañero animarse lenta y maquinalmente con vuestros aplausos, y cobrar en ellos fuerza para tornar de nuevo un dia y otro á deleitaros y conmoveros; si vosotros, digo yo, no hubieseis visto crecer sus buenas prendas de poema en poema; imprimirse mas y mas en cada uno de ellos las bellas calidades que le caracterizan; desprenderse de los amaneramientos de la moda; y formarse al cabo un estilo propio, y un género peculiar á él solo, de ternura y melancolía, verdaderamente inspiradas, me tomaria yo ahora la libertad de recordaros alguna de las composiciones que esta obra contiene.

Leeria *La aventura nocturna*, una de sus primeras canciones, ó *La noche de tempestad*, y las compararia con los bellos romances de *El de la cruz colorada* y *Una noche en Granada*, dignos de nuestros mas galanos escritores del siglo XVII. Os haria luego notar la viveza de imaginacion, la delicadeza, el

númen con que hablando de *La hoja marchita*, ó de *La Amapola*, junta al florido estilo de nuestros dramáticos la profunda melancolía de los líricos estrangeros. Os detendria, por último, en la composicion á *La Misa del Gallo*, en que el poeta, desviándose del género festivo y jugueton á que convida el título, se remonta á la contemplacion de las verdades austeras de nuestra fé, y halla en la historia del cristianismo entonaciones altas á par que claras, poéticas y piadosas, distantes en gran manera de la amanerada hinchazon que ahora llaman sublimidad.

Pero todas estas composiciones han merecido ya la aprobacion del Liceo, y aun sobre el mérito de muchas de ellas ha pronunciado ya el tribunal, á todos superior, que estiende su jurisdiccion á los pasados como á los presentes, el público. El vá ahora, señores, á juzgarlas de nuevo, y á fallar con mayor conocimiento; pues que examinando juntas las obras todas del autor, decidirá si ha correspondido con una marcha constante, con una perfeccion progresiva á las esperanzas que infundió al principio, y á los aplausos que siempre ha obtenido. El público vá á examinar de un golpe el sendero todo que el autor ha recorrido, y vá á pedir cuenta al *Poeta* de la indulgencia que adelantó al joven.

La junta gubernativa á su vez, aguarda confiada y respetuosa este fallo; y si lo dá por su parte favorable, menos se apoya en su propio limitado saber, que en el respetable informe de la seccion de literatura. Sin embargo, al dirigirse á vosotros por mi conducto, debe añadir, que en su concepto el libro sujeto ahora á vuestro exámen, es no solo fruto de una imaginacion aventajada, sino de una sociedad entera. Que el público verá sin duda en estas poesías, que si el Liceo no es, como ningun cuerpo colectivo, capaz de hacer una obra que tenga unidad en el pensamiento, y armonía en sus partes; es sí poderoso para fomentar la aplicacion de sus individuos, para sacarlos del retiro en que una modestia mal entendida los encierra muchas veces, para mejorar sus instintos literarios y artísticos, para ponerlos á cubierto de modas efímeras, y para inculcarles, en fin, el buen gusto que dura solo en todos tiempos, y se estiende á todos los paises.

Por estas razones, pues, la junta gubernativa cree que la delegada debe permitir á D. Gregorio Romero y Larrañaga publicar sus poesías bajo los auspicios del Liceo. ═Madrid 1.° de julio de 1841.═Mariano Roca de Togores.═Señores de la Junta delegada del Liceo.

Al público.

LA JUNTA DELEGADA ha concedido al joven poeta D. GREGORIO ROMERO Y LARRAÑAGA el permiso de publicar sus Poesías, autorizándolas con el nombre del Liceo. El favorable juicio que su escogida sociedad ha formado de ellas anteriormente; la eficaz y unánime recomendacion de la Seccion de Literatura, y el informe de la Junta gubernativa, han decidido á la delegada á prestar su asentimiento en esta ocasion, deseando por su parte estimular el ingenio, y premiar, aunque escasamente, el talento y la laboriosidad de uno de los aventajados jóvenes que cuenta en su seno.

A CRISTINA.

(Esta composicion se insertó en el Album de S. M.)

Preparad lienzos, pintores,
disponed vuestros pinceles;
entusiastas trovadores,
entonad trovas de amores,
que se cambian por laureles.

Alzad las frentes radiantes
hasta el sol, padre del dia;
que, aunque jóvenes, gigantes
pareceis, pues sois atlantes
de la hermosa patria mia.

Y vos venid, mi Señora,
entre corazones fieles,
y olvidareis en buen hora
con la fiesta bullidora
vuestros recuerdos crueles.

Harto esos ojos miraron
las ruinas de las campañas!
Harto con lloro pagaron
la sangre que derramaron
los hijos de sus entrañas!

Bastante se ha estremecido
vuestro pecho al escuchar
el moribundo quejido
de tanto infeliz perdido;
bastante fue el suspirar!

Recread vuestras miradas
en brillantes paisages,
en catedrales pintadas,
ó en nubes tan imitadas
que al sol le roban celages.

Y en vez de gritos que espantan,
os adormezca el placer,
de esas bellas cuando cantan;
ángeles mas bien que encantan
bajo formas de muger.

O con cantigas de amores,
los poetas inspirados
alivien vuestros dolores,

y se embote en tantas flores
el aspiz de los cuidados.

Y á fé que no desdeñeis
al poeta que suspira,
pues en sus labios vereis
el mundo que governeis
sin rebozo y sin mentira.

Que su voz ha de espresar
el eco de su sentir,
que en el alma ha de vibrar;
y ó no han de saber cantar
ó no han de saber mentir.

Todo aquí es grato y dichoso;
venid, sentireis solaz
y un envidiado reposo;
ni está bien un rostro hermoso
sino en medio de la paz.

Y vuestro pecho, Señora,
dulce será cual la brisa
de esa Italia encantadora,
que entre sus galas, aun llora
perdida vuestra sonrisa.

Y dulces las sensaciones
serán de esa alma brillante,
cuyas tranquilas pasiones
brotaron; con las canciones
de Metastasio y del Dante.

Vuestra mente se inflamó
tambien en paz y en ternura,
que Petrarca os la inspiró
cuando á la márgen del Pó
lloraba su desventura.

Y si todo en vos dulzores
y mansedumbre respira,
dejad vanos resplandores:
venid entre trovadores,
venid á escuchar su lira.

Esa corona luciente
apartad; os sienta bien,
os ensalza dignamente,
es bello adorno en la frente,
pero es pesada tambien.

Y mas hermosa con ella,
no, Cristina, no lo estais;
que aunque alumbra como estrella,
la viva luz que destella
pardiez que vos se la dais.

Venid sin esa corona,
que os puede en la sien herir
si tan firme la aprisiona;
si tanta punta eslabona
no os ha de dejar dormir.

Dejadla un breve momento,
en que solaceis el alma
de ese eterno pensamiento:

si alivia tanto tormento
solo un instante de calma !

Y por si ofende á una diosa
brillar sin su digno emblema,
aunque no en tanto preciosa,
por lo menos tan hermosa
no os ha de faltar diadema.

No de diamantes preciados,
ni de vistosos joyeles
de perlas mil engarzados,
sino de verdes laureles
á la gloria conquistados.

Esos, Reina, no perecen,
que cada vez mas gloriosos
y lozanos reverdecen,
porque sus semillas crecen
en los pechos generosos.

Y siempre brillan con gloria,
y nada empaña su esmalte;
los hizo eternos la historia,
y ha de faltar la memoria
para que esplendor les falte.

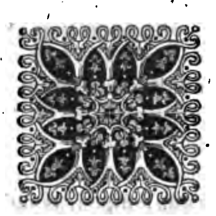
Esa que admitais suplico
por corona, nuestras palmas;
honroso don os dedico,
y aun por su engaste el mas rico,
pues va, Señora, con almas.

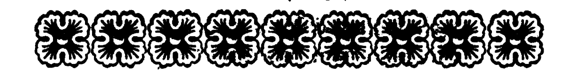
Al ver que adorna esa frente
el lauro que consigamos,
inflame el delirio ardiente
de la gloria, nuestra mente,
y á sus altares corramos.

Y pronto, lo afirmo fiel
por poeta y español,
con tanto verde laurel
hemos de alzar un dosel
que anuble la luz del sol.

Defender su reina, es cosa
que aunque no fuera un deber,
lo hará un alma generosa;
bastára que sois hermosa,
sobrára que sois muger.

Abril,—1838.





EL ARBOL DEL AMOR.

Hay una planta en el mundo
que con el hombre nació,
que crece en sus pensamientos,
que brota en su corazon;
que con él se hunde en la huesa,
que fue legado de un Dios:
planta con flor inodora;
por nombre se llama AMOR.
Placeres y desvarios
forman sombra en derredor
de la planta, que refleja

su vivisimo color.
Sus hojas son ilusiones,
desconfianza y temor:
su semilla son deseos;
sus frutos la posesion.
Promesas forman sus flores;
brillantes, si ciertas son:
desvanecidas y mustias,
sin frescura y sin olor,
cuando vanas y mentidas.
Desdenes abren la flor,
y la dan gala. Desprecios
la arrollan como Aquilon.
Sus verdes tallos se inclinan
cual dorado girasol
al rayo que las anima,
y al blando influjo de un sol.
Ese sol es la muger,
y sus bellos ojos son
los que hacen que brote erguida,
ó abrasan su corazon.
Son sus aguas esperanzas,
y á su riego bienhechor
jamás se agosta en sus flores
el deslumbrante verdor.
Con estenuado murmullo
el arroyo seductor
se pliega y besa sus hojas,
y hace eterno su frescor.
En medio de la corola
y en el blando corazon
de la planta, brota oculto
un gusano roedor.

Los celos, que sordamente
clavan su duro aguijon,
en el cáliz que corroen
con venenoso licor.
El niño que en frágil cuna
ni aun vé el discurso de un sol,
el gérmen de amor ya tiene
en su infantil corazon:
el joven sus esperanzas,
el hombre su posesion,
y hasta el anciano al sepulcro
lleva un recuerdo de amor.

Agosto.—1837.



EN LA MUERTE

DE MI AMIGO

Don Miguel Cabrero.

SONETO.

Baja enlutada con mortuorio velo,
En blanca nube, atribulada Diosa,
Y de flores corona yerta losa,
Que baña con llorar de desconsuelo.
Es el álma virtud, que desde el cielo
A bendecir desciende cuidadosa
la tumba solitaria, do reposa
Su mejor amador su fiel modelo.
«Ha muerto un hijo predilecto mio.»
La Deidad dice, y con buril luciente
«Miguel Cabrero» graba sollozando.
«En mí su nombre eternizar confio.»
—Despues besó la huesa tristemente,
Y se tornó á las nubes suspirando.

Mayo.—1836.

Alcalá de Henares.

I.

¿Es un vapor inmenso que se pierde
Entre el pardo crepúsculo del dia
Aquella masa oscura?
¿O el ancho pico amarillento y verde
De una montaña altísima y sombría
De jigante figura?

¿Allí hubo un tiempo la opulenta villa?
¿Allí los lares de la gente mora?
¿Fue sobre esa montaña,

Do á S. Bernardo entre las nubes brilla
La santa cruz, que anuncia que á otra aurora
Ciudad será de España?

Ni chapiteles hay á la moruna,
Ni árabes torres de punzon calado,
Vistosos miradores;
Tocas que brillen con la media luna,
Recios fortines, velador soldado,
Ni bélicos clamores.

Dos peñas son las únicas señales,
Los memorandos restos que quedaron
Donde fue la ciudad:
Y semejan dos losas sepulcrales,
Que allí los huracanes las posaron
Sobre la eternidad.

Una generacion y otras cayeron;
Villa opulenta de memoria hermosa,
¿Dónde estás la Alcalá?
O en su velo las nubes te envolvieron,
O del monte en la entraña tenebrosa;
Pero no existes ya.

Nadie llora tus moros lidiadores,
Nadie acuerda tus lienzos victoriosos,
Tu eminente poder:
Tus poderosos reyes triunfadores,
Y sus leyes, sus códices preciosos
Se undieron con tu AYER.

Hoy solo un cerro considera el hombre,

Y apenas mide con su vista escasa
Su inmensa elevacion;
Y ni un recuerdo consagró á tu nombre,
Y por tu ruina indiferente pasa
Con yerto corazon!

Y en tanto que estás triste, pavorosa,
Como un sepulcro abandonado y frio,
Sin pompa, sin valor:
Esa otra villa se levanta airosa
Con torres mil, con mágico atavío;
Con vistoso color.

Mas para el alma triste del poeta,
Ella es solo una sombra, una ilusion,
Sin recuerdos, sin gloria;
Y tú, grande, magnifica, perfeta,
Llena de lauros mil, de ostentacion,
Sublime á la memoria!

Y aun si ella hermosa á los viajeros brilla,
Es porque tu blason, tu nombre hereda,
Esa nueva Alcalá;
Mas nunca, no, te servirá en mancilla;
Que es, cual bufon que se revuelve en seda,
Y mas lástima dá!

II.

Pintan las torres brillantes
de tersa pizarra oscura,
sobre una atmósfera pura
Su delicado punzon.
Y entre pardos edificios,
aunque breves años cuenta,
como nube cenicienta
se eléva la poblacion.

No tiene ramblas ni fosos.
Mal segura y defendida,
es una reina caida,
sin vasallo, y sin señor.
De pardas torres que forman
su coronada muralla,
del tiempo la mano airada
ya deshizo el ceñidor.

Allí en la plaza hay un templo,
hoy iglesia de María;
y entre la infiel morería
sin duda mezquita fué.
Ancho lienzo por un lado
de piedra bermeja y dura,

de berberisca estructura,
ostenta su orgullo en pié.

El resto informe que tiene
la Santa iglesia Cristiana,
de forma pobre y villana,
es mengua de su valor.
Y parece ruin, mezquina,
junto al lienzo levantado,
borron á su manto echado,
esclava al pié de un señor.

Aqui pálida, amarilla,
con lúgubre magestad,
se vé la Universidad
de muy bizarra labor.
Emporio de ciencias nobles,
Recuerdo de añejos fueros,
monumento de Cisneros,
y de un artista esplendor.

Allí está su biblioteca:
de Orán la llave enmohecida:
allí la enseña rompida
del célebre Cardenal,
Cuelga cual lámpara oscura,
y cubre un lienzo empolvado,
la que otro tiempo al soldado
sirvió de antorcha triunfal.

Y al olvidado estandarte,
allá en la tarde callada,
del viento mansa oleada

agita, al morir la luz:
Yo he visto entre el pliegue oscuro,
al sombrear el estante,
un noble espectro jigante
que viene á velar su cruz...

Por otro lado, entre escombros,
la blanca luna ilumina
los restos de parda ruina;
un alcázar, ¿quién verá?
Pasó el magnate orgulloso
que á su rey no dió su silla;
la luna en la tùmba brilla
de don Tellò de Alcalá!

Sus jardines ¿qué se hicieron?
¿Què sus muelles cortesanas?
Paredes negras, villanas,
y terrible soledad
Quedan de tantos palacios;
y en un ferrado porton,
solo un gastado blason
carcomido en vanidad.

En vano corren mis ojos
por los negros chapiteles;
en vano buscan laureles
que adornen un pedestal.
Ni hay mármoles con su nombre;
ni en una tumba olvidada
tosca corona labrada
á su renombre inmortal.

Mezquina tu patria ha sido,
CERVANTES, con tu memoria;
mezquina fué con tu gloria,
que su gloria hermosa es ya.
Y aunque te dió pobre cuna
te estrañó cuando tu vida;
en tus cenizas te olvida,
ingrata fué tu Alcalá.

❧

Tan solo allí se descubre
entre la sombra importuna,
ancha catedral moruna;
mas no hay aromas ni luz.
Ni hay cánticos, ni plegarias,
en sus salones sagrados;
ni hay estandartes colgados
sobre el punzon de la cruz.

❧

Es cuanto queda en la villa
que de sus timbres nos hable:
mas no has de ser memorable
por lo que tienes de allá.
No son bastante á tu gloria,
ni á restaurar tus blasones,
un colegio con cañones,
ni un San Diego de Alcalá.

❧

Poco merece ese VAL,
esa Vega, ese CHORRILLO;
poco vale ese castillo
parodia de los de ayer.
Nada ostentan tus hidalgos;
poco brillan tus cristianas;

ah! ya no hay moras Sultanas,
diosas de amor y placer!

No hay almenas, ni astillero,
ni recio feudal castillo;
ni el cadalso y el cuchillo
pendiente de torreon:
ni zambras ni encamisadas,
ni bohordos ni torneos;
ni amorosos galanteos
de peregrina invencion!

No hay dorados miradores
con verjas de plata, y gules;
ni hay celosías azules
de fantástico girar,
Con albaca y clavellinas,
enramadas seductoras,
donde platican las moras
que gustan de enamorar.



III.

Esa cueva que cruza por tus montes,
Que sus hondas entrañas profundiza,
Acaso los tesoros de Witiza
Encierra, ó el moruno potosí.

Y esa cuesta Zulema, tan cantada,
Con su pendiente erguida y fabulosa,
Solo te puede dar sombra medrosa
Que no hay mineros, ni Zulema allí.

En vez de capacetes y turbantes
Y de tocas rolladas de moriscos,
Cruzar se vé sobre tus pardos riscos
Pobre rebaño ó rápida perdiz.

Y en esos llanos do se alzó un palenque
Y un rey murió, que el bruto precipita,
Hoy se levanta una amarilla ermita,
Consagrada al patrono de Madrid.

Besa el Henarés la jigante falda
De la ciudad antigua en quien medita,
Y sordo, y manso, su corriente agita
Cual suspirando un eco de pesar:

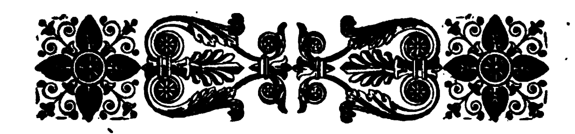
Pero al chocar en el opuesto lado
Donde se eleva la moderna villa,
Parece intenta combatir su orilla
Que és tradicion que un tiempo ha de inundar.



Vives, ciudad, cual viejo aventurero
Que no blandió su enmohecida espada;
Como fea matrona mal tocada,
Sin un velo que oculte tu hediondez:

En blanco dejas las gastadas hojas
Que un nombre te sellaron en la historia;
El tiempo, robador de la memoria,
Ha escrito OLVIDO en tu empolvada tez.

Diciembre.—1838.



EL DE LA CRUZ COLORADA.

ORIENTAL.

Dime tú, el rey de los moros,
el de los bellos jardines,
el de los ricos tesoros,
el de los cien paladines,
el de las torres caladas
con sus agujas labradas,
el de alcatifas morunas,
el rey de las medias lunas,
de los reyes soberano,
el de la Alhambra dorada,

el de la hermosa Granada,
¿en dónde está mi cristiano
el de la cruz colorada?



Bellos tus moros Gomeles,
y diestros son en la zambra.
Discretos son tus donceles
si platican en la Alhambra;
para las justas mañeros,
para la liza guerreros,
para cabalgar airosos,
enamorando amorosos,
modelos en lo galano
y en su apostura estremada;
pero algo falta en Granada,
y es mi donoso cristiano
el de la cruz colorada!

Trovas discretas de amores
tus granadinas merecen,
mas tienes tú trovadores
que esas bellas engrandecen.
Entre los bailes morunos
dispuestos como ningunos;
en los adufes sonoros,
no hay otros como esos moros,
que es su estilo cortesano.
Pero ¡ay! que fuera Granada,
mas hermosa y celebrada
cantándola mi cristiano
el de la cruz colorada!

Empavonados arneses,
tocas de grana, almaizares,
de plata finos paveses,
y bordados capellares,
y marlotas con borlones,
y tunecinos jubones,
y en sedas paños labrados
por turbantes y tocados,
realzan el aire ufano
de tu juventud preciada;
pero ¡ay! que falta en Granada
la banda de mi cristiano
el de la cruz colorada!



Aquí del Dauro y Genil
tus bridones corredores,
esos de estampa gentil,
esos que son los mejores,
me admiran esos corceles
guiados por tus donceles,
ó en las ramblas piafando,
ó por las calles ruando,
dóciles siempre á la mano.
Pero ¡ay! que falta en Granada
la airosa yegua alheñada
de mi perdido cristiano
el de la cruz colorada!



Cautivo está entre cerrojos?
Dime, moro, si es tu esclavo;
si vierten lloro sus ojos,

si merced le harás al cabo,
si te duelen mis dolores
y sus tempranos amores,
si puedo pagar sus prendas!
¡Ay! aunque esclava me vendas,
á mi deshonra me allano;
iré á tu harem enlutada.
No seré mas desdichada
que si pierdo mi cristiano
el de la cruz colorada!



Yo soy la flor de Sevilla;
y en Jeréz, donde nací,
me llaman su maravilla,
y aqui en Granada la Hurí.
No puedo darte, rey moro,
el alma, que es del que adoro;
mas si en lo hermoso soy perla,
tú, sultan, debes tenerla
cual joya á tu fausto vano:
como lámpara estimada
en tus serrallos colgada.
¡Ay! salve yo mi cristiano
el de la cruz colorada!



Atento el sultan la oyó
y la dice con mesura:



En el cerco de Antequera
prendí ese cristiano yo;

era su Alcaide, y él era
el que mas moros mató.
En tanto que fuese vivo
juré tenerle cautivo;
mas tu amor templa mi saña,
que en muger es cosa estraña
guarde fé quien ama en vano!
y diera yo mi Granada
por verte de mí prendada,
como lo estás del cristiano
el de la cruz colorada.

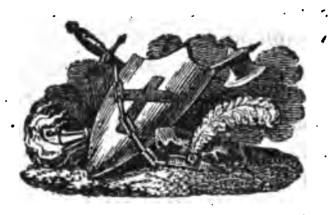
Hermosa, enjuga tu lloro;
lluvia es que empaña tu sien;
sensible soy, aunque moro,
y espléndido soy tambien.
No quiero por ser piadoso
me ofrezcas don tan precioso:
peleo yo con mi alfange;
mas consentir este cange
fuera un tráfico villano.
«Abran la torre ferrada,
»y á esa muger desolada
»entréguenla su cristiano
»*el de la cruz colorada.*»



Las órdenes del sultan
cumplen siervos guardadores;
ya está libre el capitan
con su bella y sus amores.
«Bendito seas el moro,

»el de los palacios de oro,
»y harenes para el placer;
esclamaba una muger,
mientras corre en su alazano
con su cautivo abrazada.
«Bendito.....» calló turbada
porque la abraza el cristiano,
él de la cruz colorada.

Enero.—1838.



YA TENGO AMOR.

I.

Pasó de mis años tiernos
la edad hermosa perdida;
ya han marchitado mi vida
las nieves de veinte inviernos.

—

Veinte años ya de existir
sin saber de una existencia!
Vivir en la indiferencia,
es en la nada dormir.

—

Mas en mi sueño profundo,
al lejos vi los placeres,

entre el oro, las mujeres,
y entre las pompas del mundo.

—

Fácil y ancha era su entrada,
al que anheló conseguirlos,
pero despues para huirlos,
miré la puerta cerrada.

—

Solo podia salirse
de espinas por una senda;
los ojos iban con venda,
era imposible no herirse.

—

Allí el que menos gozaba,
decia que lo engañaron,
y á los que mas disfrutaron,
aun mucho mas les pesaba.

—

Temí poderme engañar
tambien, y pasé dormida
de esto que se llama vida
veinte años sin despertar!

—

Un inesplicable ardor,
un feliz presentimiento,
me anunciaba otro momento....
Ya vivo. Ya tengo amor!

II.

Ya bendigo ese sol puro y ardiente,
con su rosada luz;
ese cielo de nácar, trasparente
de delicioso azul;

—

Porque su luz fantástica ilumina,
con su templado albor,
la blanca sien de la mujer divina
que adora el corazon.

—

Ya bendigo esa noche solitaria,
de luto y confusion,
y esa lámpara triste y funeraria,
esa luna de amor.

—

Porque su faz magnífica y sublime
me acuerda su beldad,
y un blando sello al corazon imprime
de lánguido solaz.

—

Porque en su quieta y plácida dulzura,
recuerdo su sentir;
su corazon de angélica ternura,
su hechizo para mí.

—

Esas flores que esmaltan las praderas,
con su aroma y color,
retratan sus sonrisas hechiceras,
su aliento encantador.

—

Inútil yerba las juzgaba un día,
ahora son, mujer,
corona hermosa, en que feliz ceñia,
mi amor sobre tu sien,

—

Ese viento agorero que silvaba
con lóbrego mugir,
que al alma indiferente despertaba
de su yerto dormir,

—

Le juzgo un mensajero cariñoso,
que en eco gemidor,
lleva *mi ay* en sus alas vagoroso,
y lo cuenta á tu amor.

—

Y las aves me encantan cuando trinan;
y el agua en su rodar,
y en su ruido las hojas me adivinan:
todas me hablan de amar.

—

Todo era confusion el mundo oscuro,
tinieblas, perdicion.
Todo era soledad. Su aroma impuro
me ha prestado el dolor.

—

Mas de ese triste apartamiento umbrío,
donde infeliz viví,
sin esperar.... indiferente, frio,
he volado hasta ti.

—

Y en quieta, hermosa y plácida morada,
el mundo se tornó;

y en armonía dulce y encantada,
porque ya tengo amor!

III.

Desde mi estancia triste y solitaria
observo atento el firmamento umbrío:
absorto en ella el pensamiento mio,
lejos del mundo, se remonta allá.
Lejos del mundo, que la virgen mia,
imágen es de la que el cielo habita;
pura como los ángeles, bendita,
como la virgen que sin mancha está.

—

Bella como es el lloro de la hermosa,
ardiente como el genio del poeta,
¡ay! se presenta á mi memoria inquieta,
como un ensueño del feliz amor!
Me parece una luz en el desierto
del caos tenebroso de mi vida:
un ángel de placer que me convida
para olvidar mis horas de dolor!

—

Sonó un reloj.—Desapareció mi encanto
al fúnebre zumbar de su campana.
Son las cinco en la noche. Si mañana
podré su son tristísimo escuchar!
Silencio y soledad en mi aposento!
Imágenes augustas de la muerte,
siempre enlazadas á mi triste suerte!
Siempre un placer seguido de un pesar!

Vuela un minuto, y volarán las horas:
Los años son sepulcro de los años;
en sus hojas de polvo, desengaños
lee el mortal de que ha de perecer!
Que todo pasa en nuestra inútil vida,
todo vuelve á la nada, á ese vacío
que no comprende el pensamiento mio.
¡Qué! ¿Todo, todo, ha de dejar de ser?

—

El compás de esa péndola me aterra;
quiero parar su movimiento.—En vano.
Pasa otro instante y otro, y mas cercano
me encuentro á mi sepulcro y mas y mas!
Y ella tambien, el ángel de mis dichas,
mi dulce amor, mi virgen prometida....
¡Ella morir! La que me dió la vida!
Ella morir!....—Tú Dios la salvarás!

—

Espera, virgen mia, en sus bondades.
¿No ves quemado el tallo de las flores,
del invierno aterido á los rigores,
y por abril mas bellas florecer?
¿No ves morir, y rebrillar mas puro
ese sol bienhechor, padre del dia?
¡Cómo solo el mortal pereceria
para nunca jamás ya renacer!

—

Tén confianza, si; renaceremos
junto al sublime trono del señor:
eternamente allí nos amaremos,
allí tambien, que Dios es todo amor!

Noviembre.—1838.

LA NOCHE DE TEMPESTAD.

Muge el cierzo embravecido,
impetuoso
desgaja la añosa encina.
El rayo con su silbido
de fulgor baña horroroso,
la colina.

Cruza el ave revolando,
plañidera
suelta su voz sepulcral.
Y en tanto sigue tronando
y con ímpetu lloviera
mas fatal.

Mil centellas cruzan luego;
el granizo
cae fuerte y aterrador.
El bosque se prende en fuego,
y su resplandor rojizo
dá pavor.

Inundada la campaña,
y los pinos
chascados del Aquilon,
al suelo ruedan con saña:
y crecen los remolinos
y el turbion.

En aquella noche oscura
de tempestad,
tan tremenda y espantosa;
se desliza una figura,
cual sombra en la oscuridad,
vaporosa.

Un relámpago cruzára,
y lucieron
dos ojos negros, brillantes,
que en pálida, bella cara,
noble fuego despidieron
insinuantes.

Negros cabellos flotaban
por su frente,
dulcísima, varonil,
que los vientos azotaban:
su ademan era imponente,

muy gentil.

Jubon de paño ajustado,
sombrerillo
con plumas, capa bordada
lleva el joven estasiado,
que trepaba en un tordillo
sierra alzada.

A cada paso el corcél,
tropezando
en las quiebras de las peñas,
esponia á su doncel
á despeñarse, rodando
por las breñas.

Y mas á mares llovia,
y mas fuerte
el granizo rebotaba:
y mas el frio crecia,
y al mancebo deja inerte
que cantaba.

Por airados elementos
combatido,
sufriendo ventisca y hielo:
absorto en sus pensamientos,
remontábase embevido
hasta el Cielo.

Era su cielo y su diosa
Leonor.
Y aunque imposible lo via,

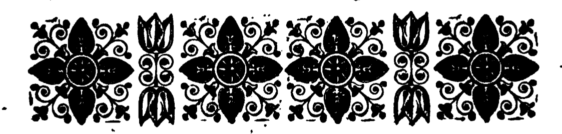
en noche tan tempestuosa,
que la estrecha con ardor
se fingia.

Tambien que siente su mano
temblorosa.
Por pensar en su hermosura,
dió el mancebo en un pantano;
que en amor no es rara cosa
tal locura!

El caballo se encharcó,
abrumado
de su peso y del llover;
y de un trueno que aterró,
y de un rayo deslumbrado
se vió caer.

Entre el cieno y lodazal
el caballo se enterrára,
y el mancebo viajador
por siempre quedó mortal;
y su sepulcro encontrára,
creyendo encontrar su amor!

Agosto.—1836.



Cancion del Pescador.

I.

«Boga altiva por los mares
mi barquilla pescadora,
que no teme el cierzo airado,
ni el embate de las ondas.
Una caña
es mi delicia,
mi contento

navegar;
mis placeres
el estruendo
que mugiendo
forma el mar.
Y del cielo
la luz bella,
y la hermosa
pura estrella,
desde el barco
silencioso
con reposo
contemplar.
Ageno de pesares,
mi dicha forma los serenos mares;
en ellos fué mi cuna,
á ellos debo mi próspera fortuna.
Ni otros bienes ansio
para descanso mio,
que una choza en la playa,
una adorada esposa por consuelo,
y por amigo al cielo.
Adormido
en débil tabla,
y un abismo
en derredor,
como en lecho
de delicias,
yo descanso
sin pavor.
Mis aromas
son el aura,
que respiro

su frescor;
y por velo
tengo al cielo,
que me cubre
protector.
La serena
paz que envia
concilia
mi quietud;
y mis párpados
se cierran,
recreándose
en su luz.
Tranquilo al alba despierto;
el rocío de la aurora
mi rostro tiene cubierto.
Y cual bálsamo
suave,
se dilata,
por mi ser;
y revive
mis sentidos,
que renacen
al placer.
Veo la faz hermosa
del puro sol naciente;
fiel señalar del Dios omnipotente
la mano poderosa.
Con el alma
conmovida,
yo me humillo
ante el Señor:
y la ofrenda

de mi vida
le consagro
con fervor.
Y percibo
allá entre el viento,
cual el eco
de su voz:
so las nubes
que es su asiento,
me bendice
el Hacedor.



II.

Ya la tarde se adelanta
y el Héspero brillador,
entre nubes sonrosadas
á la noche precedió.
Ya derrama el negro manto;
el dulce navegador
sus redes tiende en la barca,
y ya vuelve á su mansion.

Parda nube se amontona:
el bramido de los vientos
pone espanto;
y el pescador luego entona,
en armoniosos acentos,
triste canto:=

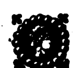
«Boga, barca, boga
»al puerto feliz,
»que amor y sosiego
»te esperan allí.
»Boga, que los mares
»parecen hervir,
»y abismos presentan
»de horrores sin fin.

»Las ondas al cielo
»su negra cerviz
»levantan bramando,
»y vuélvense á hundir.
»El fúlgido rayo
»traspasa sutil,
»con fuego horroroso,
»de Ocaso al Zenit.

»Un buque naufraga
»fuerte bergantin,
»es el mas velero
»que jamás yo ví.
»¡Cuál sube á los cielos
»el ronco plañir!
»Hundióse por siempre....!
»Dichoso de mí

»Que en tanto altanero
»mi leño infeliz,
»resiste á su furia,

»navega gentil.
»No, barquita mia,
»no te ofende á ti
»del Dios la venganza,
»que no le ofendí.
»Las ondas se amansan
»en torno de ti;
»los vientos se enfrenan,
»que temen te herir.
»Boga, barca, boga,
»al puerto feliz,
»que amor y sosiego
»te esperan allí.»
Asi dice:
Y traspasa sin temor
del negro mar los furores;
y al descubrir en la celeste esfera
los hermosos colores
del Iris bonancible,
de nuevo entona el pescador sensible:
«Ya distingo la cabaña
»do feliz paso mi vida;
»llorando está mi querida
»desque de ella me ausenté.
»Vuela, céfiro ligero,
»dí á la hermosa, luego dilo,
»que ya torna su Batilo
»tan amante cual se fué.



III.

Inclinándose
á la orilla
con el remo
ya tocó;
Y amarrando
la barquilla,
salta en tierra
muy veloz.
Y gozoso
á su casilla
se dirige
el pescador.
Limpia mesa
le esperaba,
frutas secas,
pan de flor;
y una torta
que incitaba
por lo blanca,
y por su olor.
Y una hoguera
que lucia,
y en la choza

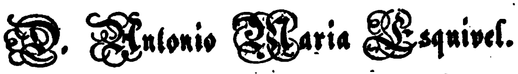
despedía
apacible
su calor.
Y donosa
una doncella,
mas hermosa
que el amor;
que á su seno
le estrechára,
y con mano
cariñosa
le limpiára
su sudor:
y en la frente,
codiciosa,
le besára
ruborosa,
sin mentira
y con ardor.
Feliz se sienta á cenar;
es cosa digna de ver,
no se cansa de admirar
los ojos de su muger,
ni el vino que ha de libar;
y bebe hasta enloquecer
y no cesa de mirar.
Y sus ojos
encendian
á la bella
de rubor,
y en silencio
la pedian
recompensa

á tanto amor.
Y la hoguera
que alumbraba,
diz que entonces
se apagó,
y entre sombras
sus placeres
inocentes
confundió.
Al nacer
del nuevo dia,
cuando el sol
puro brilló,
en el seno
de la esposa
recostado
se veia,
con la frente
sudorosa
al amante
pescador.

¡Quién no envidiará el estado
del feliz navegador.....!

Marzo.—1837.

A MI AMIGO



En esas playas amenas,
deleitosas y serenas,
á donde el sol del Oriente
viene á robar á Occidente
el oro de sus arenas:

En las florestas sombrosas
de la encantada Sevilla,
que con guirnaldas hermosas
le ciñen siempre de rosas
al Guadalquivir la orilla:

En donde está la Giralda
y el regio Alcàzar del Moro,
y al pié, tendida en la falda
de aquel campo de esmeralda,
la parda *torre del Oro*:

✻

En esa ciudad de amores,
de ilusiones y de bellas,
en donde eternos albores
le roban al sol las flores,
y á la luna las estrellas:

✻

En donde campos, llanuras,
arboledas y sombríos
prados, valles, espesuras,
montañas altas y escuras,
arroyos, fuentes y rios

✻

Tan hermosos se os ofrecen
en cualquiera lontananza
á los ojos, que parecen
cual ilusiones que crecen
mentidas por la esperanza:

✻

Y tanto se aumenta al vello
la suspension y el hechizo,
que muchos juzgan si en ello
quiso Dios poner el sello
de lo mas grandioso que hizo;

✻

Allí, donde es doble vida
gozar la vista y sentidos,
solo hay un alma abatida,

sin lumbre, ciega, afligida,
que los lamenta perdidos!

Porque para hacer mayor
su tormento y padecer,
quiso el angel tentador
sufriese el mayor dolor,
perdiendo el mayor placer.

Oid la amarga querella
de su ansioso corazon:
si el alma es facil rompella,
sin duda pedazos de ella
sus tristes lamentos son.

«¡Ay del que vida y favor,
y felicidad mundana
sacrifica al esplendor
de aquella esperanza vana
que alienta el nombre de *honor!*

»Desventurado de aquel
que en tales renombres sueña,
que ve en el cielo un laurel,
y por atreverse hasta él
de las nubes se despeña!

»¡Ay de aquel que conociendo
que su vida es polvo inerte,
que va al olvido cayendo,
prefiere encontrar la muerte
que le eternice muriendo!

»¿Para qué la inspiracion
brota aun gigante en el alma?
Del genio la exaltacion,
del númen la creacion
por qué aun me brindan su palma?

»¿En la eterna noche escura
en que vela mi memoria,
por qué con tanta hermosura
deslumbra la estrella pura
del porvenir de mi gloria?

»¿Por qué me dás pensamiento,
Señor, de tanta osadía,
cual es sentir como siento,
que el mundo no es buen asiento
para almas como la mia?

»Levanta, mi Dios, te ruego
tu tremenda maldicion
del triste olvidado, y ciego:
vuelve á mis ojos el fuego,
ó apaga mi corazon!

»Y si ya de tal olvido
mi nombre á salir no alcanza,
de ese sol que ya he perdido,
un rayo ardiente te pido
que abrase tanta esperanza!»

Infelice se querella
así su alma en su afliccion;
y si es posible rompella,

no hay duda, pedazos de ella
sus tristes lamentos son.

Alienta, Esquivel, alienta;
no es un vano desvarío
el que tus fuerzas sustenta;
á la abrasada tormenta
sucede el sol y el rocío.

Aun no se habrán marchitado
de tu juventud las flores;
si tus fuentes se han secado,
sus cáuces han desatado
de llanto los trovadores.

Fértiles serán tambien,
porque son de amigos fieles;
y como te quieren bien,
fecundarán en tu sien,
siempre verdes tus laureles.

Si ya no vés el camino
que hácia el porvenir te guia,
y si ya débil, sin tino,
hácia aquel rumbo divino
hoy no aciertas como un dia,

No importa, que ya tu planta
pisó el trono de la gloria:
tu frente augusta levanta,
que inmortal tu nombre canta
con sus cien lenguas la historia.

Y asi, infeliz, no receles
se desprendan de tu sien,
pues no los ves, tus laureles:
descansa; los guardan bien
tus muchos amigos fieles!

Abril.—1840.

LA MUERTE.

Ansioso busca entre la lid guerrera
Su fin el bravo, mas se siente herido,
Y al juzgarse mortal, entristecido
Sus ojos vuelve á la natal ribera.
Desde su angosta y miserable estera,
Entre miseria torpe confundido,
El avariento á su tesoro unido,
La triste muerte con pavor espera.
El amador por su beldad querida,
La madre por el hijo, el tierno hermano
Por la adorada hermana de su vida;
Todos su yugo tiemblan inhumano.
Todos la aguardan con pavor y susto,
Solo á su vista se sonrie el justo!

Diciembre.—1836.

LA VIDA OSCURA.

(Imitacion de Fr. Luis de Leon.)

Tengo, Fabio, una gruta
Entre dos peñascales escondida,
Donde mi alma disfruta,
De sustos defendida,
Y de ambicion, un nuevo ser de vida.

No hay relucientes jaspes,
Ni vasos de oro con primor labrados,
Ni perlas que al Idaspes
Robáran mis pasados
Abuelos, en el crímen abezados.

Tan solo la embellece
El tardo caracol, con variada
Concha, que resplandece
A la luz, que dá entrada
La yedra por mi mano entrelazada.

Dosél de terciopelo
No oculta mi cabeza, ni tapices
Arrastran por mi suelo,
Mas piso los matices
Del clavel, y me cubre el alto cielo.

Las horas se deslizan
Al amor consagradas con dulzura,
Y jamás me horrorizan
Fantasmas en la oscura
Noche, que anuncian triste desventura.

Al despuntar la Aurora,
En el arbol la dulce Filomena
Con su voz me enamora,
Y mi alma se enagena
De la Natura al ver la grande escena.

Y cuando tú, soñando,
Sobre tu pecho miras los aceros
Del enemigo bando,
Estoy yo en los oteros
En torno de mis cándidos corderos.

No costosos manjares
Se sirven en mi mesa, limpia y pobre;
Mas, libre de pesares,

Quiero que en ella sobre
Apetito, y mi calma no zozobre!

❧✻☙

Tu lira las hazañas
Canta del griego valeroso Aquiles;
Y yo de verdes cañas
Con flauta, en los rediles
Presido alegre danzas pastoriles.

❧✻☙

Ven, Fabio, si quisieres,
Á gozar de la dicha que poseo;
Los honestos placeres
Serán nuestro recreo,
Y ejercer la virtud comun deseo.

❧✻☙

Llega, engañado sabio,
Llega á la gruta de los peñascales,
Beberá aqui tu labio,
Entre ocultos cristales,
La ciencia de hacer bien á los mortales.

❧✻☙

¡Oh gruta placentera!
¡Almo reposo y mi feliz seguro!
¡Quién hay que no te quiera,
Si en ti se anida el puro
Placer, en un estado tan oscuro!

❧✻☙

Lejos de mi sospechas,
Vanos deseos, sórdida avaricia;
Y si acaso me acechas,
Tú del mundo codicia,
No turbes de mi gruta la delicia.

Pobre tumba levante
Cabe ella, la amistad á mis despojos;
Y atento el caminante
Observe por sus ojos,
Virtudes sepultadas entre abrojos.

Diciembre.—1837.





EL CABALLERO.

Se esconde la blanca luna
confusa y amedrentada,
cuando en el oriente oscuro
rayando aparece el alba.
Entre nieblas se distinguen
las alturas empinadas,
y las torres gigantescas
en las nubes se retratan.
Vénse salir las ciudades
cual del fondo de la nada,
mecerse las arboledas,
reverdecer la campaña.

Entre variados celajes,
que tiñen púrpura y nacar,
el sol hermoso nacia
sobre riscosa montaña,
cuando un airoso mancebo
cubierto de todas armas,
hácia un castillo arabesco
silencioso caminaba.
Monta un alazan boyuno;
es su corcel de batalla;
de fuego la sangre tiene,
y los arneses de plata.
Terrible y triste se ostenta
el paladin que cabalga;
los pesares de su pecho
publican sus negras galas;
su edad el bozo naciente,
y sus suspiros que amaba.
Tambien son negras las plumas
que sombrean su celada,
y en el creston del almete
al viento ondulan rizadas.
En la túnica que oculta
su fuerte cota de malla,
y en sus finos rapacejos
confuso el sol se retrata.
Era de color oscuro
y siniestro de venganza,
de un amarillo sombrio,
sombrio como su cara.
Sus negros ojos rasgados
lucen cual pálidas ascuas;
su mustio brillo descubre

no tiene el pecho esperanzas;
mas su entrecejo y sonrisa
espresan celos y rabia.
Es bizarro en su apostura,
gallardísimo en su traza,
bello su semblante, y fiero
seducia y aterraba.
Sueltas las riendas preciosas
sobre el cuello de su alfana,
su vista fija en los cielos
el paladin suspiraba.
Sudoroso y fatigado
paróse el bruto en su marcha;
inmóvil quedó el mancebo,
y cual si fuera una estátua
apoyado en el arzon,
miró correr la mañana,
sin sentir la lumbre ardiente
de un sol de estio que abrasa,
ni en su pecho enamorado
el peso de su coraza.
Pardiez quien de amores sepa
no lo juzgue cosa estraña!
Una vuelta del corcel
hizo resbalar la lanza,
y en la frente hirió al mancebo
y en su sangre la bañára.
«Sangre me cuestas, Maria,»
dijo con voz apagada.
Una lágrima ardorosa
de su pupila resbala,
y distrayendo al guerrero
le hace proseguir su marcha.

Espolea su bridon,
cercano llega á el alcázar;
un vijía dá el alerta,
el puente rápido baja;
chillan las puertas de fierro,
entra el de las negras galas,
y el caballero amador
pensando siempre en su dama.

Agosto.—1839.



La Cita en el Mar.

Ya la luna
se avecina,
luz divina
baña el mar.
Vén, hermosa
pescadora,
vén, ya és hora
de vogar.

En el cielo
las estrellas

vierten bellas
su fulgor:
Sus destellos
vivos, rojos,
en tus ojos
son de amor.

Ya la brisa
de Occidente
blandamente
bate el mar:
Y las ondas
vá besando,
con su blando
suspirar.

Muere el sol;
los orizontes
con los montes
confundí:
Ya no hay luz,
la noche pasa,
y es escasa
para mí.

De las aves
los arrullos,
los murmullos
de la mar,
Los suspiros
de las hojas,
son congojas
por gozar.

Lanza el pájaro
marino,
dulce un trino
vibrador;
Y oye el ave
solitaria
la plegaria
de su amor.

Y aun las nubes
vagorosas,
temerosas
al pasar,
Al rozarse
débilmente
se las siente
enamorar.

Vén, no tardes
pescadora;
vén, ya es la hora
del favor.
Ves la luna
y las estrellas,
pues con ellas
se huye amor!

Vén, quizá
su lumbre vana
ya mañana
no has de ver:
Y al morir
esas estrellas

muere en ellas
tu placer!

Ven, que se huyen
ya del cielo.
Dá consuelo
al pescador.
¡No asesine
tu tardanza
la esperanza
de su amor!

Agosto.—1840.





El Halcon.

Libre otra vez, y sin prision te admiro
Ave sublime de la oscura Creta,
Surcando por los cielos de zafiro,
Globo de blanco tul;
Y mi arrobado espíritu se encanta,
Al remontarse en tu atrevido vuelo,
Y hasta esa hermosa nube se levanta
de trasparente azul.

Halcon glorioso en los anales de oro,
Allá en la edad de romancescos fueros;
Ave que al Dios que se transforma en toro

Pudiste merecer:
Grato recuerdo de hazañeras lides,
Allá en los tiempos de marcial pujanza;
Tú coronaste el hombro de los Cides,
Débeste envanecer.

Halcon feliz, la coronada villa
Del ilustre Fernan tú ennobleciste,
Cuando del feudo libertó á Castilla
Un corcel y un azor.
Y ese pueblo vestido con tu gloria
Te vé cruzar sobre sus pardas torres,
Sin consagrar un ay! á la memoria
de tu heredado honor!

Entonces sí, las opulentas damas,
Ofrecian la nieve de sus cuellos
Bajo tus pies, cual nacaradas ramas
En que posases tú:
Y con sus manos, la vistosa espuma
Crespar solian de tus blancas alas,
Preciando en mas la plata de tu pluma,
Que el oro del Perú.

Y del hidalgo el humildoso page
Con paños de oro tu cerviz pulia,
Tu corvo pico y lúbrico ramage
Dejando cual cristal.
Y aunque te hacias leve con las damas,
Al pesar sobre el guante del guerrero,
Sus brazos fuertes, como flacas ramas
Doblabas colosal.

Antes el rey de cazas y festines;
Ahora en esa admósfera perdido;
Antes blason de ilustres paladines
Y su encanto y su amor:
Y ahora solitario en las llanuras,
Vagando combatido por los vientos:
Atomo imperceptible en las alturas!
Pero libre y señor!



Libre sí, como en las cumbres
de esa gigante montaña,
que con sus torrentes baña
turbulento el ancho mar.
Donde la egipcia columna
puso el Hércules Trajano;
grabando atrevida mano
«Ya no hay mundos que surcar!»

Tú, señor de esos espacios,
pudiste burlar los mares,

penetrando ocultos lares
y desmintiendo su augur:
Tornando aquí por trofeos,
aun salpicadas tus plumas,
con las brillantes espumas
de los cristales del Sur.

Tú calaste la alta nube
que sirve de basa al cielo:
tú remontaste tu vuelo
hasta coronar al sol:
Que como un hijo del viento,
alas del Noto vestías,
con que raudo discurrías
todo el confin español.

Entonces sí que eras grande,
sobre las nubes erguido,
entre los vientos mecido,
con libertad y poder
De rasgar del Firmamento
esa nube parda y densa,
llegando á la sombra inmensa
del vacío y del no ser!

Pero tan cerca del sol
no es mucho te deslumbráras,
y que el fausto ambicionaras
de la opulenta ciudad:
Llorando pronto en los lazos
del cazador que te engaña,
tus nubes y tu montaña,
perdidas por vanidad.

En vano despues el viento
prestaba impulso á tus alas;
del campo en vano las galas
y del sol el rebrillar.
¡Qué valen ay los encantos
de sus pintados celajes,
si tus vistosos plumages
ya allí no pueden volar!

O solo un instante breve
se holgará allí tu esperanza,
pues vás al aire en fianza
y es la tierra tu prision.
Suena á tus plantas un grillo
que vá contando tus penas;
y aunque de oro, son cadenas
y te acuerdan lo que son!

En vano olvidarlo intentas
entre el crugido del viento,
ó del rayo violento
entre la ronca esplosion;
Que del cascabel sonoro
jamás te se aparta el ruido,
que vá contando á tu oido:
«Volverás á tu prision.»

Y entonces ya, por venganza,
cebaste la garra fiera,
en la garza mas ligera
que por tu nube cruzó,
Venganza que tú sentias,
ejecutando á despecho,

que noble nació tu pecho,
y el matar no es noble, no!

Y es prueba de tu nobleza,
sin tratar de huirte lejano,
volver humilde á la mano
la presa á depositar:
Queriendo librar al viento,
de tu fianza prestada,
ó con tu pluma manchada
á tus verdugos culpar.

En vano despues las damas
con sus bordados cendales,
borran las rojas señales
que ensangrientan tu collar;
Y en vano aplausos te ofrecen
infanzones y donceles,
mientras sus manos crueles
tu grillo hacian sonar.

En vano luego aliñaban
puliendo tus ricas plumas,
porque de nuevo presumas
de su pompa y brillantez;
En la vistosa alcandára,
colocándote entre flores,
para fingirte verdores
que te robaron, pardiez!

Pues por término, los pages
con paños que sedas tejen,
y que perlas entretejen,

ceñíante el caperuz.
Rey sus cantos te decian,
y á tu pié sonaba un grillo;
y volviante á un castillo,
á vivir sin ver la luz.

Soñaste entonces los campos
de tus florestas hermosas;
y las fuentes deliciosas
del apartado espesor:
Y el verde ramo del sauce,
en cuya copa mecido,
fué tu columpio y tu nido,
y la mansion de tu amor!

Soñaste entonces las auras
de tu apartado orizonte,
cuando el Olímpico monte
en sus cumbres te anidó:
Que, ó fué una nube tu cuna,
ó lo fué el monte divino;
te llaman: «El Peregrino,»
porque el hombre la ignoró.

Pues bien, ya has vuelto á tus nubes
y á tus perdidas montañas:
ya tuyas son las campañas
y del sol la claridad;
Olvida añejas usanzas
de deslumbrantes honores:
bien lo sabes, los mayores
no valdrán tu libertad!

Ave noble y generosa,
tú heredaste la hidalguia:
te bastó la compañia
de tantos buenos á fé.
Y perpetuado en tu raza
tal blason ya considero,
pues te miro caballero,
y en tus espuelas se vé.

Si alguna vez ofuscado
por tu desvanecimiento,
aun tu loco pensamiento
pide al mundo admiracion;
Sin que te vendas, no olvides
la inspira ya tu nobleza,
tu hermosura, tu grandeza,
y hasta tu nombre de Halcon.

Octubre.—1839.

AL ACTOR

D. Carlos Latorre.

Aun vibra el eco de su voz doliente,
Y en mi oido tiernísima resuena;
Dulce como el murmullo de la fuente,
Que derrama su lánguida corriente
Con grato son por la menuda arena!
Aun refleja en mis ojos su mirada
Llena de afan, de amarga pesadumbre;
Y el alma, en sus destellos abrasada,

Aun se siente ofuscada
Del resplandor de su brillante lumbre!
Aun brota de mis párpados el llanto:
Y aun con mis ayes se estremece el viento;
Y se comprime el corazon de espanto,
Y de dolor se inflama el pesamiento!
Aun oigo de su loca carcajada
El ruido lastimero y penetrante;
Y mi sangre aun helada,
Se agolpa al corazon acelerada
A sostener el ánima espirante!
Porque nunca sentí lo que al mirarte,
Sublime actor, de inspiracion divina;
Nì alcanza nunca en su poder, el arte
A dominar como tu voz domina.
Porque el genio vibraba en tus acentos,
Y su voz poderosa
Suspiraba en tus hondos sentimientos.
De su inspirado fuego era la huella
La que miré en tu frente generosa;
Y la hermosa centella
Que en tus ojos ardia,
La que inflama del genio la luz bella.



Honor del suelo de la patria mia;
Orgullo y prez de la española escena,
Gloria, gloria á tu nombre,
Y al talento inmortal, que en tí su vena
Vertió rica de encantos y armonia:
A ese talento que labró de un hombre
Una deidad que nos consuele hoy dia.
Yo envidio tu poder! Ver cual las hojas

Que tiemblan en el arbol vacilante,
Temblar un pueblo entero en tus congojas,
O verle en tu alegria delirante!
Pensar que de ese mar tan proceloso
Las encrespadas olas,
Que huellan hasta el trono poderoso,
Vienen despues á doblegarse solas
Ante las plantas del actor glorioso!
Conocer en sus almas alto imperio;
Dominar de mil gentes los sentidos;
Descorrer de sus hondas sensaciones
Con una voz el singular misterio.
Triunfar de sus frenéticas pasiones;
Llevar á un pueblo inmenso, arrebatado
En pos del entusiasmo y del talento,
O hasta dejar su pecho destrozado,
O hasta henchirle de gloria y de ardimiento!
Yo envidio ese poder! Yo amo esa gloria!
Y en ti, sublime actor, ya la admiraba
Cuando en cantar soñaba
Los nobles hechos de la antigua historia
De mi patria querida;
Que en ti encontró la imágen mas preciosa;
Que á su muerto poder le diese vida.
Porque el arte, en tu mente prodigiosa,
De aquellos dulces tiempos que pasaron,
El retrato magnífico escribia;
Y los antiguos siglos encontraron
En ti quien sus destellos reflejára,
Y diera luz, á lo que ya harto avara
La muerte entre sus nieblas envolvia.



Hijo de Osian, yo te seguí á los montes,
Y me hiciste soñar con los gloriosos
Bardos, de los confusos orizontes
De Morven, vaporosos.
Hasta en tu acento y espresion, creia,
Y en tu porte y semblanza que veia
Al noble Oscar, al que adoró Malvina;
Al mismo que en la tumba religiosa
De Fingal suspiraba,
Bajo el rumor de la sagrada encina.



Contigo traspasé por la famosa
Ciudad de Tebas; y en tu sien proscrita
Vi la raza de Labdaco maldita.
Conocí al matador del fuerte Layo;
Al parricida cruento
Que los dioses hirieron con el rayo:
Al Edipo infeliz, que en su tormento,
Abrazado á las prendas de su vida,
Antes de abandonarlos,
Los lares de su patria tan querida
Con llanto y flores iba á coronarlos!
Cada accion, cada voz, cada mirada
Triste, sentida, lúgubre, inspirada,
Tan al vivo á mis ojos lo mentia,
Que por verdad el alma que lo via,
Sin duelo lo lloró despedazada!



¿Mas á qué señalar entre tus glorias
Ninguna por mas grande, cuando han sido
En ti tan señaladas las victorias,

Que tu genio inmortal ha conseguido?
Tu patria nunca las pondrá en olvido:
Ella se goza altiva en tus memorias,
O noble actor, orgullo de mis lares!
Mira, Maiquez, Lekain, tu amado Talma,
Hoy consienten cortar de sus altares
Para tu sien la inmarcesible palma;
Ya que no alcance en mi entusiasmo el alma
Sino á escribir tu nombre en mis cantares!

Mayo.—1841.



PRENDA DE AMOR.

Mi vida, la hermosa de lánguidos ojos,
De brillo hechicero, de luz celestial;
Aquella que tiene los labios tan rojos,
Que afrenta la grana y el limpio coral.

Mi niña, la hermosa, de tez transparente,
Que cruza cual nácar la vena sutil,
La de alma fogosa, morena de frente,
Garrida de talle, cual palma gentil.

Asi Dios florezca tus años tan bellos,
Con flores hermosas y frutos de amor,
Y en pago una trenza de hermosos cabellos
Al fin te merezca mi amante dolor!

Octubre.—1840.

SUS OJOS.

En el templo del Señor
entré á buscar dulce calma,
y allí, muger, perdí el alma,
y allí conocí tu amor.

—

Pura, fantástica, hermosa,
ante otra Virgen de hinojos;
virgen la de bellos ojos,
eras del templo la diosa.

—

Con modesta compostura,
tu frente inclinada al suelo,

cual descendida del cielo
me pareció tu hermosura.

—

¿Por qué, si bella naciste,
tan joven, y tan tranquila?
¿En tu corazon no oscila
un amor? ¿Nunca quisiste?

—

¿Por qué, muger celestial,
no anhelas sentir su fuego?
Vivir en tanto sosiego,
es dormir sueño mortal!

—

Abre tus ojos, muger,
á ese amor tan delicioso:
no ambiciones mas reposo,
que el descanso del placer.

—

Aquella inquietud ardiente,
aquel divino anhelar,
aquel tierno suspirar
que agita lánguidamente.

—

Cuando tus ojos clavados
en tu bien, como en el cielo,
pierdan la idea del suelo
tus sentidos conturbados:

—

Cuando en un mar de dulzura,
en otros ojos perdida,
con su lumbre estremecida,
anegada en su ternura;

—

Respirando el fuego hermoso
que revela su inquietud,
vivas absorta en su luz.....
solo es dulce ese reposo!

—

Sí, tus ojos, virgen mia,
sus divinos resplandores,
son fieles inspiradores
de mi joven fantasía.....!

—

A torrentes verterán
las delicias y el placer:
abre esos ojos, muger,
dé amor al plácido afan.

—

Que abrasen con tierno hechizo;
que encanten con su dulzura:
ojos de tanta hermosura
Dios para el placer los hizo.

—

¡Qué bellos serán, muger,
en su convulsa agonia!
¡Qué ardorosos, virgen mia,
anegados en placer!

—

¡Qué gratos en su dolor!
¡Qué hermosos siempre, señora!
¡Cuánto mas bellos que agora
cuando enloquezcan de amor!

—

Cuando ardientes, cariñosos,
lánguidos, mústios, sin vida,
prueben un alma perdida

en ensueños voluptuosos!

—

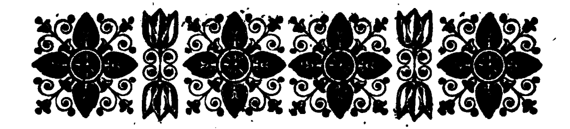
Yo, que adiviné su encanto;
yo, que entusiasta nací,
algo, muger, merecí
en ello y en querer tanto.

—

Mírame con blando ardor,
muger, la de ojos tan bellos;
en trueque, toma por ellos
el alma de un trovador.

Julio.—1840.





JULIA!

Goza esta vida engañosa;
dura tan poco esta vida!
Menos que dura una hermosa,
menos que dura una rosa;
no pierdas tu edad florida!

Si llaman sueño al vivir,
porque engaña debe ser;
que no es mi amargo sentir
un sueño, ni tu existir,
ni tus encantos; muger.

O sueño lo han de llamar
sin duda por ser tan breve:
ó acaso, porque el gozar
es solamente soñar
en lo que el alma se embebe!

Pero en fin, pues que nacemos
á este sueño condenados,
mientras vivimos, soñemos,
y al menos asi gocemos
placeres aunque soñados.

Pero vos ni aun lo soñais,
y muda impasible agora,
ni el mañana adivinais,
ni tributo al mundo dais,
y se lo debeis, señora.

Julia, ese sol brillador
¿por qué presumes que brilla?
Porque renazca la flor
al rayo consolador
que fecunda su semilla.

¿Por qué tan bella la luna
y tan vivas las estrellas
doran la sombra importuna?
Porque no fueran tan bellas
no habiendo tiniebla alguna.

El rio corre y murmura,
para vestir de esmeralda
la verdecida llanura,

y de esta la alfombra pura
sirve al río de guirnalda.

El arroyo creador
con su son lúgubre y blando,
aunque busca el espesor,
por servir al viajador
vá, aunque oculto, susurrando.

Y vierte aljófar la Aurora
sobre la flor marchitada,
y el ambiente la enamora;
que sin ser útil, señora,
no existe en el mundo nada.

Si la luna y las estrellas,
y el rio y el alba pura,
sirven á cosas tan bellas,
tú, mas divina que aquellas,
¿vivirás en noche oscura?

¿Por qué tan bello color
le presta el lirio y azar
á tu rostro encantador?
O es para inspirar tu amor,
ó para inspirarte á amar!

¿Por qué tan pura en tu sien
es la modestia, señora?
¿Por qué tu honesto desden,
para parecer tan bien,
tu faz de pudor colora?

¿Por qué tu mente se agita
cuando en Ovidio se inflama?
¿Por qué cuidosa medita
y juzga espresion bendita
la que con amor se llama?

¿Porqué del seno el ardor,
y el lánguido suspirar
de ese pecho encantador?
O es para inspirar tu amor,
ó para inspirarte á amar!

No puedes, no, disponer
de tu existencia, mi vida:
hermosa hubiste nacer,
nacida para el placer,
aunque por tu mal nacida!

Dios al crear una bella,
producir quiso una estrella,
que alumbre la noche oscura
de esta vida de amargura,
y consolarnos con ella.

Legar quiso una deidad
por su guardadora al hombre
que adore en su voluntad:
pues es su diosa, en verdad,
la muger con este nombre.

Pórque una muger hermosa
en un destino sombrio,
es la esperanza de rosa;

es cual la brisa amorosa
para el quemado escampío.

Cual el rocío á las flores;
para el cielo el arrebol,
de mil pintados colores:
para el hombre sus amores,
su Dios, su vida, su sol!

Y tú, Julia; mi ilusion,
la mas hermosa entre aquellas
que las mas hermosas son,
la de hielo el corazon,
y los ojos cual centellas;

Deja sentir tu alma ardiente
y tu ilusion exaltarse;
goza tu brillo presente,
que las flores de repente
suelen sin abrir quemarse!

Goza esta vida engañosa;
dura tan poco esta vida!
Menos que dura una rosa;
menos que dura una hermosa:
ah! no la llores perdida!

Octubre.—1839.



Al pié de su Celosía.

ORIENTAL.

Pálida luna serena
en cielos azules brilla:
sobre el creston de una almena
flota una enseña amarilla.
Detrás de sus verjas de oro
medrosa escucha una Hurí:
bajo la verja está un moro
que canta su amor así:
«La de los ojos de fuego
que al sol le roban su luz,
la que desdeña mi ruego,

perla del suelo andaluz:
La Huri que ofrece el Profeta
en nuestros cielos de ofir,
bello ideal que el poeta
suele entre glorias fingir;
La que aman tantos donceles,
la que envidian tantas moras,
la de labios cual claveles
y risas encantadoras;
Sombra hermosa del placer
que miro entre ensueños de oro,
la que adiviné al nacer,
la que desde niño adoro;
Unico ser de mi vida,
la mora de mis amores,
¿por qué estás, dime, ofendida?
¿Por qué me muestras rigores?
¿Algun pechero villano
tal mengua en tu fé me hizo?
Será algun perro cristiano,
ó un alarbe fronterizo.
Dicen que cuento favores
que no te los mereci,
que enseño prendas y flores.....
mal haya quien miente asi!
Cuidoso estoy por sabello,
y te juro, mi sultana,
que ha de pagar con su cuello
tal bastardía villana.
No es por mi vida doncel,
y te ha mentido por Dios;
dejaré de ser Gomel,
ó nos habremos los dos.

Sultana del alma mia,
¿y tú por qué le has creido?
En toda la moreria
tu Zaide es bien conocido.
No por sedas ni colores,
ni en zambras ni en invenciones:
que el recordar sus primores
no es de cuerdos infanzones.
Por lo que soy conocido
es por guardar un secreto,
por no mostrarme ofendido,
que el disimulo es discreto.
Porque á las moras no ofendo
y las miro con mesura;
porque su porte defiendo
sin ofender tu hermosura.
Otras, bella, te dirán
si tengo prendas cabales,
y á fé no te mentirán,
que en ello juzgan parciales.
Pregúntales...... pero no,
que en ello me ofenderias;
tu pecho me disculpó,
sino, no me escucharias.
Tres años te sirvo, hermosa,
en juegos, zambras y cañas,
con tus colores de rosa......
y son por ti, no te engañas.
Tres años pasé á tus rejas,
tú bien lo sabes, señora;
ni aun el aire oyó mis quejas......
poco habla quien bien adora.
Sabrás que te amo, sultana,

por los ojos con que miro,
mas no por mi voz liviana
que á lo mas lanza un suspiro.
Quien así supo esconder
tanto delirio hasta ahora,
quien bueno supo nacer
y de raza valedora:
¿Ha de vender tus favores?
Ah! no conocen á Zaide!
Pues bien sabrán los traidores
que soy de la Algaba alcaide!
Quien guarda presos cristianos
y guarda torres alzadas,
guarda deseos profanos
y palabras destempladas.
El rey Chico en mi confia
su Algaba, por mi valor:
que guardo bien, vida mia,
¡ay! tú lo sabes, mi amor.
Cuando la luna nacia,
cuando el alba despuntaba,
al pie de esta celosía
tus muros siempre rondaba.
Muéstrate afable, sultana,
la de mis ojos señora:
abre esa ojiva ventana,
muestra á mi noche tu aurora!
Abre esa verja, mi diosa:
gloria de un moro andaluz:
mire tus ojos, hermosa,
que absorto vivo en su luz!»



Suspirando, calló el moro.
Con toca mongil velada,
abriendo las verjas de oro,
salió la Hurí suspirada:
Y arrojándole un listón
verde como la esperanza,
dijo á Zaide, con pasion:
«El discreto mucho alcanza.»

Agosto.—1837.





A LA PAZ

DE LOS ESPAÑOLES.

Gloria, entusiasmo, inspiración ardiente
Batallan en mi joven corazon:
Para espresar, no bastan, lo que siente,
Gloria, entusiasmo, anhelo, inspiracion.

No cabe en cuanto encierra el sentimiento.
Solo sabrá lo que es la humanidad:

Aun apenas lo abarca el pensamiento.
¡Quién concibe las glorias de la Paz!

¡Paz! repetidlo, ilustres castellanos;
Olvido á las injurias, paz, union.
No hay enemigos ya, todos hermanos;
Todos unos: España la Nacion.

¿No proclamais el nombre prodigioso?
¿Sola dejais la voz del trovador?
¿Cómo llegar su acento poderoso
Del septentrion al polo abrasador?

¿Cómo contar á la asombrada tierra
Los rasgos de nuestra inclita nacion?
¿Cómo sabrá que nuestra infanda guerra,
Una palabra terminó: «La Union!»

¿Quién les dirá que el brazo que estendieron
Los nuestros para hacerse mil pedazos,
Al noble impulso de la paz rindieron,
Llegando solo á prodigarse abrazos?

No, no lo creerán: tanta grandeza
Ciudad ninguna en sus anales vió:
Ligarse sí, á rivales con nobleza,
Y aun perdonarles..... abrazarles..... no!

Al ver egemplo de valor tan raro,
Debió pararse y escribirle el Sol:
Mas si lo creerán; creerlo es claro,
Al saber que era ejército español.

Pobres ancianos, vírgenes llorosas,
Que perdido mirais vuestro sosten;
Huérfanos tristes, míseras esposas
Que en duelo y luto suspirais tambien:

¡Paz, paz! Ah llegue el eco delicioso
Cual bálsamo suave de placer,
Y vierta en vuestro seno congojoso,
Esperanzas sin fin de nuevo ser!

Dad vigor á mis cantos, ciudadanos,
Mis ayes de placer los ahogarán.
Gritad conmigo: «¡Paz! ¡Todos hermanos!»
Quién me diera la voz del huracan!

Mas sí, aunque débil sonará terrible
En donde quiera que ilumine el Sol.
¿Quién no la escuchará siendo sensible?
¡Quién no la cantará, si es español!

Entre diosas la paz se os asegura,
Isabel y Cristina, ¿no las veis?
¿Dudareis de su amor, de su ternura?
No habrá huérfanos, no, madres tendreis!

Setiembre.—1839.





La demanda del Frontero.

A vos en Castilla el Rey,
el que fablan josticiero,
mercé vos pide un frontero,
mercé que es josticia en ley.

Tenedes por servidor
(é non lo merece el sello)
un hijodalgo, D. Tello,
de Castrojeriz señor.

Ese de Castrojeriz
con los homes zizañero,
con las damas fallaguero,
el menos bravo en la liz;

Sepádes que tuvo antojos
que non los debió entojar,
ca tentó de captivar
á mi dama con sus ojos.

Le advertí, é non se cuidó,
en falagalla él seguia;
le fablé en su demasia,
é bien audaz me fabló,

E aun me hubo de denostar;
de solo á solo le réto,
—Vueso plazo non aceto
(me dijo) catad medrar.

Sin mote, é por nombre Ortiz!
non vos quiero por rival;
un ruin frontero, non val
D. Tello Castrojeriz.

Ansina, Enrique, nobleza
si me he de medir con él,
que menos con un doncel
non puedo haber igualeza.»

E viéndome aun querelloso
«Cresced primero, rapaz,»
dijo, é firióme en la faz,

que aun lo cuento vergoñoso.

Fágame á mi su grandía
doncel, para entrar en liz,
con el de Castrojeriz,
é vengar su alevosía.—

Morato.—1837.



D. SANCHO EL DE PEÑALÉN.

ROMANCE HISTORICO.

Sobre alcatifas de Persia
de finísimos bordados,
recostada en los andenes
de su gótico palacio,
en pláticas de amor dulce
y en tiernísimos halagos,
folgaba Doña Placencia
con el noble rey D. Sancho.

La pálida faz desvia
de los amorosos brazos,
lánguida exhala un suspiro,
y sus ojos anublados
de placer inconcebible
en el mancebo fijando,
con ternura deliciosa
que revela sus encantos,
asi dudosa decia:
—¿Es un delirio abrasado
que fascina mis sentidos,
ó un sueño de amor acaso
lisonjero, engañador?
Mas no, no es fatal engaño;
yo siento el corazon mio
junto al vuestro, palpitando:
cual respiro el fuego ardiente
que destilan vuestros labios,
y cual se inflaman los mios
al amoroso contacto!
Al cielo por fin le plugo
volver á anudar los lazos
que con cadena feliz
un tiempo nos estrecharon!
Mas, ah! que temo perderos,
y tiemblo funesto el hado,
que cuando dichas anuncia
precursoras son del llanto!
Ah! nunca, nunca la aurora
torne su luz á los campos,
las sombras solo dominen,
eterno sea su manto.
Vivir por siempre quisiera

sumerjida en mi letargo
de amores, que temo; ay Dios!
del sol los primeros rayos.»
De nuevo su faz reclina
en el pecho sollozando,
y mas hermosa aparece
á los ojos del amado.
Sus temores asegura,
imprime un ósculo blando
precursor de mil delicias
que los esposos gozaron.
Las nubes un denso velo
en torno forman opaco,
y de ellas desciende amor
sonriendo junto al tálamo;
su faz la luna escondia
medrosa, de no turbarlos,
y solo se oyen suspiros,
de placer un eco lánguido.
Suena un guerrero clarin
en las bóvedas del patio,
y la voz de un centinela
y la marcha de un caballo.
Doña Placencia sonrie
con triste desden amargo;
turbáronse sus placeres,
mal haya el destino infausto!
A cada ruido temblára
como la hoja en el arbol:
una llave rechinó,
retumban armas y pasos;
acércase un escudero,
detrás venia un armado.

Es Nuño Diaz, famoso
biznieto de Lain Calvo,
deudo y pariente del rey
y en Castilla Adelantado.
Nada dice el caballero,
y presenta con recato
un billete, y en pié espera
las órdenes de su amo.
—Es creible, Nuño Diaz!
Contra mi tal desacato!
Lo oisteis vos?—Si señor,
de boca de vuestro hermano.
—¿En qué punto han de esperarme?
—Mañana, junto á los llanos
de Peñalén.—Y son muchos?
—Veinte lanzas, y otros tantos
flecheros; qué, aunque disponen
alevosa muerte daros,
con pretesto de la caza,
esperan ponerse á salvo
con las tropas, si por suerte
se descubriera el engaño.
—Pues yo juro por mi vida,
y lo juro á fé de hidalgo,
terrible escarmiento hacer
en los cobardes villanos.
Mengua será la piedad,
daréle muerte á mi hermano;
si la sangre le perdona
yo rey no he de perdonarlo.
Mañana al Infante espera
su suplicio en un cadalso,
y á doña Hermesenda ingrata

por toda su vida un claustro!
Mas quiero antes sorprenderlos
en el infame atentado.
—Que, señor, no recelais...?
—Nada recela D. Sancho;
conmigo vá mi valor
y el esfuerzo de mi brazo;
ademas, cuento con vos
y otros valientes hidalgos,
que fieles me son en mucho.
Mandad pongan mi alazano,
previniendo de camino
al page de armas Montalvo,
me disponga en el instante
las coracinas y el jaco,
que á mayor seguridad
oculto pienso llevarlo.
Y vos escojed cien lanzas
de los guerreros mas bravos,
y no descuideis, buen Nuño,
qué todos vayan armados:
Adios.» Partió el caballero,
y el monarca torna al lado
de su esposa, que azorada
le mira con sobresalto.
—¿Os quieren ya separar
de mi amoroso regazo?
—Señora, no receleis,
por corto tiempo me parto.
Dispuse una caceria
el dia de hoy con mi hermano;
si asi no fuera, conmigo
holgárame de llevaros.

—Ah, señor! huid las fiestas!
Entre grandes aparatos
peligra siempre la vida
de los buenos soberanos.
Vos teneis mil enemigos
encubiertos y malvados,
y hay personas de real sangre
que aspiran á vuestro mando.
No es combatir cuerpo á cuerpo
en lid abierta, D. Sancho,
cuando pelea el valor
y se miran los contrarios;
no á alarbes y sarracenos
el yugo imponer de esclavos,
ni teneis que rendir muros
ganando el terreno á palmos.
Mas temible es vuestro arrojo;
intento mas temerario,
confiar en la palabra
de corazones bastardos.
Ni os basta ser prevenido,
que lleva siempre el villano
la máscara sobre el rostro
y el hierro oculto en su mano.»
Cesó aqui Doña Placencia,
y el escudero llegando
presentó las coracinas
y de acero el limpio casco.
Ufano se arma el mancebo,
brillan sus ojos airados,
y recibe de su esposa
el formidable venablo.
—Adios, le dice, señora,

el cielo velé en mi amparo,
en él confiad, adios:»
y parte al darla un abrazo.
Las bocinas y las trompas
resuenan en los terrados,
y el relincho y pisoteo
de los corceles gallardos,
que desquiciar parecian
los techos emboveдados.
De jinetes y monteros
un escuadron vá marchando;
entre todos se distingue
la bravura de D. Sancho:
orgulloso al aire ondea
su móvil plumage blanco.
Ya se ocultan en el bosque,
ya no se vé su penacho,
mas aun parece una estrella
el hierro de su venablo.
Cesó de brillar; entonces,
Doña Placencia, temblando
vió descender al guerrero
un buitre voraz de lo alto.
Su esperanza se desmaya,
en vano su pecho, en vano
escusar quiere el temor
que le infunde tal presagio;
mas, «aun es tiempo, se dice,
aun podrá vivir, corrámos;»
y rápida desparece
y convoca á los criados.
El rostro hermoso se cubre
con alfareme delgado,

del cuerpo las bellas formas
con la toca y mongil sayo;
ligera monta la reina
en un revuelto castaño,
y seguida de los suyos
se lanza á galope largo.
Ya del fatal Peñalén
distinguiera los barrancos
y altas peñas, que su nombre
hizo célebre aquel año.
El sonar de las bocinas
repite el eco lejano,
y un ruido de armas terrible,
y un clamor que puso espanto.
Aguija mas su corcel,
que volaba como el rayo:
en parda nube de polvo
dos ginetes, disparados
como flechas, avanzaban,
que no hay ojos á mirarlos.
Diz que son los fugitivos
Doña Hermesenda y su hermano,
y que al pasar por la reina
dijo el cruel: «Me he vengado.»
Lanzáronse á perseguirle
tras de él algunos soldados:
inútil era su empeño;
que el temor guia sus pasos.
Ibanse ya los monteros
en torno suyo agrupando;
Nuño Diaz venia entre ellos
con semblante mesurado.
—¿Qué nuevas hay, y mi esposo?

—Señora, un triste fracaso.....
—Ah! no..... que quieren decir
en vuestros ojos el llanto
y el terror que en todos miro!
Nada me oculteis, lo mando.
—Señora, murió!—Ay de mí!
—Murió, mas será vengado!
—¿Dónde ha sido? Por piedad,
presto, llevadme á su lado.
—Señora, es casi imposible
subir al cerro empinado.
—Llevadme!» Nuño obedece
con pesar á su mandato,
y sosteniendo brioso
de la reina el débil paso,
sube por las rudas breñas
con apoyo del venablo.
Al llegar á la alta cumbre,
su vista cierra el soldado,
y tembloroso señala
á las peñas con la mano.
La reina desventurada
cayera en mortal desmayo,
al ver el lívido rostro,
y deshecho y destrozado
el cadáver de su esposo,
en el sangriento peñasco!
El ave fatal entonces
cruzó otra vez revolando.

Marzo.—1840.





LA MARIPOSA.

Tiende fugaz las brilladoras alas,
Pintada Mariposa:
Torrentes de su luz te presta el cielo
Para esmaltar el lujo de tus galas.
Coronas florecidas te dá el suelo
Para tu sien hermosa,
Y el ancho espacio sus inmensas salas,
Para estender tu vacilante vuelo.



Salve, Reina y Señora de las flores,

Hija del Sol, hermana del ambiente!
Los cierzos bramadores
Pasaron ya; la brisa del oriente
Dulce y templado su calor envia,
Blanda acaricia el manto de tu frente.

Pasó la escarcha de la noche fria,
Los hielos y nevadas:
Ya cada vez que el sol nos presta un dia,
Se vén crecer las mieses apiñadas,
Los árboles vistiendo sus ramages,
Y por los ondos valles,
Y las tendidas calles,
De praderas y hermosas esplanadas
El cesped destrenzando sus follages;
Y á la par retoñando
Arboles, plantas, flores;
De mágicos colores
Tan pintoresca alfombra salpicando:
Como regazo blando
Con que naturaleza la convida,
A la hermosa estacion de los amores,
A la alba bella, del abril florida.

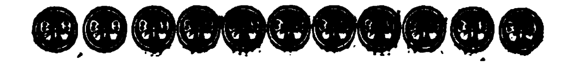


Lució la primavera,
Las horas son de tu existencia breve;
Gózalas, ay, pintada Mariposa,
Antes que vuelva á aparecer la nieve!
Para entonces, hermosa,
Polvo serán tus galas
Y las flores tambien que son las bellas,

Con que tu amor regalas.
Y á la par sacudidas
En turbios remolinos por el viento,
Os dejará perdidas
En estrañas riberas,
Sin que conceda al triste pensamiento,
Ni aun guardar las reliquias bendecidas,
De las que vieron, ay, sus primaveras!
Goza, pues, hora en tus dichosos dias
De amor y de su hechizo:
Apura tú sus dulces alegrias,
Dios las hermosas para amar las hizo!
Sonoro rueda el rio,
Los vientos mansamente
Suspiran en las ramas del sombrío;
Cantan las aves, zumban las cascadas,
Ensordece el torrente,
Cimbrean las lejanas enramadas,
Brilla radiante el Sol, sereno el cielo,
Pacifica la atmósfera, y la tierra:
Todos muestran su amor: tiende tu vuelo,
Y ama, pues todo en el amor se encierra!

Abril.—1839.





LA INCONSTANCIA.

Hora desciende el sol al Occidente,
Y en la gigante sierra descansando
La inmensidad de su dorada frente,
Y en raudales de fuego iluminando
Del ancho mar las azuladas olas,
Vá con dolor los límites pasando
De sus queridas playas españolas.

Sobre otras enramadas y jardines,
Vá á destellar su lumbre bienhechora;

Del Oriente los májicos confines
Los pasos sienten de su roja aurora.
Del polo abrasador hasta la estrema
Mústia rejion del Septentrion helado,
Descansa la magnífica diadema
Del sol, de su universo enamorado.
Y el mundo, aunque á su luz vive y respíra,
Y de sus glorias por señor le aclama,
Inconstante en su rumbo, se retira
Del blando influjo de su ardiente llama;
Y trueca por la noche, y por su duelo,
El grande amor de ese gran Rey del cielo.



Ved de la luna el faro misterioso,
A cuya luz el mundo se adormece,
Entre sueños de amor y de esperanzas:
Y contemplad que ese su disco hermoso
Contínuo mengua, y de contínuo crece,
Emblema hasta en su albor de sus mudanzas!

¡Cuán bella es sobre el mar la luz perdida
De las blancas estrellas temblorosas,
Cuando riela su lumbre, estremecida
En las sonantes ondas bulliciosas:
Y entre la blanca espuma salpicante
Que humilde besa el peñascal jigante,

Sentir los melancólicos jemidos
De los serenos vientos, adormidos
Entre las frescas conchas de esmeralda
Que el mar semeja con su riza espalda!
Mas al verse ese mar tan majestuoso
Y tan sublime en su feliz reposo,
Por ostentar su estraño poderío,
Presumió de pasar por mas grandioso
Si alarde hacía del furor bravío.
Y cediendo à la voz de su inconstancia,
Pidió á los vientos que inconstantes fuesen;
Y los vientos lo fueron, con jactancia
De que los occeanos se rindiesen.

El cierzo brama en el peñon desnudo;
El Noto audaz y el Aquilon violento
Con saña atroz y con impulso rudo
Arrebatan las ondas cenientas,
Que los mares indómitos cedian
A los furiosos vientos que mujian,
Al abortar sus pálidas tormentas.

Montes de espuma, oscuros remolinos
Hasta el eter purísimo del cielo
Se abrieron en la lucha anchos caminos:
Tembló la faz del estendido suelo;
El sol veló su macilenta lumbre;
Y en sus tumbos el mar sobre la playa,
Ufano con su hermosa pesadumbre,
Himnos de gozo á su inconstancia ensaya.



Recuerdo en este instante, la historia misteriosa
De dos verdes palmeras, y quiéroosla contar:
Porque del seno mismo de la constancia hermosa
Veais la inconsecuencia sus alas desplegar.



«Una palmera jóven (refiere el fiel Pontano,
«De Alfonso Rey de Nápoles ilustre preceptor,)
«Crecia en las llanuras de Brindis, y lejano
«Su amante, otra palmera, de Otranto entre el verdor.

«Mostrábase ella estéril, y lánguida y marchita,
«Su juventud moria, sin dar fruto su flor;
»Y en sus ramajes bellos juzgábase maldita
«Del sazonado dátil la celestial color.

«Una mañana, alzando su majestuosa frente
«De flores coronada, sobre los bosques vió,
«A mas de quince leguas, en la llanura, enfrente,
«De Brindis la palmera que en vano idolatró.

«Al hondo de la tierra con su raiz clavada,
«Sin alas que pudieran su corazon llevar,
«Bajo la fértil sombra de su palmera ansiada,
«Al Céfiro le dijo con triste suspirar:

«Lejos del bien, que adoro desamorada muero;
«O seca mis ramajes pomposos de verdor,
«O dá pronto á mis flores el fruto ¡ay Dios! que espero,
«Porque es muerte la vida que pasa sin amor!

«El Céfiro llorando con ella sus dolores,
«Voló hacia la palmera que al lejos vió crecer;
«Y el oro de sus ojas, y el polvo de sus flores
«Guardó en sus blancas alas con cándido placer.

«Y revolando ufano hasta el ramaje umbrío,
«De la feliz palmera que aguarda con afán,
«Vertió sobre su tronco, el singular rocio
«En el que tantas glorias significadas ván.

«Sintióse un dulce estruendo en Brindis y en Otranto;
«Los bosques se ajitaron con lúbrico temblor:
«Y la dichosa amante, su fruto de amaranto.
«Mostró por vez primera entre la tierna flor.»



Tal cuentan el misterio de Céfiro y de Flora;
Mas quién presumiria que emblema de tal fé,
Fuese ese raudo Céfiro que asiste y enamora,
A cuantas lindas flores en los pensiles vé!

Ya pasa suspirando junto á la blanca rosa,
Y prende de su cáliz un ay! al resvalar;
Ya ajita entre sus brazos la madreselva airosa,
O ya de la azucena quiere en la sien posar.

Ya rompe, en sesgo jiro, el doble manto espeso
Donde la fiel violeta recata su pudor:
Ya clava estremecido un combulsivo beso,
Sobre la clavellina, roja con su color.

En fin todas las flores le ofrecen blanda cuna
Al burlador amante que inconsecuente, infiel,
Rie de su inconstancia, y cuenta que no hay una
Entre las flores todas, que se defiende de él.



Las aguas de ese arroyo pacíficas saltaban
Sobre el mullido césped con ruido desigual,
Y al peregrino errante la sed apaciguaban
Del sofocante polvo de algun yermo arenal.

Llevólas su inconstancia á despeñarse en rios,
Que amenos fecundaron crecida poblacion:
Cansadas de su curso, y con mayores brios,
Pararon en torrentes de ruina y destruccion.

Por fin al mar entraron, pero aun allí mayores
Fueron de su inconstancia las fuerzas á crecer;
Y á nubes aspiraron, y en forma de vapores
Hasta el cenit treparon la atmósfera á envolver.

Mas ah! todo desciende tan pronto como sube!
Sobre un yermo escampio el turbion se rompió,
Y ni arroyo, ni rio, ni torrente, ni nube,
Nada fueron sus ondas, el sol las consumió!

Decidme, aun de esas aves, ¿por qué la alegre tropa,
Cuando las dulces brisas comienzan del abril,
Viene á los altos bosques de nuestra rica Europa
A enamorar las aves de su feraz pensil?

Y luego sin curarse del cariñoso nido,
Ni del columpio verde del sauce protector,
En que cantó sus dichas entre el placer perdido,
Inconstante los huye por un clima mejor?

La tórtola llorosa, con su clamor constante,
Que ajita de las selvas la triste soledad,
Siendo su dulce arruyo tan hondo y penetrante,
Y el son de su querella tan lleno de bondad;

¿Por qué no nos conmueve como la voz sonora
Que exala en varios trinos del Delta el gran cantor?
Porque es uno el lamento con que la triste llora,
Y es el mas inconstante cantando el ruiseñor!



Si de los bienes mayores
que nos ofrece la tierra,
ha de ser pension forzosa
que tan inconstantes sean,
acaso no son los males
tan grandes como aparezcan,
por la razon de no ser
los bienes como se sueñan!

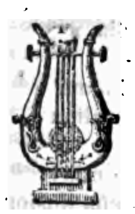
Que en fin, á llorar sus cuitas
el corazon no se niega:
y aun la constancia en sentirlas
le acostumbra á que las sienta;
pues aunque no las repara
el largo dolor que aqueja,
el padecer de continuo,
conduce á que menos duelan.
Pero ceñirse hoy coronas
sobre la frente soberbia,
y oir mañana á las plantas,
el rumor de las cadenas:
brindar hoy en el festin
la copa del dulce nectar,
y el cáliz de amarga hiel
apurar la noche mesma;
grabar con sangre en el alma
de otra alma la imágen tierna,
y al renacer de otra aurora,
sentir que las sombras llevan
el ídolo, destrozado
el corazon en que lo era,
ese es tormento mayor:
y esa varia inconsecuencia
desde la gloria al martirio,
el suplicio que mas pesa!
Porque del placer la luz
cuando en el dolor refleja,
enturbia sus rayos mas,
y dá mas hondas tinieblas,
y nos duplica el sentido,
y nos mengua la paciencia!
Y hablándose de inconstancia,

hablar del amor es fuerza,
y en donde el amor preside
hablar de las damas bellas.
Mas no temais que su nombre,
en mis trovas desmerezca;
que á la par de trovador,
que soy galan se me acuerda;
y hoy tienen muy de su parte
la justicia y la defensa.
En mal hora los que aclaman,
contra su honor, y en su mengua,
que en lo mudables parecen
las damas á las veletas.
Pensáran los muy menguados,
que hubieron madres entre ellas;
y que otro pago pedian
sus maternales ternezas!
Pensáran que sobre el mundo,
acaso ni un hombre alienta
que contando veinte eneros,
no haya, al menos cuando sueña,
soñado con la muger,
como en un angel, que en vela
por el valle de amarguras
le ha de abrir fácil la senda!
Si tampoca fé guardaron,
guardarán mayor reserva,
para profanar la fama,
de quien débil se confiesa;
y en querernos destruir
nuestras hermosas creencias!
Si yo creo en sus virtudes;
yo fio de sus promesas,

que son para mí sagradas
las que por amor se truecan.
Yo vivo con sus recuerdos:
sus esperanzas me alientan,
y antes juzgo falte el sol,
que esperanzas que son ciertas;
y tal fio, porque sé
que el ser noble á tanto empeña!
Un corazon como el suyo
en que el entusiasmo impera;
tan tierno, como el suspiro
que entre los labios se quiebra:
tan grande como ese Dios
que á su imájen se las crea:
un pensamiento en que bulle
la ilusion y la grandeza,
no es trono en que pueda alzarse
esa inconstancia proterva!
¡Algunas veces olvidan!
Acaso asi lo aparentan;
ó es acaso que no amaron,
y su desengaño encuentran.
¡Algunas veces nos venden!
Confiéselo quien lo sepa,
que yo en juzgar lo mejor
juzgo que hay mayor nobleza!
Mas aun dudándolo, entiendo
que las que acaso nos vendan,
á costa de una venganza,
la infelicidad se mercan!
¿Qué quereis? Que aun desdeñadas
rindan el cuello en la arena,
y del carro del tirano

sucumban bajo las ruedas?
No, que el imperio es igual!
No hay dominador; ni reinan
sobre el solio del amor
mas que unidas dos cabezas.
No es inconstante quien muere,
como ellas mueren de penas!
Si son pocas, estas sobran
para honrar á las que restan;
y para hacer que en su obsequio
la sorda envidia enmudezca.
Respira, mujer, respira,
con orgullo y con soberbia,
pues yo sostengo que vales
mas que cuanto el orbe encierra.
Y no receles por débil
que mi acento no se sienta,
que la voz de la razon
todo el universo atruena!

Marzo.—1841.



A LAURA.

Cancion.

Feliz un dia
Nada creia
Que de mi alma
La blanda calma
Perturbaría.
Ay, Laura mia!
La halagüeña ilusion pasó ligera

Cual nubecilla que arrebata el viento,
En pos la dulce paz sentí el tormento.

Yo la alegría
Que amor envia
Nunca he querido,
Siempre he temido
Su alevosía!
Ay, Laura mia!
Inútil al amor es resistirse,
Tu fiel amiga que el querer condena
Ligada está á su bárbara cadena!

Su copa impía,
Oculta cria
Hez ponzoñosa,
Mas yo ardorosa
La consumia.
Ay, Laura mia!
De entonces ya del infelice pecho
El sosiego se huyó, la blanda calma,
Y en su vez duras penas siente el alma!

De la alquería
Donde vivia
Huyó Ramiro;
Por quien suspiro,
Por quien vivia!
Ay, Laura mia!
Mi desden le alejó, mas ya amorosa
Le llamo sin cesar, que entre sus brazos
Formar ansío mis dichosos lazos.

Ah! si este dia
Que el alma ansia
Llegar no miro,
Sí, por Ramiro
Me moriria!
Ay, Laura mia!
Cuanto menos le amé mas le idolatro;
Lo juro ante la luna misteriosa,
O un sepulcro á mi amor, ó ser su esposa!

Abril.—1840.



EL PAJE DE LA BANDA.



I.

De púrpura y nacar hermosos celages,
La faz adornaban del astro del dia,
Su carro á Occidente fugaz descendia,
El rayo postrero vertiendo de luz:
   Brillaban dorados los altos ramages,
De bosques sombrosos que exhalan frescura,
Y hermosa, esmaltada la estensa llanura
Que llaman *la Vega* del suelo andaluz.
   A un lado presentan las ondas brillantes
Que sordas chocaban con tardo zumbido,
Un plano horizonte, semeja encendido
Un lago de fuego de inmenso grandor.
   Allí de Alpujarras los cerros jigantes

Sus crestas erguidas clavando en el cielo
Cual blancos fantasmas velaban el suelo,
Su sombra estendiendo de opáco color.
En tanto, en la altura, el rostro velado
De pálidas nubes, fantásticas, bellas,
La sien coronada de hermosas estrellas,
La luna medrosa su faz desnubló.
Un tardo galope, sonoro, pausado,
El viento en sus alas distante mormura:
Se aumenta, se acerca, pasó la espesura,
Ginete un armado la vega cruzó.
Revuelto morcillo, las crines cual oro
Cabalga un mancebo de ardor varonil,
Su rostro era bello, su talle gentil,
Su bozo naciente, temprana su edad.
Anubla sus ojos rasgados el lloro,
Que allá en las estrellas clavados tenia;
Su diestra en la lanza, y un alma que ardia
Allá en los encantos de virgen beldad.
Jubon encarnado sus hombros ceñia,
Cubriendo las armas que viste el ginete;
Son rojas las plumas que ondea el almete,
Colores que aprecia su tierna Isabel:
Que corre por verla su afan descubria;
Su noble apostura, su pecho animoso;
Sus lánguidos ayes, su amor delicioso;
Su clase, las galas del rico doncel.
Allá entre las ramas de selva fragosa
Sus torres levanta murado castillo;
Suspira el guerrero, paró su morcillo,
Y airoso desmonta del noble troton.
El sitio recorre..... un niño reposa
Tranquilo debajo de un sauce dormido.

—Hernando, le grita. Despierta, y rendido
Se humilla á sus plantas el tierno garzon.
—Levanta mi Hernando.—Señor.—En mi pecho
Tu pecho descanse..... ¿Veré mi hermosura?
—Lo juzgo imposible.—¡Cruel desventura!
¿Qué dices?—D. Nuño sospecha, señor.
Contino hay espías que están en acecho,
Y tantos desvelos aun mas que de amigo.....
—¡Ay triste!—Sospecho tan solo.—Maldigo
Su raza: seria!....—El es su amador.
—Mi saña reprimo. Pensarlo es mancilla:
Y aquese era el home, leal fazañero,
Que al verla sin bienes ni amigos, sincero
La dió en sus castillos morada y solaz!
Y noble se dice, é hidalgo en Castilla,
Y santas las leyes de honor atropella,
Y piensa que valen, en pura doncella,
Tesoros tan viles, tan rica horfandad!
Aun sangre de buenos mis venas inflama,
Aun vive en mi pecho hónrada altiveza,
Por mas que se encumbre, de un vil la cabeza
Está so las plantas de un hombre de honor.»
El Page temblaba, que en mucho le ama:
Sus ojos azules mostraban dulzura;
Calmóse el guerrero, y asió con ternura
La mano del niño.—«Yo fio en su amor!
El tiempo es llegado: sus pruebas espero.»
Sacó de su guante un pliego rollado;
«Si un dia su Enrique la ha sido adorado,
Su vida ó su muerte la toca elegir.
No dudo me ayude tu afecto sincero.
—Mi dicha y mi vida la diera por vos.
—Lo sé, buen Hernando.... Acércate... Adios!

«Mi vida ó mi muerte,» se lo has de decir....
Si acaso consiente..... El sitio es aquí.
Ya todo á la marcha dispuesto estará.
La ronca campana las tres contará,
Y entonces...—Lo entiendo, lo entiendo, señor.
—Si no está resuelta. ¡Ay! llora por mi,
Mi Hernando.—Señor, fiad en la suerte!
—No olvides decirlo: «mi vida ó mi muerte.»
«Adios.» Al galope partió el corredor.



II.

La antigua gótica almena
sobre los bosques asoma
su dura frente morena,
cual si llevara con pena
la lumbre que el sol desploma.
En fuego el Cenit se inflama,
fuego es el valle y el monte,
y cual fosfórica llama
en rayos mil se derrama
desde el quemado horizonte.

Bajo una encina sombrosa
de un apartado jardin,
soñando sueños de rosa,
de amor medita una hermosa
en su ausente paladin.
De pronto se conmovió;
al ver que se acerca un page,
mas despues se sonrió,
que á su Hernando conoció
que á darla viene un mensage.
—Una esquela para mí?
¿Le has visto? Feliz Hernando!
Que me olvidabas creí.»
Dijo, y con gran frenesí
besó el pliego suspirando.
«Partir á la nueva aurora!
¿Mas dónde huir?—A Aragon,
responde el page, señora.
—¿Y mi tirano?—En buen hora:
armas tiene y corazon
D. Enrique.—Enrique mio!
—Como su lanza ninguna;
maguer faltárale el brio,
á quien vos amais, yo fio
que bien le sobra fortuna.»
Era tan tierno el acento,
y del page la espresion
revelaba un sentimiento,
que Isabela tuvo intento
de aliviar su corazon.
Y con sonrisa, la boca
su mano al page cubrió;
él con sus labios la toca;

era paga, aunque era poca;
ella suspira, él calló.
»Despues de mi Enrique amado
en tí fundo mi esperanza.
—Señora, esclamó aun turbado:
¡ay! es bien afortunado
el que á serviros alcanza!
Mas ya olvidásteis la esquela!
—No en verdad. No fue olvidalla;
solo el temor me desvela
si por ser para Isabela
alguna desgracia se halla.
«Amor te espera conmigo;
huye un tirano celoso:
(leyó), maguer buen amigo
nunca valiera el abrigo
de los brazos de un esposo.
»Villano debe de ser
quien atenta á tu pudor;
tú eres hermosa y muger;
él liviano y con poder:
peligro corre tu honor!
»Nuestra venturosa huida
la noche debe encubrir;
habrá una lancha escondida
bajo la reja partida
que besa el Guadalquivir.
»Alguna prenda, Isabel,
si tú consientes, me envia,
sino, mi muerte.» ¡Quién! él.
¡Yo su muerte! ¡qué cruel!
Al que es luz y gloria mia!
Una prenda!..... pronto Hernando.»

—Ya del page las miradas
estaban adivinando.
—Aquella banda?» Volando
se alejan ya sus pisadas.
  Flotaba al aire el cabello
al perderse entre laureles;
buscando el sol lo mas bello,
lucia mas en su cuello
que en sus ricos oropeles.
  Mágico al amor llamaron,
y fué con razon bien creo,
pronto los pasos sonaron
del page, y aun tal volaron
cual de Isabela el deseo.
  Entre la undosa espesura
y las rosaleras bellas,
apareció su figura,
que por llegar se apresura;
sus ojos eran estrellas,
  Su tez lozana encendida,
transparente cual la grana,
y su color florecida,
dejára en verdad corrida
la rosa de la mañana.
  Su luenga blonda guedeja
daba luz y tornasol
á una dorada bandeja,
que oscurecida se queja
de que otro la robe el sol.
  Y entre el movido ropage,
y entre las rosas y flores,
corriendo aparece el page,
como el Dios de los amores

que vuela á dar un mensage.
Llegó delante la hermosa
y se quiso arrodillar;
que la creia su diosa,
y si el creerlo es fácil cosa
dirá quien sepa de amar.
Isabela lo impidió,
y el page, medio inclinado,
el presente la ofreció,
y con sus ojos habló
como quien dice, «he triunfado!»
Entre risueña y llorosa,
sentida y apasionada,
con espresion deliciosa
sus ojos clavó la hermosa
sobre la banda encarnada.
Y en la sien cándida y pura
del entusiasta rapaz,
cuya inspirada figura
es la de un ángel de paz
adorando la hermosura.
«Toma, Hernando: su Isabela
para él la tejió. En el oro,
por si mas su amor consuela,
dile que oculto se vela
entre sus randas mi lloro.
Que en ella mi sien dormia,
y el latido de mi pecho
con sus pliegues comprimia,
y que estrecha el alma mia
en aquese lazo estrecho.»
Y haciendo á la banda un nudo,
á su Hernando la entregó,

que triste, lloroso y mudo,
haciendo un corto saludo
de su presencia partió.
«Lloraba! dijo Isabela,
cuando le vido ausentar,
sí, tierno amor le desvela!
Mi gratitud no la anhela
y esa solo puedo dar!»
Apenas esto decia,
huyó, pues sonó cercano
de ronca trompetería
el clamor: de cetrería
regresaba el Castellano.



III.

Trémula llama rojiza
despide lámpara etrusca,
colgada de un ancho techo
de un salon á la moruna;
cubren los lienzos, tapices
de trasparentes figuras,

flamencas por los colores
de su brillante pintura.
Labradas son en madera
las caprichosas molduras
que forman el pavimento.
Damascos lenguos ocultan
cuatro ventanas ojivas,
y el suelo alcatifas turcas.
Hay un sitial de respaldo
con escudos en las fundas,
bordadas armas en plata
del Castellano que ilustran.
Y allí en su cóncabo asiento
cual en honda sepultura,
entre las pieles de un manto
y de roja caperuza,
asoma un rostro amarillo
y dos ojos que deslumbran,
imágen de un ser que alienta
y que un cadáver figura.
A poca distancia, en pié,
se vé la parda armadura
de un jigantesco soldado
que le observa con mesura.
Silencio reina en la estancia
y negra sombra confusa,
que apenas en luz bañaba
de un hogar la llama turbia,
que entre cenizas quemadas
sus tardos rayos circula,
crujiendo las secas chispas
que rechinantes se cruzan.
Revolvióse el Castellano

y asi al soldado pregunta:
—¿Qué ha sucedido, Rui-Pero?
—Felices nuevas os doy:
solo ha finado el barquero,
y lo siento por quien soy.
—¿Y el caballero?—Una llave
la reja le pudo abrir;
que allí le llevó una nave
surcando el Guadalquivir.
Subió á la reja, y entró.
—¿Y despues?—Como ordenásteis
salí cauteloso yo
y le dije: «ya acabásteis,»
al barquero: y fué tan fiel
y temoso, que el venablo
fuerza fué probase en él,
que yo sin razon no hablo.
Al momento con Ferrán
dejé remar la barquilla,
y á costa de poco afán
amarrada á la otra orilla.
—Segun eso está encerrado
y no ha de poder salir?
—Tuviera que hacerlo á nado,
y es ancho el Guadalquivir.
—Pienso que fuera mejor
acercando la barquilla.....
diez soldados de valor.....
que no falte tu cuchilla.
—Entiendo.—Harás de barquero.
—¿Y en bajando?—Han de morir.
—Tambien obrará mi acero.
Su tumba?...—El Guadalquivir.

IV.

En su estancia silenciosa
está sentada Isabel,
y en actitud respetuosa
junto á los pies de la hermosa
arrodillado el doncel.
—¿Y no te han visto subir?
—Nadie, mi vida.—¿Y agora?
—Por esta reja partir,
que esa lancha protectora
nos pasa el Guadalquivir.
Alienta, Isabela mia,
la de los ojos de fuego;
antes que amanezca el dia
los campos de Andalucía
ya no han de escuchar tu ruego!
Noble soy en Aragon,
y deudos cuento y vasallos
que sustenten nuestra union:
huyamos de esta prision;

prontos están mis caballos.
Una vez entre mis brazos
al fin gozarás de calma,
sin riesgo de arteros lazos:
que solo, hermosa, á pedazos
se quita á una vida el alma.
Y tú lo eres de mi ser,
alma bella y bendecida,
aun mas que el alma, muger;
pues hasta en ti llego á ver
el porvenir de mi vida!
—Enrique, tanta bonanza
despues de tanto sufrir!
Recelo infausta mudanza,
que brilla mas la esperanza
cuanto mas pronta á morir!
Temo que soy desdichada
y que grabo tu destino
con mi suerte malhadada.
—¡Mi existencia!.... No, mi amada;
como estrella en mi camino,
Tu luz me debe alumbrar
al borde de los pantanos,
y nunca me ha de faltar.
Aunque débiles tus manos,
Isabel, me han de ayudar!
Grabada tu imágen bella
en el alma, ya morir
es imposible; que al vella,
tan solo por no ofendella
pardiez que no me han de herir!
—Tus pláticas amorosas
me seducen y enamoran,

que son difíciles cosas
no parezcan deliciosas
esperanzas que se adoran.
Partamos, Enrique mio,
mi númen consolador:
entre tus brazos me fio.
—Isabel, tuyo es mi honor.
Altura no tiene el rio;
Fácil sin riesgo seria
descender si quieres.—Sí.
Quien solo por tí moria,
¿qué hará viviendo por tí?
—Huyamos, paloma mia!



V.

En lúgubre soledad
escasos momentos pasan,
cuando el page Hernando entró
con ansiedad en la estancia.
«Señora»! Ya son perdidos!»
esclamó, y á la ventana
se asoma, cuando dos ayes

de esos que parten el alma
llegaron hasta la suya,
helándole las entrañas.
«Piedad, bárbaros, teneos!
Redoblan sus cuchilladas!...
Enrique cayó! Tú ¡oh noche!
¿por qué no alumbras su infamia?
Y ella tambien....! por los aires
ondea cual móvil ráfaga
un blanco tul, que se aploma
chascando sobre las aguas!
Los han arrojado, ¡ay triste!
Sepulcro tus ondas claras
les serán, Guadalquivir;
tus arenas su mortaja!
Oh bárbaros asesinos,
yo les vengaré!» No acaba,
porque sintió de otro acero
dividida su garganta.—



La noche siguió serena,
las brisas quietas y blandas,
con azul puro los cielos,
las estrellas esmaltadas,
qué poco llora natura
cuando los hombres se acaban!

Solo sensibles murmuran
del Guadalquivir las ramas,
que doblegando hácia el rio
sus tallos, forman las palmas
de dos mártires de amor,
víctimas de una venganza!

Febrero.—1838.





MISTERIO.

¿Dónde huir de ti mismo, pensamiento?
¿Dónde dejar de razonar contigo,
Si llevas tu tormento,
Y tu propio castigo,
En lo que á ti te inspira el sentimiento?
¿Cómo apagar la abrasadora llama
Que tu ilusion entusiasmada enciende?
¿Cómo dejar de oir la voz que clama,
Y allá en el hondo de mi pecho, inflama
La sangre toda que mis venas hiende?
En vano te defiende

La modesta razon con mano fria:
Y en vano vierte un bálsamo oloroso
Sobre la llaga que en tu seno hacia!
Hay veces en que el mal mas riguroso
Es el remedio, y el querer hallarle,
La ocasion mas segura
De procurarse el daño:
Que en este oscuro valle de amargura,
Tormento que es tamaño
Pensar en remediarle,
Las penas apresura,
Y el remedio mas cierto es no buscarle!
Si á tan funesto estado
El destino te fuerza violento,
Obras desacertado
En sufrir como sufres, pensamiento!
Recoge de memorias peligrosas,
De recuerdos tristísimos y amargos,
Copia abundante y llena;
Y de todas las lágrimas preciosas,
Que en esos años largos,
De amor eterno y de insufrible pena
Derramó el corazon entristecido,
Compón un solo olvido.
Mas, si vives, ingrato, decidido
A padecer, pensando en tu tormento,
Y á pasar en congoja tu existencia,
O presta al corazon mas sufrimiento,
O guarda para ti mayor paciencia!
Es cierto, te querellas justamente,
Fiel pensamiento mio:
Oigo tu voz que grita sordamente
Porque la obligan á silencio impío.

Sufre, sufre callando,
Es fuerza padecer, y que lo ignoren:
Es fuerza que los ojos rebentando
Por derramar sus lágrimas no lloren!
Tranquila y apacible
Debe la frente aparecer serena;
Aunque aqui en mis entrañas,
La inmensa herida, el desengaño horrible
Desgarra con sus manos y envenena!
Es forzoso que el labio balbuciente
Sofoque, á su pesar, hondos gemidos;
Y que el latir del corazon vehemente,
En vuelcos comprimidos
A los hombres encubra lo que siente!
Y no basta que triste y silencioso
Uno apure la hiel de sus dolores;
Preciso es consumir la copa impía
Y el jugo de sus heces ponzoñoso!
Es preciso que al mundo y sus honores
Se rinda adoracion con alegria!
«Mis estremos, mi angustia, mi martirio
»Son por amor,» el corazon diria,
Mas el vulgo increyente burlaria
De la estraña ocasion de su delirio!
No podrá persuadirse, que unos ojos
Roben la luz, á los que en ellos vieron
Su sol de vida y de esperanza hermosa:
Y de su fuego celestial despojos,
Ay! á su llama con placer murieron
Como muere la tierna mariposa!
No concibe que el beso de una boca
Llegue á abrasar el corazon de un hombre,
Y hasta un suspiro que á su faz no toca!

Jamás comprenderá, que alcance el nombre
De una muger á herir, cual hiere un rayo;
Que su mágica voz, pueda en sus sones
Prestar á las pasiones
El desfallecimiento del desmayo,
O la furia de rudes aquilones!;
Ni entenderá tampoco
Que un hombre, que es sensible, y que no alcanza,
Si pierde la esperanza,
La vida pierda ó que se vuelva loco!
Por eso á las miradas de lá gente
Estúpida y profana,
Es delirio el amor, y es un demente
Quien por seguir su inspiracion ardiente,
Del mundo olvida la exijencia vana!
¿Y qué razon la sociedad espone
Para ver los arcanos de mi pecho,
Y burlar de mi hermoso desvarío?
Decid, ¿con qué derecho,
Traba á mi libre voluntad le pone?
Mi pobre corazon es todo mio!
Si el mundo pide adoracion, tributo,
Yo no le puedo dar sino desvío!
Si entre sus galas, flores y brillantes
Escarnio hiciese de mi pena y luto,
Yo de su pompa y vanidad me rio!
Si no hay en sus salones elegantes,
Ni al lado de sus muelles cortesanas,
Un apartado asiento
Donde pueda apoyarse el que padece,
No sentiré sus etiquetas vanas
Dejar de ver, ni tomaré á contento
Hallarme en sus festines. No apetece

Mi corazon el ruido tumultuoso
De sus alegres fiestas, ni ambiciona
El fausto y la grandeza,
Aunque de ellas no se huye temeroso
Del monte enmarañado á la aspereza,
Do á soledades tristes se abandona:
Ni merecen mi afán, ni mi estrañeza.
Todo sin gloria y sin placer lo admiro;
Cual pasajero incierto,
Que al contemplar un valle delicioso,
Roba al placer un lánguido suspiro
Que le desahoga el alma: mas cuidoso,
Al reparar un arenal desierto
En pos de las sombrosas arboledas
De aquellas alamedas,
Recuerda que es la tierra una posada,
Camino transitorio
Que conduce á la patria deseada,
Y al ver que todo en ella es ilusorio,
Clava en el cielo su feliz mirada!
Mas siempre entre estas nieblas del camino
Suele brillar consoladora estrella;
Angel de guarda, espíritu divino,
Que en forma de muger nos acompaña.
Mi corazon la vió: su lumbre bella
Es la que solo en mis tinieblas sigo.
Si su albor es mentido, ella me engaña!
Ella es la diosa que con fé bendigo,
Y sujeto á su imperio,
Quiero morir cuando su luz se acabe!
¡Solo en la muerte, es cuando el mundo sabe
Comprender que hay amor, y en él misterio!

Octubre.—1840.

SUSPIROS.

Pasó mi niñez hermosa
con sus fantasmas de rosa;
edad feliz, deliciosa,
que ya nunca ha de volver!
Aunque entonces mis sentidos
vivian en paz dormidos,
suspiros dejé vertidos,
de inocencia y de placer!

Cuando ya mis verdes años,
de funestos desengaños,
padecieron, ay! los daños
que hasta entonces ignoré;
Lágrimas tristes y á mares
me arrancaron mis pesares,
y la voz de mis cantares
con mis suspiros ahogué!

Cuando ya la edad florida
de hermosas flores vestida,
las puertas de oro á la vida
me abrió con el tierno amor;
Aunque gozé sus encantos,
fueron tales mis quebrantos,
fueron mis suspiros tantos,
que di un ¡ay! por cada flor!

Y aunque tan joven mi aliento,
si remonto el pensamiento,
al porvenir que presiento
y que mis ojos no vén;
Distingo entre los vapores
de mil confusos colores,
las sombras de los dolores
que he de suspirar tambien!

Y asi hasta el fin de la vida,
cuando del cuerpo partida
el alma, al fin se despida
para su hermosa mansion,

Aunque entonces imajino,
será de placer divino,
irá hasta ver su destino,
suspirando en su ascension!

Abril. — 1840.



Un sueño de otro sueño.

Era bella al morir por occidente
La luz del sol, entre celages de oro;
Era hermosa la tarde, y el ambiente
Rico en frescura y perfumado olor.
Era estenuado el resvalar del rio,
Era sonoro el murmurar del viento;
Era sublime el pensamiento mio
Porque soñaba en su ilusion de amor.

Inspirada mi joven fantasía
Con la imágen de un angel que adoraba,

Muy mas bella que el Sól que se perdia
En lecho de esmeraldas y zafir;
En un sueño de lánguidos amores
Embebecida el alma se exaltaba;
Rico como las galas de las flores,
Suave como su trémulo crujir.

⪢✲⪡

Yo soñé que te via sobre el lecho;
De tu luenga melena el negro rizo
Velaba undoso el nacarado pecho,
Envuelto entre el ligero ceñidor:
Tu cutis celestial de rosa y nieve
Era en tersura y brillantéz cual nacar;
Y tu cintura transparente y leve
Como la sombra de fugaz vapor.

⪢✲⪡

La faz serena en actitud graciosa,
El estendido párpado cerrado,
Pálida y mustia la mejilla hermosa,
Trémulo el seno en convulsion cruel;
Cruzaba el pecho su estendida palma
Cual sujetando un corazon fogoso,
Que en saltos comprimidos, toda el alma
Librar queria de la carcel de él.

⪢✲⪡

La blanca sien, la palidéz cubria;
El labio sonriendo vacilaba;
La diosa del placer en su agonia,
No era, no, tan divina al suspirar!
Dos lágrimas, cual perlas, sus pestañas,
Como un puro rocio florecian:
Y el estremecimiento en sus entrañas,
Se hizo al través del ceñidor notar.

Otra vez suspiró, y enardecida
Creyó clavar un regalado beso,
Sin duda en otra sien favorecida
Que el sueño mentiroso la abultó:
Pero sólo las brisas codiciosas
Robaron aquel beso á sus amores;
Y cual de frescas y fragantes flores
La esencia por las salas se estendió.

Lloraba al pié de la hermosura inquieta,
Sus deliciosos sueños devorando,
Mudo, agitado, el infeliz poeta,
Bebiendo con los ojos el placer.
Quiso atreverse á descansar su boca
Sobre aquella hechicera que dormia,
Y el paso cuerdo, y la esperanza loca,
Llegóse al lecho con turbado ser.

Los entreaviertos labios de la hermosa
Trémulos del amor y del suspiro,
Respiracion pausada y voluptuosa
Exhalaban, con lánguido temblor:
Y entre el puro carmin, cándidas perlas
Aquella concha del placer mostraba,
Que al que amante lograse merecerlas,
Rico tesoro le guardaba amor!

Tambien temblaba el corazon del mozo:
Cuenta despues, que el miedo que tenia
Era que es fuerza le matára el gozo
Si estrechaba en sus brazos tal muger.
Mas ¡ah! la muerte que á gozar convida,
Mas que le aflige, al amador consuela!

Por muerte tan feliz, tan triste vida!
Dichoso aquel que muera de placer!

⋙✻⋘

Sus labios en los labios se apoyaron
De aquel ángel de amor y de delicias,
Pero el beso en su boca no clavaron,
Porque antes el poeta despertó.
Aun guarda el triste, en su ilusion dormida,
De sus sueños la imágen venturosa:
Y aun atribuye el conservar su vida,
A que aun sobre su boca no besó!

Julio.—1840.

EL ALBA.

Del alba el héspero hermoso
su mágica luz dilata
con reflejo temeroso,
por el cielo pavoroso
que baña en tintas de plata.

Ya entre sombras y vapores
la oscuridad se deshace,
y en estenuados colores
refleja los resplandores
del alba pura que nace.

Ya las torres aparecen
con su figura y labor:
ya los montes se engrandecen:
ya los árboles se mecen
cual mar de oscuro verdor.

Corona el oriente umbrío,
una banda de escarlata:
por el ancho praderío,
ondea rodando el rio
cual móvil cinta de plata.

Y vaga en formas estrañas,
que mueve agitado el viento,
la niebla de las montañas,
el humo de las cabañas,
que blanquea el firmamento.

Y esmalta la vega umbría
que es un trono de esmeralda,
con sus cambiantes el dia:
verde manto parecia,
y las flores su guirnalda.

Y los cerros jigantescos,
y móviles arboledas;
los punzones arabescos,
los chapiteles chinescos,
y vistosas alamedas,

Entre las sombras errantes
y entre las luces, perdidos,
de los albores brillantes,

forman vistosos cambiantes
que seducen los sentidos.

Entre nubes de oro y grana,
que ostenta el cenit de rosa,
como deidad soberana,
despunta ya la mañana
entre aljófares hermosa.

¡Qué pura está la alborada!
¡Qué sereno es su arrebol!
¡Cuál mueve al alma inspirada
la blanda luz estenuada
que tiene al nacer el sol!

Todo es placer, todo es vida;
todo anuncia el despertar
de esa aurora bendecida:
todo al encanto convida,
y á mí me escita á llorar!

No amaneció para mí
ese tranquilo arrebol;
que estoy ausente de ti!
Desque tus ojos perdí,
no he visto brillar el sol!

Que es un prisma el corazon,
que tristes ó encantadores,
de gloria ó de perdicion,
segun siente la ilusion
descompone los colores!

¡Cómo ha de lucir vistoso
ese sol, de un Dios traslado,
ni su hechizo prodigioso,
si está mi pecho amoroso
de noche eterna cegado!

¿Cómo pueden ay! lucir
esas nubes nacaradas;
en esos cielos de ofir;
esas ráfagas pintadas
en ése azul de zafir;

Si mi virgen del consuelo,
mi morena deliciosa,
la que es para mí mi cielo,
me tiene en mísero duelo
por mí ausencia lastimosa!

Para templar mi tormento
respiro esta dulce brisa,
y alivio en mi afán no siento;
era mas suave el aliento
de su estenuada sonrisa!

La luz que esa aurora envia
en vez de quietud dá enojos:
no es esa la luz del dia,
la que en tus ojos nacia,
que son ay! mi luz tus ojos!

Ni espero la sombra oscura,
ni impaciente la alborada;
para mi inquieta ternura

no amanece el alba pura
de tu beldad suspirada!

Y en tanto á tus brazos vuelo,
vivo en noche solitaria:
que acorte mi amargo duelo
continuo le pido al cielo,
en mi amorosa plegaria!

Setiembre.—1838.

Mi querer.

Los que aman, en dos ojos brilladores
O lánguidos que miren desdeñosos,
O en labios abrasados, codiciosos,
Que revelen placeres seductores,
O en radiantes y mágicos colores
Que encienden los semblantes ardorosos,
O en escuchar suspiros voluptuosos,
Gozar creyeron plácidos amores.
Yo, empero, mas delicias he encontrado
En lo tranquilo del mirar sereno,
O en rostro que el pudor haya velado
Con sus cándidas alas, ó en un seno
Que al mirarme, oscilando con decoro,
Diga en silencio: «Tú eres el que adoro!»

Abril.—1840.

AVENTURA NOCTURNA.

Las dos de la noche
marcaba un reloj:
el triste sereno
cantaba: «Las dos.»
Velava las calles
opáco vapor.
De nuevo agorera
resuena la voz
con eco punzante:
«Lloviendo y las dos.»
Caia á torrentes

el agua; un farol
en lóbrega calle
su incierto fulgor
despide; la sombra
de un bulto bañó.
Sus pasos fugaces,
el sordo rumor
que el roce formaba
de un brusco ropon,
la lluvia cayendo,
y aquel resplandor
que causa pavura
del triste farol,
espectros, sus sombras
fantásticas son.
Un lio de cuerdas
el hombre veloz
desprende, y el ruido
de un arma sonó.
Crujian los hierros;
un cuerpo ondeó
al aire: trepaba
á oscuro balcon.
Despues una lima
rozaba; su son
tristísimo heria
con eco de horror.
Un vidrio se quiebra,
la lima paró;
rechina la aldaba;
con gozo feroz
el hombre sus dientes
tambien rechinó:

abierto tenia
el alto balcon.
Cuando él penetraba,
el viento apagó
la luz mortecina
del yerto farol.

La pieza es tinieblas,
de pronto un fulgor
escaso aparece;
se aclara; osciló
un rayo de fuego;
temblaba el ladron!
Despues una sombra
fugaz se mostró,
fantástica, bella,
un sueño de amor.
Hácia él una joven
se lanza veloz.
al seno le estrecha:

un ¡ay! de pavor
siguióse al abrazo,
la luz se cayó.
Votaba el bandido
bajando la voz:
«Sus brazos cadenas
me son. Voto á brios!
Pardiez la rapaza
buscó á su amador!»
Luchaba aunque en vano;
jamás consiguió
desasir sus brazos.
Un nombre se oyó
clamar, y un silbido;
pausado rumor
despues en la calle.
La cuerda crujió....
Trepaban. «Maldito,
primero soy yo!»
Un hierro relumbra,
un cuerpo cayó;
un charco de sangre
el cuarto inundó.

El otro embozado
ya llega al balcon.
«¡Qué miro!...... está abierto!
Julia! Si, su voz
escuché...... mi Julia!»
Violento turbion
con la helada lluvia
su rostro azotó.
Mirando á lo oscuro
sentia pavor:
á fuer de atrevido
penetra. Cubrió
sus pies algo frio;
tropieza, cayó.
Un grito, uno solo
de rabia lanzó.
De dentro gritaron
á un tiempo...... «Ladron.»
Y el hombre primero
cual leve vapor
ante él desparece;
salta del balcon.
Jesus y mil veces
que trueno que dió!

Un reo de muerte
anuncia el pregon;
inmenso gentio
la plaza ocupó.
Relumbran los sables;
se escucha el clamor
del agonizante
que grita: «perdon.»
El reo camina;
ni el bozo cubrió
su labio entreabierto
que implora á su Dios.
Retumba el tablado,
un gozne crujió;
un grito espantoso
que la gente dió,
anuncia que ha muerto.
Gigante un hombron
sonrie al verdugo
con gesto feroz.
«Asi pasa el mundo
yo la hice, él pagó!»
Dijo, y se perdiera
en la confusion.

Febrero.—1838.



LA TORMENTA.

Cual negra faja cenicienta nube
La cresta ciñe de la alzada sierra;
La niebla opáca entre vapores sube
Y enluta el cielo y la aterida tierra.

Por las desiertas bóbedas tronaba
Con bronco son que encrudecía el viento;
Y un eco triste y gemidor volaba
Del valle hundido al alto firmamento.

De la lluvia en los densos remolinos
Graznando vuela el rápido Alcotán,
Y las peñas enormes y los pinos
Desgajados arrastra el huracán.

Ya es el mundo una nube cenicienta,
Un caos de tinieblas y de horror:
Y esa tremenda voz de la tormenta,
Ay! no me agita cual tu voz de amor!

El tronco añoso de la vieja encina
Sus secas ramas protector me abanza,
Y al duro embate de Aquilon se inclina
El arbol, cae, y lleva mi esperanza!

Y arrecian mas los torbellinos densos,
La fuerte lluvia, el rayo asolador,
Y por los cielos lúgubres é inmensos;
El trueno se dilata aterrador.

Ese trastorno universal que hendia
De la tierra el jigante corazon,
Ay, se convierte en canto de armonía,
En el alma al dejar su vibracion?

Como en ella sonar los vendabales,
Ni la ronca y deshecha tempestad,
Si su imájen con rasgos celestiales
Grabada tiene como luz de paz?

Tu eres virjen de gloria y de esperanza,
Eres angel de amor y de dulzura,

Estrella de consuelo y de bonanza,
Y muger de dulcísima ternura;

Y asi aunque el mundo entre esterminio y fuego,
Y horrores mil confunda Bercebú,
Aqui en mi corazon solo hay sosiego,
Pues mi universo para mí eres tú!

Ese tronar pavoroso
que estremece el firmamento;
esas centellas que cruzan
como fugitivos fuegos,
é inundan de luz horrible,
precursoras de un incendio;
ese chocar azaroso
de los encontrados vientos,
no son de muerte señales,
ni de esas nubes el velo
es triste paño mortuorio,

Y el sepulcro el universo!
Son los mandatos sublimes,
los magnificos portentos,
de un ser que los séres cria
con su poderío inmenso.
Tiemble de horror y quebranto,
el ruin y mezquino pecho,
que llama juez iracundo,
al que es un padre benéfico;
y comprende cual venganzas
sus celestiales misterios!
Empero el ánima mia,
no abriga esos sentimientos,
ni vengador llamar puede,
al que adora justiciero!
Sin comprenderla, adivina,
como quien comprende en sueños,
que esa tormenta furiosa
está escrita en los decretos,
de un Dios misericordioso
de mansedumbre y consuelo!



¡Quién sabe si esas lluvias que inundaron
Con sus turbiones la espaciosa vega,
Que entre sus crespas hondas se llevaron
La renaciente flor:
A otros campos mas fértiles y hermosos,
Secos, quemados por el Sol que abrasa,
Les tornarán mas frescos y abundosos,
Mas ricos en verdor!

Yo he visto, sí, de la escabrosa altura,
Con estrépito horrísono, las peñas
Desquiciadas rodando á la llanura!
Me sentí estremecer!
Y en su rodar, al tronco envejecido
Traspasado del rayo en otro tiempo,
Que aunque frágil, se alzaba carcomido,
Chascar en su caer.

Amenazaban desplomarse en ruinas,
Esos toscos peñascos de la cumbre:
Será, mi Dios, que acaso los destinas
Para un uso mejor!
¡Quién sabe si el cimiento religioso
Formarán de una santa hospedería,
O de algun monasterio suntuoso
Consagrado al señor!

Ese arbol corpulento, sin frescura,
Sin sombras, cual mancilla en la pradera
Solo podia en su roida hondura
Las sierpes abrigar:
Quizás ahora en techo hospitalario
Su blanda llama al viajador consuele:

O en la ermita del pobre solitario
Alumbre su rezar!

Ese tronco, es verdad, ese es florido,
De brillante color, de sombra hermosa,
Gala del prado ameno, y lo ha partido
Tambien el bendabal!
Dispensó al leñador del hacha dura;
Asi mas pronto de él labrará el hombre
Objetos de interés..... su sepultura......
Su tálamo nupcial!

Tú, poderoso Dios, que allá en los vientos
Tu carro asientas sobre nubes de oro;
Que enfrenas los sañudos elementos,
Lanzas la tempestad;
Yo adoro, yo bendigo esos despojos
Que permite tu gran sabiduría,
Y absorto elevo mis humildes ojos,
Y creo en tu bondad!

Julio.—1838.

UNA NOCHE EN GRANADA.

La luna brilla esmaltada
en cenit de azul y rosa:
el aura es suave y templada;
la noche quieta y hermosa,
como es hermosa Granada!

—

Embozado en su alquicel,
con la mano en su mechón,
está un anciano Gomel,
en el pardo chapitel
de un gótico torreon.

—

A guisa de quien medita,
los miradores acecha

del parque que Zayda habita:
si de allí sus ojos quita,
los clava en su aguda flecha.

—

«Virgen bella de Granada,
»esclamó el viejo Gomel;
»hermosa desamorada,
»dejas mi pasion burlada,
»yo te he de dejar sin él!»

—

Entonce un reloj sonando,
puso á sus palabras fin:
sus ecos broncos zumbando
ván de la Alhambra rodando
á la torre de Albaicin.

—

Se oyen las nueve; tambien
se oyó en el Generalife
de un trote el tardo baiben:
en gallardo palafen
abanza un moro Alarife

—

Monta una yegua alazana;
como á la usanza española,
viva, ardiente y jerezana;
ornada en franjas de grana
desde el copete á la cola.

—

Y entre el morado almayzar;
y el rojo alquicel del moro,
y la noche y su trotar,
parece el blanco espaldar
luz azul con nubes de oro.

Aunque es el trage de villa,
y vá de paz el ginete,
la lanza en la cuja brilla,
y doble pluma amarilla
sobre el creston del almete.

—

Y sangre tiene en el velo
que le pende de la toca;
y es porque viene de un duelo,
y torna á ver á su cielo,
que adora con ansia loca.

—

Llegó á los hierros dorados;
y entre la enramada verde
que forman tiestos pintados,
miró entre lienzos delgados
que un blanco rostro se pierde.

—

Inmóvil paró el corcel,
y saludó con mesura:
tentó su flecha el Gomel;
abrió la reja al doncel
y así le habló la hermosura:

—

«Tu mi vida, mi señor:
»por fin te miran mis ojos,
»mi Celin, mi dulce amor!
»¿Qué me traes por despojos
»en tu hierro triunfador?»

—

Y él respondió enardecido;
«traigo un alma apasionada;
»tu amor en ella esculpido;

»y del cristiano vencido;
»traigo esta cruz encarnada.

—

»Tu imágen fija en mi mente
»como un recuerdo de gloria;
»tu toca orlada á mi frente:
»tu banda al cuello pendiente
»y en el alma tu memoria!

—

»Toma esta cruz encarnada,
»y de fleco á tus vestidos,
»sirva de alfombra preciada
»á tu planta delicada,
»en señal de tus rendidos.»

—

El mástil alzó acerado,
el moro: la hermosa saca
su brazo, en perlas cuajado,
entre ramas que hay de albahaca,
en un búcaro labrado,

—

Cogió Zayda aquella cruz;
celoso el Gomel que acecha,
disparó al moro andaluz:
«Yo muero, dijo, mi luz!»
Su pecho partió una flecha.

—

Desmayóse ella; y en tanto
de adufes sonó en la Alhambra,
y de añafiles el canto;
que por vencer al rey Santo,
juega el rey Moro una zambra.

Diciembre.—1839.



SU SEPULTURA.

A LA MEMORIA

de Don Pedro Luis Gallego.

Respira, corazon; del llanto ardiente
Rompe y desata la abundosa vena;
Respira corazon, la voz doliente
Desahogue el peso de la amarga pena!

Ah! cual se clava la punzante espina
Del acerbo dolor sobre mi pecho!
Si á padecer el cielo nos destina,
Corazon, á llorar tienes derecho!

Tan luengas son de la existencia amarga,
De duelo y de pesar las tristes horas,
Que aun la vida mas breve, es ya tan larga,
Que apura hasta las lágrimas que lloras!

Y cuando se las pide acongojada
El alma, á nuestros ojos por consuelo,
Secos los halla, y su pupila helada
Y encharcado en las lágrimas el suelo.

Tú no puedes llorar, corazon mio:
El caudal se agotó para tus flores!
Terrible fué tu juventud; tu estío
Aceleraron tristes sinsabores!

Hueca está mi pupila, el labio helado,
Pero ardiente y audaz el pensamiento:
El corazon, ay triste! traspasado,
Pero vivo y fogoso el sentimiento.

Supla la voz de queja y pesadumbre
En endechas tristísimas al llanto.
Ya nace el sol, ah! caiga de su lumbre
Un rayo que haga fulminar mi canto.

Lejos están, distantes las arenas
En donde el musgo y la verbena crece,
Puro el rocío las esmalta apenas,
Y el aura sorda los follages mece:

Entre la yerba que la escarcha enfria,
Socabada, en el fondo á una espesura,

Se representa ver mi fantasía,
Una cruz y una humilde sepultura.

¡Descansa en paz! La eternidad le anida:
Pasó á dormir el sueño de la gloria!
La losa dice: «Aquí empezó su vida,
Y acabó para el mundo su memoria!"

Sensible corazon, tu lo desmiente;
Muestra su imájen en el alma impresa:
Amistad la grabó con llama ardiente,
Sus rasgos solo borrará la huesa.

Aqui grabada está cual joya santa,
Prenda de amor, recuerdo de delicias:
Cual ilusion divina que me encanta,
De mi primera edad con las caricias!

Esos de amor recuerdos que pasaron,
Y de dulce amistad gloria perdida,
Hondas semillas en el alma echaron
Que son las flores de mi amarga vida.

Aun su aroma dulcísimo enamora,
Al través de la tumba que le esconde!
Aun oigo el eco de su voz que llora
Y á mis lamentos de pesar responde!

Yo olvidar tu memoria! ¿Qué, se olvida
La tierna juventud, los dulces sueños
Con que el amor nos enlazó en la vida
Y al par nos hizo de su imperio dueños?

Las lágrimas primeras enojosas
Que esperanzas burladas nos compraron
Se olvidan, ni las manos cariñosas
Que con ingénuo afán las enjugaron?

La amable voz que consoló mis penas,
Dejará de sonar nunca en mi oido
Como el canto de májicas sirenas,
Entre ecos dulces de placer perdido?

¿Los claros rios, las sonoras fuentes
Dejarán de mostrarme en sus cristales,
El tierno amigo que ciñó á mi frente,
En juegos mil, laureles inmortales?

¿Cuándo cruce la márjen del pantano,
Por cuyo fondo catarata hirviendo
Se despeña veloz, como su mano
He de olvidar que me iba sosteniendo.?

¿Cómo, cuando refleje en la laguna,
Mecida entre las algas, cenicienta
La débil luz de la naciente luna,
Que envuelve entre sus nubes la tormenta,

Podré olvidar que él murmuraba ansioso
De una muger el nombre, y que soñando
En gozarse en las dichas de un dichoso,
Lo decia en mis brazos suspirando?

¿Y que si récia tempestad crujia,
Y un arbol protector nos cobijaba,
Su corazon de escudo me servia,

Que contra el mio de placer saltaba!

Nunca lo olvidaré, que hondo recuerdo
Dejó en el alma, y tan impreso en ella
Y tan íntimo ya, que si le pierdo
A pedazos será sacarle de ella!

Nunca lo olvidaré: de sus virtudes
Fiel en mi pecho guardaré el retrato.
Para mi viven aun! Ah! no lo dudes!
¡Maldito el hombre á la amistad ingrato!

Ellos sí te olvidaron. De tus glorias
Dejar pasaron los acentos huecos,
Y apenas en tu tumba resonaron
De tu renombre los perdidos ecos.

Y á fé que tu le mereciste un dia,
Bello y sublime al porvenir del mundo:
Y á fé, que de tu ardiente fantasía
Sonó la voz hasta el confin profundo.

Trovas, cantigas apacibles, tiernas,
Llegaron á escuchar muchas hermosas,
Y por sus gracias que dejaste eternas,
Tu sien ciñeron de inmortales rosas.

Pruebas de afán, de cariñoso anhelo;
Te mereció tu padre: el tierno amigo
Franca amistad: el infeliz consuelo;
El triste amor, mi corazon testigo!

Aun vibran los acentos melodiosos
Que electrizando el corazon sensible,
Producian los tonos armoniosos
De tu música suave irresistible.

Un Rosini, Mayerber, Cimarosa,
Bellini, el inmortal, te entusiasmaron!
Adivinaste el arte prodijiosa
Y juraste llegar donde llegaron!

Cortó á tu rumbo el atrevido vuelo
La muerte injusta, y te enclavó á la tierra:
Pero tu nombre remontó á su cielo,
El cuerpo en prendas tu sepulcro encierra!

No te lamentes del injusto olvido
En que reposa humilde tu memoria:
Cuando en el mundo el genio se ha perdido,
Se le encuentra mayor allá en la historia.

Ella será contigo justiciera,
Y volverá por tu olvidada fama:
Y aun sabiendo que amor te mereciera
Será indulgente, que es hermosa y dama.

Ay! aunque lejos tus cenizas yertas
Se ocultan á mis lágrimas fervientes,
Y en soledades lúgubres, desiertas,
Se niegan á mis cánticos dolientes!

Aunque en tu mustia sepultura, umbria,
Que besa el Tormes respetuoso y lento,
Doblar no puedo la rodilla mia,

Ni cambiar mis suspiros por su viento:

Aunque de puras y aromosas flores
No alcanzo á coronar con mano afable,
El lecho en que descansan tus dolores,
Y en que seria el mio inconsolable;

Aun sabrá la jigante fantasía,
Cruzar la inmensidad del firmamento,
Y penetrar hasta la selva umbria
En alas de mi altivo pensamiento!

Verter de duelo el abundoso llanto,
Besar la cruz que tu sepulcro enseña,
Grabar tu nombre entre el espeso manto
Que el musgo enreda á la silvestre peña!

Fingirse que en la tumba solitaria
La sombra vé del generoso amigo,
Que acude á la tiernísima plegaria
Para llorar de gratitud conmigo.

Creer que entre las auras vaporosas
El eco de su nombze vá sonando,
Y en melodías dulces y amorosas
Al pecho inspira su consuelo blando!

Figurarse que brotan los rosales
Bajo la cruz que fúnebre platea,
Y que besan los dulces manantiales
La tumba que en sus aguas se sombrea!

Todo esto puede el fuego violento

Crear de la ardorosa fantasia,
Y yo en mi mismo corazon lo siento,
Lo dudaba verdad, mas yo lo veia!

No olvidaré, lo que, ni en sueño olvido.
No seré á tu memoria indiferente!
De vivir en quien no es agradecido,
Hasta el alma mas baja se arrepiente!

Noble nació la que en mi pecho mora,
Si ha enmudecido en el primer momento,
Es que era débil aun la voz que llora,
Y ella queria su robusto aliento.

Aliento que tronando poderoso
Por el confin de nuestra patria al menos,
Fiel recordára tu renombre honroso,
Y escitára el aplauso de los buenos!

Ya al fin sonó mi cántico doliente,
Y juzgo que él me escusará contigo:
No tendrá, no, el estruendo de un torrente,
Pero si la espresion de un tierno amigo!

Setiembre.—1840.



La Ancianidad.

¿A quiénes se alzaban los grandes varones
De Grecia y Atenas; su gente altanera
Que el yugo impusieron á estrañas naciones,
A quienes doblaban su frente guerrera
con digno ademán?
¿A quiénes dió Roma su pompa y honores:
Llamó venerables sus padres un dia?
A quiénes la gloria de ser senadores;
El ser patriarcas á quién concedia
La ley de Abrahám?

Ancianos buscaron de blanca cabeza,
De frente serena, de barba crecida:
Ancianos humildes, de noble entereza,
Por cuyas arrugas se viese escondida
La austera piedad!
Que en forma de anciano, al Dios representan
Señor de los mundos, señor de los mares,
Señor de los hombres: á aquel que sustentan
Los cielos inmensos, cual pobres altares,
A tal magestad!

Un tiempo la blanca sutil cabellera,
Juzgábase un velo que encubre un altar:
El viejo era un mártir cansado, que espera
Aquí en este mundo su tumba encontrar,
Y allá ser feliz.
Tambien hoy se acata el nombre de anciano:
Tambien hoy se juzga diadema estimada,
Corona mas rica que el oro profano,
Las canas que ciñen la sien despejada
Del viejo infeliz!

Tambien hoy se juzga que su alma es un trono
De puros afectos, que puros están,
De orgullo, falsía, vileza y encono;
Do algunos mundanos, perdiéndose ván,
Recuerdos de amor.
Tambien hoy su frente, se mira cual cuna
En donde reposan pasiones dormidas:
Y honestas virtudes su mancha importuna
Borraron, encima dejando esculpidas
Señales de honor.

II.

Llega el hombre á esa edad en que pasaron
Los sueños de placer que le arrobaron,
Las delicias de amor que le encantaron;
La ilusion se perdió.
Se vé y contempla cual cadáver frio;
El ayer, el mañana es un vacío:
Sobre su pecho el desengaño impío
Sus cadenas tendió!

Edad en que hasta el céfiro le advierte,
El frio de las alas de la muerte;
Que despues de esta suerte hay otra suerte
Le indica su penar!
Edad en que á morir todo convida:
Que ó bien corona una piadosa vida,
O la espia si acaso fué perdida
En rápido gozar.

Edad, que la razon su fruto ha sido:
El escarmiento el premio conseguido;
Y en que el hombre se juzga despedido
Del mundo como actor.
Edad que en los recuerdos se alimenta,
Que su vivir por desengaños cuenta;
Y en admirar se goza la tormenta,
En puerto salvador!

III.

No es la edad para gozar,
aquella edad tan hermosa
con tantos sueños de amar;
pero es la edad mas dichosa,
para la muerte esperar!

◆◆◆

Terrible fuera el querer
como quisieron un dia:
ver tanta hermosa muger
prometiendo aquel placer
que allá en lòs cielos se cria;

◆◆◆

Tener tan viva pasion,
entusiasmo tan vehemente
en el viejo corazon;
y la audaz inspiracion
ser tan fogosa en la mente!

◆◆◆

Ah que insufrible seria
en aquella edad cansada!
Qué tormentos causaria!
Cuánto el mortal sufriria!
Antes todo, y despues nada!

Otros cantando de amores,
y de esperanzas livianas:
él suspirando dolores!
Ellos ornados de flores,
y él ya cubierto de canas!

◆◆◆

Del placer en la corriente
ellos su sien refrescar:
y él quemado en sed ardiente,
con los labios en la fuente,
y sin llegarla á alcanzar!

◆◆◆

Y asi al banquete sentado
mirar rodando el licor,
entre el beso delicado,
ellos muriendo de amor,
viviendo él desamorado!



Martirio inmenso sería;
mas en esto fué piadosa
del tiempo la mano impía;
y en cada instante que fia
nos roba un sueño de rosa!



Y á cada instante otro afán,
y á cada instante otro anhelo,
todos perdiéndose ván:
hasta apagarse el volcán
entre cenizas de hielo!



Y entonces ya no desea
el anciano, ni suspira;
ni loca su mente crea,

ni ya alimenta otra idea
sino que el que nace espira!

◆◆◆

Feliz se juzga en la vida,
de vuelta ya un peregrino
hácia su patria querida:
la muerte está en la subida,
la gloria al fin del camino!

◆◆◆

Venturoso es en su estado,
y es dulce su ocupacion,
pues solo le dá el cuidado
de guardar en pecho honrado
la paz de su corazon.

◆◆◆

Como débil fué al nacer,
débil es cuando perece
el hombre, flaco en poder;
mancilla de humano ser
que en sí tan poco merece!

◆◆◆

Aquel crepúsculo incierto
que le anuncia cuando nace,
le precede cuando muerto,
de pardas sombras cubierto.
Aquel en luz se deshace,

◆◆◆

Y alumbra hermosa la vida,
y su rosada mañana:
este es luz oscurecida,
en densa niebla perdida
que envuelve noche cercana!

Aquel anuncia el placer,
y abre la berja dorada
de la vida y del querer:
este la puerta enlutada
nos abre para el no ser!

◆◆◆

Ah! pobre anciano olvidado,
tu nombre yo cantaré,
que me es tu nombre adorado,
bendecido y respetado;
anciano mi padre fué!

◆◆◆

Aunque abatido se inclina
tu semblante macilento,
yo acato tu faz divina,
pues miro en ella la ruina
de un antiguo monumento!

◆◆◆

Veo en ti, piedra olvidada,
que aunque ya es muro rüinoso,
de una ermita abandonada,
hay en la losa gastada
cierto emblema religioso!

◆◆◆

Veo un mártir pecador
que en vivir purga el delito
que hacer pudiera mayor!
Blanca y profanada flor,
pero de un jarro bendito!

◆◆◆

Veo en ti, un libro sagrado
que el desengaño escribió,
que la esperiencia ha estampado:

y aunque confuso y borrado,
la verdad comprendo yo.

❖❖❖

Edad mil veces dichosa,
para morir sin dolor!
Edad para mi envidiosa!
Si es necesidad forzosa
perecer, cuando mejor!

❖❖❖

Para la tumba de horrores
dispuesto encuentras tu pecho;
y de tus obras mejores,
ya hiciste copia de flores
para hacer blando aquel lecho!

❖❖❖

Y asi tu fin, siempre ha sido
sueño que embarga un dolor!
Triste canto, suspendido
por la brisa: un ¡ay! perdido,
que al fin recoje el Señor!

Agosto.—1838.



La Hoja marchita.

CANCION.

Volad, pensamientos tristes,
y no pareis en el suelo,
que si es vuestra cuna el cielo
justo es que al cielo subais:
El alma tambien procura,
al encumbrarse en vuestra ala,

ver si su aliento se exhala
y á su patria la tornais.

—

Para mis altos intentos
es pobre carcel la tierra,
y mezquino cuerpo encierra
un alma tan celestial.
Aire y cielo me sofocan
en este espacio vacío,
que al jigante desvarío
no basta un mundo mortal.

—

Hasta el trance en que adormido
en brazos de los querubes,
sobre el trono de las nubes
beba el aliento de un Dios;
Dejadme, señor, lamente
los lazos que me encadenan,
y que á vivir me condenan
tan apartado de vos!

—

¡Maldito el hombre que siembra
semilla de tiernos años,
para cojer desengaños
que el fruto dán del dolor!
¡Maldito el hombre que vive
por ver si el placer alcanza
y halla hermosa la esperanza,
pero la halla siempre en flor!

—

¿Qué importa que las tinieblas
de mi dolor, luz radiante,
haga oscilar un instante

á mis ojos el placer;
Si esa centella engañosa
no guia al fanal del puerto,
sino á un abismo encubierto
en brazos de una mujer?

—

¿Qué importan los dulces ayes
con que la atmósfera puebla,
entre el vapor de la niebla
voz que suspira de amor;
Si son de sirena astuta
los voluptuosos cantares,
que arrollan luego en los mares
al pobre navegador?

—

¿Qué importa soñar la vida
entre los lánguidos brazos
de una mujer, cuyos lazos
te jura eternos serán;
Si al par que tu seno abraza
dobla tu sien que desmaya,
cual serpiente que se ensaya
sus presas á devorar?

—

Dejadme, por Dios, dejadme,
desengañadas pasiones,
si estas no son ilusiones,
es la verdad bien cruel.
Dejadme esperar al menos,
que en el fondo de esa copa,
ha de hallar por fin la boca
licor que no amargue á hiel!

—

¿Cómo vivir, si á los hombres
los juzgo falsos, villanos;
si al ir á estrechar sus manos
siento el hierro de un puñal?
¿Si en sus ojos bebo el odio
que á sus iguales alcanza,
y en sus voces de esperanza
solo esperanza de mal?

—

¿Cómo vivir quien dudoso
de la mujer desconfia,
y halla en sus labios falsía
y en su pecho ingratitud;
Quien juzga mengua su llanto,
y sus caricias mentira,
y hasta en sus gracias le admira
que haya imájen de virtud?

—

Y no es porque el alma ansiosa
no sienta tan triste sueño,
y no forme firme empeño
sus prendas en admirar;
Que hubo un tiempo por su dicha
que las juzgó verdaderas,
puras, ardientes, sinceras;
mas ya le hicieron dudar!

—

Es imposible, imposible:
quiero engaños ó ilusiones
aun cuando amargas lecciones
la clara verdad me dé.
Pero al menos tenga dudas,
sueñe esperanzas y amores,

y entre espinas halle flores,
y entre dudas tenga fé.

—

Y si al corazon no es dado
ni aun de engañarse el consuelo,
al menos acorte el cielo
tan funesta espiacion:
Que sin gloria é ilusiones
aun el paraiso eterno,
no es preferible á un infierno
en que hubiese la ilusion!

—

En tanto corren las horas
y los dias ván pasando,
y los años ván volando
y arrastran la muerte en pos.
Aun cuando nada me encante,
aun soy feliz, sino pierdo
el lisongero recuerdo
que guarda el alma de vos!

—

Esta hoja pobre y marchita,
por vuestra mano cortada,
con mis suspiros quemada
sin aroma y sin verdor,
Es talisman peregrino
que consuela mis dolores,
ni para mí entre las flores
hay otra tan bella flor!

—

Ella escucha mis plegarias,
aunque en silencio elocuente;
en ella apoyo mi frente

que se estremece al tocar.
Bajo el corazon la pongo
como santo relicario,
y en sus pliegues un sudario
quisiera el alma encontrar!

—

Entre los yertos dobleces
de su marchitado manto,
halla cabida este llanto
que nadie quiso acojer.
En ella oculto mi rostro
cuando en mi fiebre deliro,
y ella acoje mi suspiro
estremecida en placer!

—

Ella es mi amiga y mi amante,
porque pienso que la adoro;
es el único tesoro
que acaricío con ardor.
Y aunque náufrago en la vida,
feliz el alma se cuenta,
porque salvó en la tormenta
de una hoja seca el amor!

—

¡O tú, quien quiera que seas,
si á cerrar llegas mis ojos,
cuando mis yertos despojos
pida el suelo para sí;
Yo te suplico que dejes
junto al corazon clavada,
esta hoja seca y ajada
que así se lo prometí!

—

Y si aun quebrantan mi tumba
por codiciar la mortaja,
por ser tan pobre esta alhaja
me dejen por compasion;
Que por ser sin duda tantas
las lágrimas ¡ay! que encierra,
harán brotar á la tierra
la flor de mi corazon!

—

Y si hay entonces quien llore
por el cantor desdichado,
y en algun pecho olvidado
aun vive un recuerdo de él;
Venga á mi túmulo triste
el que asi me compadezca,
y bese la flor que crezca
de mis lágrimas de hiel!

—

Mas si nadie dá un suspiro
á mi tumba solitaria,
ni hay quien rece una plegaria
por un mártir del amor;
Entonces tumba y cenizas
queme un volcán con su lava,
y aun tale el sitio que en estaba
un torrente asolador!

Febrero.—1841.





EL SOLITARIO.

En un escabroso risco
que sobre altísimas peñas,
á las orillas del mar
alza su desnuda cresta,
en el pico de una roca
de color amarillenta,
de un ermitaño cansado
la pobre ermita se eleva.
Era diciembre. Empezaba
la mañana. Turbulenta

la mar rugia espumosa;
el septentrion aglomera
mil nubes pardas, cargadas,
por el occidente. Truena
con prolongado estampido
en las bóvedas inmensas,
y el eco lúgubre, agudo,
entre las rocas desiertas
se repite, y se confunde
con las olas que amedrentan.
Inundan de fuego cárdeno
las fugitivas centellas
aquel páramo de horrores
y de abrasadas arenas.
Al lejos rápido cruza
un bergantin de Ginebra;
deshechos sus anchos lados,
roto el timon y la entena,
y cual paja desprendida,
y que un torrente despeña,
hasta las nubes se cala
y en los abismos se anega,
y en cada embate parece
nadar la nave desecha.
Clamores suben al cielo,
que escucha el anacoreta;
plegarias son al Eterno
y al que rige las tormentas,
súplicas de amor humildes
que sus piedades desdeñan,
pues mas furiosas entonces
las ondas sus ayes llevan!
Se vé á la luz de los rayos

la despejada cabeza
del anciano, y de su frente
la tranquilidad serena;
sus canas blancas parecen
símbolo de su inocencia;
sus ojos azules brillan
cual dos pálidas centellas,
y baña su faz rugosa
el lloro de penitencia.
De hinojos en el peñasco,
tendia sus manos trémulas
al firmamento. Los pliegues
del hábito que blanquea,
y ondea el viento en la roca
cual mágica triste enseña,
al suspirante ermitaño
le dán una forma aérea,
y parece descendido
genio de beneficencia,
que con su santa oracion
angel es de providencia.
En vano son sus lamentos
y cantos fúnebres eran,
pues se hunde el buque, y naufragan
los infelices que lleva!
Entre los restos perdidos
que envuelven las ondas negras,
cual pesarosas de ver
que su crueldad ostentan,
un blanco bulto arrojaron
hácia el creston de las peñas,
y aun diz que oyó sus suspiros
entre el huracán que truena,

que los que parten del alma
hieren mas que las tormentas!
Baja del risco, y cuidoso
el ermitaño contempla,
de un náufrago niño hermoso
la despejada cabeza,
que entre los mares sombríos
brilla cual lucida estrella.—
«Flor que sin crecer, te agostas;
y la mia, inútil, seca,
ha de ver nuevas auroras!
(esclamó el anacoreta).
La muerte á un infeliz niño,
y vivir quien la desea!»—
Un ay! postrero escuchó,
y al ver sus ropages cerca,
invocando al Dios que adora
se arroja á la mar soberbia.
Es un combate terrible
el de los ayes y quejas,
y el rebramar de los vientos
cuando las nubes se estrellan.
Los bultos ruedan asidos,
y entre el hábito blanquea
la cabecita del niño;
parece durmiendo en ella,
cual en sepultura humilde
flor que brota cenicienta.
Ya se ocultan, ya aparecen,
ya de la orilla se alejan,
y entre un turbion espumoso
los sumergió la tormenta:
y cual si ufanos los mares

hallárause con sus presas,
mansamente ván rodando,
su silvo el Abrego enfrena,
y al azotar tempestuoso
de las aguas en las peñas;
sucede el lánguido son
de sus tumbos en la arena.

Marzo.—18[illegible].





A.........

Pasó en mi mente rápido y hermoso
Angel de amor purificando el alma:
Lánguido y bello, en ademan airoso,
Cual se alza mustia marchitada palma.

Blanco cendal cual trasparente velo
Ocultaba sus formas celestiales;
Era divinidad del desconsuelo,
Triste y hermosa entre sus duros males.

Finas memorias de perdidos bienes,
Gratos recuerdos de olvidado amor,
Impresos brillan en sus blancas sienes,
Pálidas ya como la muerta flor.

Bellas, ardientes, lánguidas miradas
Descubren el sentir del corazon:
Cual brillarán, de amores inspiradas,
Si tan bellas las torna su afliccion!

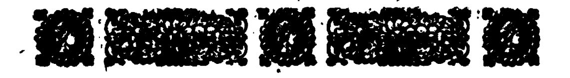
Tárdos suspiros comprimido el pecho
Lanza cediendo al duro padecer.
Quién le tornára amante y satisfecho!
Quién oyera un suspiro de placer!

Fuera en sus lábios de encendida grana
Un eco de la gloria el suspirar;
Brisa fragante en plácida mañana,
Fuego que hierve entre agitado mar!

Que á mares, sí, de su hechicera boca
Las delicias resvalan y el placer;
Y yo pensaba en mi esperanza loca
De sus sabrosas ondas el beber!

Y allí anegarme en deleitoso olvido,
Y allí morir de celestial ventura,
¡Nave sin vela, entre el placer perdido,
Despertar en la yerta sepultura!

Noviembre.—1839.



Glosa.

¡Oh dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios queria:
Juntas estais en la memoria mia,
Y con ella en mi muerte conjuradas!

GARCILASO DE LA VEGA.

En corazon de cera á sus alhagos
Las ilusiones de mi bien grabadas
Selló tu amor y las borró tu olvido.
¡Oh dulces prendas por mi mal halladas!

Al libar, no el aroma de tu boca,
Sino la hiel que el desengaño cria,

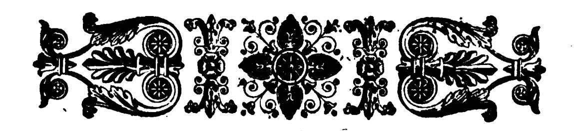
Tristes y amargas paréceis, memorias,
Dulces y alegres cuando Dios queria!

Llenas de amor tus pláticas suaves,
Las prendas de tu fè, tirana mia;
Tu jurada pasion, tus esperanzas
Juntas están en la memoria mia!

Dejadme al menos, en mi triste lecho,
Soñar con glorias por mi mal pasadas,
Sino es que estais gozando en mi despecho,
Y con ella en mi muerte conjuradas!

Diciembre.—1840.





LA ROSA.

(A la Señorita R. P.)

I.

Rosa entre espinas nacida,
flor hermosa,
de mi bella tan querida;
fiel recuerdo de su vida
y recuerdo de su amar:
Flor de un dia sin mañana,
triste rosa;

de mi bella soberana
eres en lo bella hermana,
y en lo frágil del durar!

◆◆◆

Blanca gota de rocio
se divisa
sobre tu cáliz sombrio,
que baña en su aroma frio
y en su gérmen matinal;
Y en tu hermosura y tu gala,
blanda brisa
por tu seno se regala,
y entre tus hojas exhala
su perfume virginal.

◆◆◆

Y cantan los ruiseñores,
y suspiran,
gozándose en tus colores,
y en torno tuyo las flores
te rinden adoracion.
Que por ser entre ellas diosa,
flor, te admiran.
Pobre rosa, pobre rosa!
No abras tu corola airosa,
ó teme tu destruccion!

◆◆◆

Ese sol que te ilumina,
rosa amada,
que á tu color purpurina
un blando rayo destina
y tu sien quiere esmaltar;
Y esa tu tinta de raso
delicada,

suavísima ahora, acaso
antes que se hunda en su ocaso
con su lumbre ha de abrasar!

◆◆◆

Y sobre tu planta erguida,
por las brisas
dulcemente estremecida,
por las aves aplaudida
como diosa en el vergel;
Tenderá su inmundo lecho
sucia oruga,
sobre ese caliz deshecho,
ó algun reptil al acecho
plegará entre ella su piel!

◆◆◆

Tú no debiste nacer,
pobre flor,
pues para ti no habrá ayer,
y has de tornar al no ser,
con el sol que te dá luz!
Por eso eres tan querida
de mi amor,
pobre rosa desvalida!
Tu muerte empieza en tu vida!
Naciste en el atahud!



II.

Tambien entre las flores hay fortuna ;
Unas crecen en plácidos vergeles ,
Y al blando sol, y á la modesta luna
Alzan su fresca sien:
Y las mece la brisa en los jardines
Y ornato son de damas y donceles ,
O en las trovas de amantes paladines
Celebradas se ven.

Otra cabe una charca pantanosa ,
Mustia y ajada entre espadañas brilla ;
No hay blanda brisa ni alborada hermosa
Para la triste flor.
Sufre del septentrion los vendabales ,
Y del rayo la ráfaga amarilla
O la arrastra por hondos peñascales
Torrente bramador,

Otra sobre un collado florecido :
Otra sobre una tumba solitaria ;

Otra crece del templo destruido
En el cortado altar...
Y en tanto pasa la mañana hermosa
De su existencia mísera y precaria:
Viene otra aurora, se abrasó la rosa;
que corto es su durar!



III.

¡Cuán vario es el destino de las flores
Que mano impía arrebató en la rama:
Su perfume y sus mágicos colores,
Do quier el aura plácida embalsama!

En los búcaros finos del banquete
Blando regala su apacible olor.
En voluptuoso, oscuro gabinete,
Los sentidos embarga al amador.

Una rosa tambien fúlgida y bella,
Es un adorno á un fúnebre atahud;

Un dia fué el tocado en la doncella,
Y hoy cubre el paño de su negra cruz!

A la modesta faz de la velada
Una rosa destina el Himeneo.
En las tocas de virgen consagrada
Prende otra rosa el cándido deseo.

Fiel holocausto en el altar de plata,
Es un don al eterno de cariño.
Otras veces el viento la arrebata
De entre las manos con que la aja el niño.

Mas ah! su encanto y su vistoso alarde
Siempre es de un dia corto, sin *mañana*!
Y ha de morir, cuando la parda tarde
Que ya se pierde entre la sombra vana!



IV.

Por eso, rosa querida,
una muger que te ama

y siente tu corta vida,
y ver tu gala perdida,
te arrebató de la rama.



Y entre su seno de amores
creyó conservarte pura,
y con brillantes colores,
que ella tambien guarda flores
allí, y están con frescura.



Mas no bastando su ardor,
de sus labios cariñosa
prestarte quiso el calor,
y te besó con amor;
quien fuera entonces la rosa!



Y tú, mustia, marchitada,
lánguidamente morias
de sus besos abrasada,
y á su volcán ofrecias
tu muerta corola helada.



Es lo que no comprendí,
y ha quedado sorprendida
el alma desque lo ví;
¿cómo te dá muerte á ti
lo que á mi amor dá la vida?



Rosa..... tu fin fué marcado,
y nada vence al destino!
Tambien yo estoy aplazado,
y si algo mas he durado,
es ser mas largo el camino!

Febrero.—1841.





LAS SOMBRAS.

A Paulina y Julia

(En su viage al Pirineo.)

¿Son sueños ilusorios y mentidos
De mi audaz y fogosa esaltacion,
O recuerdos que viven esculpidos
Con fuego en mi sensible corazon?

¿No es cierto que partieron las hermosas
De la Luctecia al májico confin?

Pues qué, ¿serán sus sombras vaporosas
Las que cruzan las calles del jardin?

Yo las escucho entre las blandas brisas,
Que agitan los ramajes de la flor:
Y los murmullos de las dulces risas,
Que suspira su acento encantador.

Veo cruzar por las etéreas salas,
Allá en la noche, por el cielo azul,
Blancos fantasmas de lucientes alas,
Que las nubes envuelven en su tul.

Oigo el crujir de su sonante vuelo,
Siento flotar los rizos de su sien;
Y aun al través del vaporoso velo,
Perlas sus ojos relucir se vén.

Cruzan, y pasan, y en fugaces giros
Vuelan, se agitan, tornan á cruzar:
Y lanzan sordos, trémulos suspiros,
Que aqui en el alma vienen á espirar!

Tristes mis ojos deslumbrados giran
En pos de la magnifica vision:
Mudos mis labios á su vez suspiran
Por ver si hay en las sombras corazon!

Las hojas de los árboles sonoras,
Mansas zumbando en desigual baiven,
De la alta noche en las serenas horas,
Ay! me parecen suspirar tambien.

Y en medio de tan quietas soledades,
Mas y mas duda ansiosa la ilusion,
Si mentiras las juzgo, y son verdades,
O si al verlas verdad, mentiras son!

En fin, si sueños las aborta el alma,
Con sombras quiero por mi bien soñar:
Que bien compensa la soñada calma
El tormento que siento al despertar!

Pasad, pasad, brillantes torbellinos,
Llenos de gloria, de ilusion, de amor:
Mostradme del placer anchos caminos
Aunque todos me lleven al dolor!

Pasad fantasmas trasparentes, bellas,
Coronadas de mirto y de laurel,
Dejad impresas vuestras leves huellas
Sobre mi corazon, que os sienta en él!

Confundid vuestro aliento con mi aliento.
Venid á respirar cerca de mí,
Si espíritus no sois, que el pensamiento
Aborta en delirante frenesí.

Angeles sois sin duda de consuelo,
sombras errantes que vagando vais;
Ráfagas desprendidas de ese cielo,
Que las nieblas de mi alma iluminais!

Amigas cariñosas é invisibles,
Que al triste bardo acariciais la sien:
Deidades tenebrosas y sensibles,

Imágenes sin cuerpo de algun bien!

Sombras, venid: cercad mi fantasía
Con vuestro aereo, mágico vapor:
Al menos vuestra alada compañía
Distraerá mi soledad de amor!

Sin duda que tambien os invocaba
Como consoladoras de su afan;
Sin duda con vosotras se estasiaba,
En sus sublimes cánticos Osian.

Y al veros blancas, vaporosas, lentas,
Pasar rozando su exaltada sien,
Por fadas os cantó de las tormentas,
Por diosas de las nieblas de Morvén.

Sin duda que abrazado á sus cadenas,
Taso infeliz, entre las sombras vió,
Vaga en reflejos, diseñada apenas,
La hermosa que en su carcel le asistió!

Sin duda el desterrado de Florencia
Cuando su infierno colosal pintó,
Vió pasar en tan negra trasparencia
Las diabólicas huestes que creó!

Y sin duda tambien sombras veia,
Cuando inspirado de ilusion feliz,
Abortó su jigante fantasía,
Los prodigiosos rasgos de Beatriz!

Y allá en Vaucluse, la gruta solitaria,
Cuando Petrarca, por su Laura fiel,
Suspiraba tiernísima plegaria,
Rompiendo sus coronas de laurel,

Sin duda que mil sombras la laguna
Entre sus pardas brumas levantó,
Que al tibio albor de la amarilla luna
Semejaban la Laura que perdió!

Siempre fuisteis amigas cariñosas,
Sombras errantes que vagando vais,
Y aparentando imágenes preciosas,
Con su recuerdo el alma consolais!

Yo cual aquellos bardos inspirados,
Soy, aunque humilde, ardiente trovador!
Yo tambien lloro amores olvidados:
Yo tambien he nacido en el dolor!

Venid: rozad por mi megilla ajada,
Con vuestras alas de inspirado son:
Ah! que me toque vuestra frente helada
Aunque yerto me deje el corazon!

Envolvedme en los májicos vapores,
En que mecidas vais del huracán!
Mas cielos! son del alma los fulgores?
¿Y mis sombras queridas donde están?

Se huyen? Tened, tened; parad el vuelo:
Mirad que el alma me llevais en pos!
Sombras, volved: si remontais al cielo,
Volved aun otra vez, otra por Dios!

Enero.—1841.



Su Nombre.

Despide la luna pálida
débil reflejo amarillo,
sobre un ruinoso castillo
que en cumbre alzada se vé,
Parece á su rayo trémula,
la sombra informe y jigante
su vestidura ondeante
que ciñe del monte el pié.

Blancos, erguidos, inmóviles,
sus ya rotos torreones,
se vén entre paredones
de rojo oscuro color:
Y silvan allí las víboras,
cruje á mis plantas la arena,
y el viento en la antigua almena
vibra un eco jemidor.

◆◆◆

Observo en silencio lúgubre
aquel alcázar desierto
de rudas peñas cubierto
y de musgo en derredor;
Que crece, á mi ver, solícito
de encubrir la parda ruina,
por la que el hombre adivina
de otro hombre el ciego furor.

◆◆◆

Ojivos, estrechos ángulos,
forman moriscas ventanas;
descompuestas barbacanas,
ciñen la negra pared:
Y largas profundas bóvedas
sustentan arcos labrados,
por los escombros cegados;
mazmorras fuéron tal vez!

◆◆◆

Allí posan los cadáveres;
fué cementerio del moro;
ya no hay mármoles, ni el oro
que artesona el atahud!
Ni acuerdan nombres las lápidas,
que acaso el mundo respeta;

solo las vela un poeta
y la luna con su luz!

◆◆◆

Allí su jardin magnífico,
y sus baños orientales;
de todo dejó señales,
solo una yerma heredad.
De los mármoles desechos,
ya no existe parte alguna,
que aun le recuerde á esa luna
su perdida vanidad!

◆◆◆

La sala de armas espléndida
hubo aquí, su ajuar moruno:
no queda vestijio alguno
sino el roto batarel,
Que á pedazos desmorónase.
Sobre su piedra enmohecida,
tu nombre gravé, mi vida,
y un beso clavé sobre él!

II.

Ese nombre que suena en mi oido
Como el arpa del bardo inspirado;
Que mi labio pronuncia estasiado,
Que me innunda de inmenso placer!.
Que ya eterno y con letras de fuego
Se grabára en mi audaz fantasía:
De tan dulce y sonora armonía
Que hace en fuego mi sangre encender!

Muy mas suave que el suave murmullo
De estenuada corriente que pasa:
Muy mas tierno que el lánguido arrullo,
De la tórtola muerta de amor!
Muy mas dulce que un rayo de luna
Que entre nubes de nacar se pierde
O que brisa en desierta laguna,
Cuando duerme del agua en la flor!

Mas hermoso que el beso de un niño
Sobre el cáliz de cándida rosa,
Nombre lleno de uncion, de cariño,
Que disipa mi inmenso dolor:

Celestial, como un eco de gloria
Que suspiran los ángeles castos;
Y grabado en mi eterna memoria,
Con el fuego de un alma de amor!

III.

Tu nombre, mi serafin,
que en bullicioso festin
y en el florido jardin
mil veces hice sonar.
Y le aspiraron las flores,
y los árboles mayores,
en su tronco á mis amores
le consintieron grabar!

—

A las aves que han cruzado,
á las nubes que han volado,
á los rios que han pasado
se le canté con placer.
Y el ave le repetia,
y entre las ondas corria,

y en las nubes su armonia
me llegaba á suspender!

—

En mis ayes le exhalaba,
en mis cantares sonaba,
en mis dolores quedaba
impreso en mi corazon:
Y en mis sueños voluptuosos,
y en mis dias tormentosos,
y en mis recuerdos dichosos
de ventura y de pasion!

—

Siempre grabado en la mente,
y en el alma tenazmente,
y en el pensamiento ardiente,
ligado con mi existir:
Unido á mis padeceres,
y á mis risueños placeres!
Mi hermosa, entre las mujeres,
con tu nombre he de morir!

—

Y no te admire mi amor,
que eres mi angel guardador,
recuerdo consolador,
de esa virgen del Edém.
Gloria á mi afán prometida,
palma de Dios bendecida;
el paraiso en la vida
para mi que te amo bien!

—

Y tan hermosa doncella
como es de Venus la estrella;
como el rayo que destella

del alba el primer albor;
Como esa luna de estió,
como la brisa del rio,
como el recuerdo, bien mio,
de nuestro feliz amor!

—

Acaso ese nombre angélico
con que el alma se estasia,
cuando llegues á ser mia
resonará en el altar:
O acaso tambien ¡ay mísero!
en el féretro profundo,
cuando duermas para el mundo:
y en el cielo al despertar!

Abril.—1837.



EN EL ALBUN

de la Señorita Doña P. B.

Gozad, gozad las horas deliciosas
De la lozana y bella juventud,
Antes que sirvan del amor las rosas
Para adornar el fúnebre atahud!

Porque de frescas y aromadas flores
Se corona á las víctimas tambien;

Y sus guirnaldas rompen los amores
Para ceñir la moribunda sien!

Triste es entonces en la frente ajada,
Y sobre el seno yerto y sin calor,
Sentir la gota suave, embalsamada,
Que del rocio conservó aun la flor!

Y su aliento y su aroma delicado
No poder con los labios aspirar,
Y sobre un corazon ya marchitado
Su capullo llegarse á deshojar!

No, no aguardeis para el fatal momento
Las guirnaldas hermosas á escoger,
Que cual las nubes arrebata el viento
Las horas lleva el tiempo del placer!

Estos son los instantes de la vida
En que aun el alma conservais en flor;
Y en que á la aurora del placer convida
El pálido crepúsculo de amor!

Jóvenes, entusiastas, lisonjeros,
Vuestros ensueños para el alma son;
Los pensamientos dulces y hechiceros
Porque les dá su mágia la ilusion.

Señora, para vos la vida empieza;
Y es hermosa la vida, al despertar
La joven virgen de inmortal belleza,
Que el astro del amor vé despuntar.

Pasasteis la temprana edad, dormida,
Adivinando el lento porvenir,
Gozandoos en las glorias de la vida
Que os hizo el alma en sueños presentir.

Llegó por fin á descorrerse el velo
Que sofocaba el virgen corazon:
Gozad, gozad con delirante anhelo
Las horas tan fugaces de ilusion!

Hermosa sois, señora, su tributo
Debeis al mundo, y al feliz placer;
arbol feliz de delicioso fruto,
Para amar ha nacido la muger!

Gozad, gozad de la existencia vana,
Antes que el alma marchiteis en flor!
Hora que anuncia tan feliz mañana
Tan hermoso crepúsculo de amor!

Setiembre.—1840.





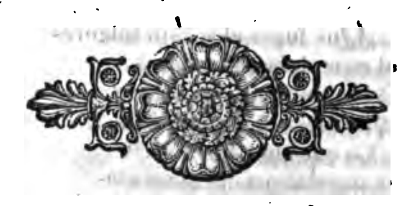
PLEGARIA.

¿Qué fuera el sol sin fulgores,
ni esos cielos sin colores,
ni sin ambiente las flores?
¿Qué fuera el mundo sin luz?
Lo que sin padre, sería
de nuestra orfandad un dia:
sálvale, ó virgen María,
por tu amargura en la cruz!

Sus hijos son los que lloran
y por un padre te imploran:
por su vida, en que atesoran
su encanto y suerte mayor!
Tú, Señora, has de ácogernos,
escucha votos tan tiernos,
y haz tú sus años eternos
Como eterno es nuestro amor.

Los tiernos hijos te encantan
cuando á sus padres levantan;
y cuando en su obsequio cantan
ángeles son para ti:
A ser ángeles llegamos,
hoy que por él te rogamos:
por esa vida que amamos,
toma cuatro que hay aquí!

Octubre.—1839.



La Conquista de Granada.

«Boabdil, Boabdil,» repite en las montañas
El eco de una voz ronca y doliente,
Que despedaza aguda las entrañas
De la madre que llora amargamente.
«Hijo del corazon, luz de mi vida,
En mal hora embrazaste
La ponderosa lanza de la guerra,
Y el noble corazon aprisionaste
Bajo la triple malla que me aterra!
La senda por do fuiste

Yà, nunca, nunca, á mis cansados ojos
Parecerá encantada,
Ní esa vega do al fin desparecisté,
Ni aun con ser esa vega de Granada!
Mas ya ven que ese *Rey de los harenes*,
Como por mengua tuya, hijo querido,
Te llamaban los moros,
Alza en el campo las soberbias sienes,
Ufanoso y erguido:
Y que como ellos cierran con los toros,
Esfuerzo lleva, corazon y manos
Para cerrar audaz con los cristianos.
Cuál se aumenta el estruendo y vocerío
De la tremenda lucha!
Entre el denso y confuso polverío,
Conteniendo sus moros perseguidos,
La voz de Boabdil tronar se escucha.
Vencidos tornan, vive Alá, vencidos!

Zorayma corre á ver tu noble esposo
Guarecerse del foso!
Ven Zorayma, á gozarte en sus laureles.
Oyes el rechinar de los cerrojos?
Ni aun seguros se vén en la muralla;
Esos los Mazas son y los Gomeles!
Los Zegríes huyendo la batalla,
Yertas sus manos y húmedos sus ojos!
Ah! Boabdil, el Zogoibi llamado
Tu destino será bien desdichado!
Yo ansiaba entre mis brazos acogerle,
Pero abrazarle triunfador queria:
Hoy, cadáver mas bien quisiera verle,
Que huyendo el que heredó la sangre mia!

Mira, pobre Zorayma, esos leones
Soberbios de Castilla,
Llegando hasta tocar las férreas puertas,
Y en sus bronces la lanza haciendo astillas.
¡Qué seguro tendremos, desdichadas,
Si ya dejan abiertas
Esos cristianos fieros,
Por el hueco que hicieron sus aceros,
Las bocas por donde entren sus armadas!
—«Templa, sultana, el hondo sentimiento.
—Ha sido un rayo el que rasgaba el viento?
—No, que ha sido una lanza, despedida
Por aquel caballero.»
—«Que ha de llegar hasta la Alhambra infiero.
Le conozco, es Pulgar: el noble altivo
Que clavó en la mezquita
Aquella enseña celestial, bendita,
Y á quien los nuestros le dejaron vivo!
Ese que con acero valeroso
Su gloria, y nuestra afrenta,
En esa torre á cintarazos labra,
Es D. Diego de Córdoba, el famoso
Y buen conde de Cabra.
El conde de Tendilla,
Ese que amarra esclavos musulmanes
Como perros cobardes en trahilla;
Giron y Ureña aquellos capitanes.»
—«¿Y ese doncel, que levantando el brazo
Con la estendida lanza, apenas toca
El friso mas humilde de esta roca?»
—«Es Garcilaso, el de la ilustre hazaña,
De tan reciente plazo.
El de Toledo, el de la flor de España;

Nuevo Goliat que derrocó al jigante,
A nuestro Tarfe, el poderoso Atlante
Que á Granada en sus hombros sustentaba;
Y que con ira ciega,
Por vengar una Virgen que adoraba,
Muerto á sus pies nos les tendió en la Vega!
Oh vergüenza!—Corramos
A entusiasmar nuestra vencida gente:
Si algun fuego en sus almas encontramos,
El brotará con nuestro lloro ardiente.»



En Vivarambla los cansados restos
De las desechas haces,
Están clamando, á recibir dispuestas
De los reyes Católicos las paces.
Boabdil mustio y penoso,
Sostiene el cuerpo en su dorado acero,
Y apoya del turbante poderoso
La rica seda á un paredon grosero.

A esta sazon llegando,
La sultana, y del rey la triste esposa,
Quedáronse turbadas, escuchando
La voz fatal de la morisca ansiosa.
«Cobardes, ¿qué pedís con tantos gritos?
Les habló la sultana entusiasmada;
«Moros infames y de Alá malditos!
¿Sabeis á cuánta costa compraremos
Esa paz anhelada,
Y que al ganarla, en ella perderemos
La pura luz de la oriental Granada?
Aqui, en esos jardines y florestas
Tranquilas y sombrosas,
Del rojo sol las abrasadas siestas
Pasaron vuestras madres amorosas!
Al pié de esos naranjos encarnados;
En las noches de estío,
Dormiais dulces sueños encantados,
Al grato son del bullicioso rio!
Esos fueron los campos y raudales
Que dieron blanda á vuestro amor su cuna;
Esos los miradores de cristales
Que oyeron vuestras trovas orientales,
Y está tambien vuestra querida luna!
¿No llamais tan hermoso el fértil suelo
De la hermosa Granada,
Que juzgais que la parte de ese cielo,
Que cubre el campo en su azulado velo,
Es de Mahoma la feliz morada,
Y que son las estrellas,
De sus blancas houris las almas bellas?
¿Consentireis que otra nacion estraña
Venga á cantar vuestra derrota un dia,

En vuestra propia y paternal cabaña?
¿Qué al rumor de sus fuentes saltadoras
Descansen sus escuadras vencedoras?
¿Qué esos cedros, del Líbano arrancados,
Y esas altas adelfas y laureles,
Dén sombra á sus indómitos soldados,
Y reparo y solaz á sus corceles?
Será, infeliz, que ni aun morir podamos
Donde dichosas por Alá nacimos!
Si es forzosa la muerte, aqui muramos!»

Calla Boabdil, y callan sus secuaces,
Mas en breves momentos,
Cual rudo son de embravecidos vientos,
Mil voces repitieron: «tregua y paces.»
«Cuidad, clamó la esposa acongojada,
De arrepentiros tarde,
Si tan poco estimais vuestra Granada,
Que la vendeis con ánimo cobarde,
Y á costa de vuestra honra mancillada!
Madres teneis, y las dejais llorosas;
Hijos de vuestro amor, y aun en su cuna,
Sentirán el rumor de las cadenas;
Vuestro lecho nupcial, vuestras esposas,
Oh mengua! oh moros, llorareis agenas!
Las vírgenes sin freno atropelladas,
Las mezquitas por tierra:
Si por ellas luchais, hay duda alguna
De que es santa y forzosa nuestra guerra?»

Igual silencio á su clamor responde.
Solo Muza afrentado se estremece,
Y el rostro altivo de vergüenza esconde,

Y esclama, al fin, turbado: «Bien merece
Nuestro ejército el nombre de cobarde;
Mas, fama de guerrero cobró un dia
Por sus hazañas de arrogante alarde!
Hoy la perdió ¡y te pierde patria mia!
Tened presente, oh moros granadinos,
Los hechos mil de vuestra antigua gloria:
Recordad esa puente de los Pinos,
Donde los dos alcaides
Compraron con su sangre alta memoria!
Ilustres Abenzaides,
Sacad de nuevo el ardimiento á plaza;
La sierra de Habalcol pronto olvidásteis,
Y los campos de Loja, y las llanuras
De Albohacén, y de Baza,
En que sus escuadrones arrollásteis:
Y del Genil la orilla
Donde á ese mismo conde de Tendilla,
Y al de Medinaceli poderoso,
Que hoy fieros lanzearon la muralla,
Y aun á su rey Fernando el animoso,
Vencisteis, con su riesgo en la batalla!
Acordad que tambien nobles esclavos
Besaron vuestras plantas, reverentes,
Cual D. Pedro de Silva, entre sus cabos
Bien principal, y el conde de Cifuentes!
Rodrigo Ponce de Leon, que há poco
Chocó con su caballo en nuestras puertas,
Y Alonso de Aguilar, que osado ú loco,
Quiso salvar del foso las compuertas,
En los montes de Málaga, perdidos,
Deshechos y vencidos,
Con muerte el de Leon de dos hermanos,

Y tres sobrinos, prez de sus cristianos,
Huyeron por temer vuestra venganza,
En la cuesta que es hoy de la *Matanza*!
Los campos de Lucena, eran llamados
***La huerta de Aliatar*, porque no hay dia**
En que no la corriesen sus soldados.
Hasta el conde de Cabra, que hoy venia
Tan jactancioso, retador, y altivo,
En Moclin, el Zagal le perseguia,
Y á poco el irse entre sus garras vivo!
En fin, moros ilustres de Granada;
Por siete veces ciento
Y aun mas número de años, fué temida
Vuestra guerrera y prepotente armada.
Esa nacion que hoy vence, fué vencida;
No os falte el ardimiento,
Cuando os sobra mas gloria en la jornada!»



La turba se dispersa amotinada,
El rey Chico, al Alcázar se retira;
El acento de Muza fué el postrero
Canto de gloria que lloró á Granada!
«Esclavo, prorumpió, verán no muero!»
Por la puerta de Elvira
Partióse, y nunca mas tornó el guerrero!



Treinta soles despues, en la ancha Vega,
Lucidos bandos de cristianas haces,
De Darro acampan en la verde orilla.
El rey infiel de la morisca ciega,
En rehenes seguros de sus paces
Con los ilustres reyes de Castilla,
Cuatrocientos guerreros
Envia, de sus moros caballeros,
Y dos corceles de batalla, en prenda
De que por firme su alianza entienda.



A la otra aurora en medio en la llanura,
Cubiertos de estandartes y pendones,
Y entre moriscas tocas y cimeras,
Dos reyes se estrechaban con ternura,
El uno, algo inclinado,
Con muerta voz y con razones graves,
De aquel su paraiso afortunado
Al vencedor le encomendó las llaves.
A la sazon por la nevada sierra
Se oyó el clamor de gente vencedora,
Y en las murallas de la Alhambra mora
Las enseñas de guerra,
Las cruces de los rojos estandartes
Y el pendon de Santiago relucian

En los mas elevados baluartes;
Las voces que se oian,
Zumbaban en la torre de la Vela:
«Castilla por Fernando y su Isabela!»
Con tumultuosa aclamacion rugian.



Pocas horas despues, con paso lento,
Junto al postigo de la Alhambra hermosa
Por la puerta que es hoy de los *Molinos*,
La cuesta de los *mártires*, famosa,
Traspuso Boabdil, con otros ciento
De sus vencidos moros granadinos.
Siguiendo los caminos
Que al Alpujarra dán fácil entrada,
Y en la cima de un monte
Que término no encuentra á su orizonte,
Quiso Boabdil clavar una mirada,
Que el llanto á su pesar le oscurecia,
Sobre aquella hermosísima Granada
Que para siempre el infeliz perdia!
Y al punto en que la via,
Sonó ronca descarga pavorosa
De cien armas de fuego, que tronando,
Anunciaban gloriosa
La toma y posesion del gran Fernando!
Lanzó el moro un suspiro,
Tan muerto, y de tan honda pesadumbre,
Que el ancho monte estremeció en su cumbre.
La sultana le dijo: «No me admiro

Que reyes como tú, que entre placeres
Ganaron solo aplausos y renombres,
Solo sepan llorar como mugeres,
Lo que temieron defender como hombres!»

Febrero.—1841.



PROFECIA A ESPAÑA.

Yo la vi descender de las alturas,
Blanca la nube, cual flotante tul:
Rauda girando en mágicas figuras,
Globo de nacar sobre mar de azul.

—

Con torrentes de luz innunda el suelo
Cual si abrasára el español confin:
Suenan cantares bajo el móvil velo,
Que rasgó con su mano un serafin.

—

Dentrò en la nube, en trono de esmeraldas,
Sublime potestad se apareció,
Coronada la frente de guirnaldas
Que en ademan bizarro levantó.

—

Del serafin entre las alas de oro
Un clarin desprendiendo la deidad,
Del Septentrion hasta do habita el moro,
El sonido vibró en la inmensidad.

—

Pronto, otra nube, nacarada y bella,
Rauda desciende al celestial clamor;
Noble matrona en su cerviz descuella,
Aunque hermosa, abatida de dolor.

—

Un leon á sus plantas, aprisiona
Dos mundos coronados de un laurel,
Y sostiene en sus crines la corona,
Prosternado á las plantas de Isabel.

—

La matrona pregunta: «¿Quién me llama?»
El serafin la respondió veloz:
«¿No conoces los ecos de la fama?»
La diosa entonces desplegó su voz.

«España ilustre, la inmortal Castilla,
De tantos buenos la fecunda orilla,
La mas hermosa que ilumina el sol!
»La noble cuna del honor, precioso;
La madre altiva del valor glorioso,
De ese valor que solo es español!

❖❖❖

»La gran colonia que abortó los Cides,
La poderosa en las sangrientas lides,
La cuna de un Cortés, noble infanzon!
»La que abrasó á Occidente con un rayo,
La que triunfó de Oriente con Pelayo,
Y con Cárlos dió al orbe admiracion!

❖❖❖

»Cuyos hechos son mas que mis cantares,
Cuyos nombres son mas que mis altares;
¡España mia: la que tanto amé!
»Oye la voz sublime de la Fama:
A mas altura el porvenir te llama;
Con tu entusiasmo cuento y con tu fé!

❖❖❖

»Valientes triunfadores no te faltan,
Que con su sangre tu corona esmaltan,
Y eternizan su nombre y tu valer:
»Mas el brillo que arrojan esos Martes,
Ha eclipsado á las ciencias y á las artes,
Que el olvido en su manto va á envolver!

❖❖❖

»La voz de ilustracion que el alma encierra
Enmudeció á los gritos de la guerra,
Y en sangre se ha anegado su esplendor!
»La gloria de las artes ya no es gloria;
Ni aun vuela un ay! á su perdida historia:
Solo, acaso, las llora un trovador!

❖❖❖

»Mira mi templo; antorchas á millares,
Coloran los magníficos altares,
Donde las lanzas brillan y el pavés:
»Mas donde no hay escudos ni broqueles,

Donde el ídolo son libros, laureles,
¡Allí sin luz, y tan desierto ves!

◆◆◆

»Mira ese ara de pórfiro y de plata,
Apenas triste lámpara retrata
De un cadáver marmórea fundacion.
»Ya no hay quien vele á revivir la llama
Ni á disipar la nube que derrama,
Y esa estátua fué un tiempo CALDERON!

◆◆◆

»A su lado otras lámparas espiran;
Y sus reflejos pálidos retiran,
Y ennegrecen su imágen y su altar.
»LOPE DE VEGA allí! Sombras errantes
Envuelven su corona. Allí CERVANTES!
Las lámparas se empiezan á apagar.

◆◆◆

»Y qué, ¿será que desparezcan luego
Y que á tu vista se consuma el fuego
Consagrado á su digna adoracion,
»Sin que llegue á su altar una plegaria,
O una lágrima ardiente y solitaria
Que con su luz alumbre la oracion?

◆◆◆

»Y ellos fueron tambien conquistadores,
Y lucharon cual nobles lidiadores!
Armas fueron su voz y su cantar!
»Si tus huestes rendian las naciones;
Su canto las vencia con razones!
Cuál era, España, tu mayor triunfar?

◆◆◆

»Rica fué á tu corona, la jornada,
Del rey Fernando en la oriental Granada,

Al eclipsar las lunas con su cruz!
»Pero te conquistaron mas tesoros,
Los que inspiraron á los presos moros
De nuestra santa religion la luz!

❖❖❖

»Esos que abriendo enfurecidos mares,
Del otro mundo en los ocultos lares
Fijaron tu estandarte triunfador;
»No valen mas, oh España! que valieron
Los que á su gente indómita escribieron,
«Hermanos sois, y vuestra herencia amor!»

❖❖❖

»Los que en tierras esclavas te servian,
Los que tu nombre, España, maldecian,
Y acusaban de infame tu opresion:
»Los vates al oir que te ensalzaron,
Que tus hazañas y poder mostraron,
Hijos tuyos los hizo su cancion!

❖❖❖

»De los perdidos tiempos de tu historia,
¿A quién debes tan sola una memoria
Que acuerde al mundo tu grandioso ayer?
»De este hoy, fecundo en glorias y en hazañas,
¿A quién debes que á tierras tan estrañas
Tu nombre llegue, y haga estremecer?

❖❖❖

»El ruido de las armas pavoroso,
Aunque celebra tu renombre hermoso,
Pasará cual relámpago veloz!
»¿Para ese porvenir que te intimida,
No habrá un bronce en que quedes esculpida?
No habrá una historia que alzará su voz?

❖❖❖

»Preciosos son, España, tus momentos;
Tus salvadores son esos talentos
Que hasta ahora miraste con desden!
»El poder de la guerra adquiera palmas,
El influjo del genio nobles almas,
De doble lauro ceñirás tu sien!

◆◆◆

»Serás mas grande que lo fuiste un dia!
Toma mi trompa de oro, España mia,
A tus hechos mi voz responderá!»
Sonrió la deidad: blanco querube
Dijo á la España, al remontar la nube:
«Serás famosa, porque escrito está!»

Marzo.—1838.



A UN NIÑO.

Pobre niño, por qué lloras?
tanto te aquejan tus horas
y acabas, ay! de nacer!
Mas si; que son tus auroras
auroras de padecer!

Seca esa lágrima hermosa
que tu frente ruborosa,
cual turbio nublado, empaña;
y que cual perla vistosa
aun vacila en tu pestaña.

Sécala; tu sien tan pura,
quema esa lágrima amarga:
la vida el llanto asegura,
que aun la mas breve es tan larga
que las lágrimas apura!

—

Y con el tiempo has de ver
que hasta el poderlas verter
te parecerá un encanto,
y hallarás ya seco el llanto,
porque no te dé un placer!

—

Ah! pobre niña, no llores:
que aunque el duelo y las querellas
son de esta vida las flores,
son tan tristes sus colores
como pesadas sus huellas!

—

Una lágrima rodó
sobre tus sienes, solo una,
y sus matices robó,
y oscura sombra importuna
sobre tus ojos vertió!

—

Si una lágrima ha bastado
para eclipsar el color
de tus labios, delicado,
y de tus ojos de amor
el suave brillo inspirado;

—

Ya ves, que si flores son
pardiez que lo son mezquinas:
brillan por ostentacion,

pero allá en el corazon
dejan clavadas espinas!

—

Espinas que luego crecen,
con el correr de la vida:
y como en llanto florecen,
sus raices se engrandecen
y al par del alma la herida!

—

Ah! pobre niño inocente,
presto el amargo caudal
se vá agotando en tu frente!
Dios te liberte del mal
que esa lágrima presiente!

Abril.—1839.





TUS GRACÍAS.

(GLOSA.)

Flérida para mi dulce y sabrosa,
Mas que la fruta de cercado ageno;
Mas blanca que la leche, y mas hermosa
Que el prado por abril de flores lleno!

GARCILASO DE LA VEGA.

Grata tu frente de espresion divina,
Bellos tus ojos cual la Cipria diosa,
De tus virtudes el poder fascina,
Flérida para mi dulce y sabrosa!

Destilan miel tus labios olorosos,
Y su aroma en los mios es veneno:

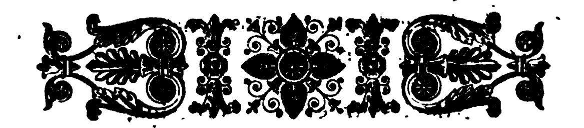
Y tus besos parécenme sabrosos
Mas que la fruta de cercado ageno!

Pura como la brisa de occidente,
Como la perla de Ceylán preciosa,
Dulce como el susurro de la fuente,
Mas blanca que la leche, y mas hermosa

Que el sol brillante, de mi Dios traslado,
Ay! me parece tu fragante seno;
De mas hechizos, por Amor ornado,
Que el prado por abril de flores lleno!

Octubre.—1840.





LA INFANCIA.

I.

Un niño es un crepúsculo que nace
Y anuncia la mañana de la vida:
Blanca niebla que el sol en luz deshace,
Ser infeliz que al padecer renace
Renaciendo al vivir!
Es un árbol de mas en un sombrío;
Es una flor entre infinitas flores;
Es una arena entre las mil de un rio;

Es una gota que perdió el rocío
Y empieza á relucir.

Niño infeliz, errante peregrino,
Angel que el cielo condenó al dolor,
Vás á emprender el áspero camino:
Vives, pero es la muerte tu destino
Y precario tu ser!
Pasarás como el sueño de la mente;
Pasarás como nube en las alturas:
Como pasan las aguas de la fuente,
Como pasan las horas fugazmente
Que nunca han de volver!

Encanto, confusion, dulce armonía,
Esperanzas de amor mecen tu cuna:
Te embriaga en su luz el sol del dia,
De las aves el canto, la ambrosía,
La gala de una flor.
Una madre te alhaga con desvelo
Y adivinas el mundo entre sus brazos,
Hermoso y rutilante como el cielo,
Que una madre es la Virgen del consuelo,
Y es un cielo su amor!

Un beso á tu dormir sobre tu frente,
Un beso al despertar sobre tus labios,
Suave como la brisa de occidente,
Tu corazon conmueven solamente,
Y sueñas en gozar.
Y caricias, desvelos, y cuidados,
Y encantos mil, y tiernos desvaríos,
Dán solaz á tus miembros delicados,

Dán placer á tus ojos estasiados;
Mas teme el despertar!

Que hermoso es, en tu frente despejada
La imájen ver de la inocencia pura!
Que hermosa es tu sonrisa delicada,
Y que hermosa tu cándida mirada,
Tu pudorosa sien!
No es mas bella del alba en la mañana
Al despuntar por el oscuro oriente
La escasa luz de púrpura y de grana!
No es mas bella la imájen soberana
De un angel del Edém!



II.

El sol que vela en tu lecho
tu blando sueño de amor,
derrama ahora en tu pecho
su influjo consolador.

Tambien la pálida luna,
y de la noche la estrella,

vierten su luz en tu cuna
y esmaltan tu frente bella;

◆◆◆

Tu inocencia, tu ternura,
tu angelical corazon,
alumbran tu faz, mas pura
que tu primera oracion!

◆◆◆

Tu labio rojo y sereno,
tu cándido sonreir:
que aun no corróe tu seno
el aspid del porvenir!

◆◆◆

Un dia, quizás mañana,
muy pronto, niño, ha de ser,
verás en su luz profana
la antorcha del padecer.

◆◆◆

Alumbrará tus dolores
entonces y tu ambicion;
alumbrará tus amores,
tu delirio y tu pasion!

◆◆◆

Alumbrará tu esperanza
ahora hermosa y ya engañada:
tus celos, ó tu venganza,
tu loca ilusion burlada.

◆◆◆

Tu incertidumbre, tu pena,
y la carga de vivir:
y es tan pesada cadena,
que menos pesa el morir!

❖❖❖

Quién no te dará sostén
al verte tan desvalido?
yo, niño, te quiero bien,
mas siento el que hayas nacido!

❖❖❖

Te quiero, pues miro en ti
aquel aura embalsamada
que agita el rojo alhelí,
y la violeta morada!

❖❖❖

Pues al crear el poeta
el aura leve y fugaz,
para que fuese perfeta
de un niño la dió la faz.

❖❖❖

Los ángeles que sustentan
al Señor en nubes de oro,
cual niños los representan;
por eso tambien te adoro!

❖❖❖

Angel eres en el cielo,
y mas que angel para el hombre,
cuando por *Dios* de consuelo
te dán del amor el nombre.

❖❖❖

Que por símbolo de aquella
diosa feliz del cariño,
buscando una imájen bella,
la mas celestial fué un niño.

❖❖❖

Y asi, cuanto mas te adoro,
se acrece mi amarga pena,

al ver que un engaste de oro
cubre el hierro á tu cadena.

◆◆◆

Porque eres débil tambien
me intereso por tu amor,
que á quién no interesa, á quién
la hermosura sin valor!

◆◆◆

Sin apoyo la inocencia;
y entre el vicio la virtud,
sin consejos, ni esperiencia,
que á sus nieblas dén la luz!

◆◆◆

Entre mares agitados
de mentira y de placer,
sobre abismos ignorados
donde al fin se ha de perder!

◆◆◆

Pobre niño, sí; en mis brazos
que salvé de la tormenta
ya rendidos y en pedazos,
tu inocente cuello asienta!

◆◆◆

Y en mi seno adormecido,
de mi ardiente corazon
te dirá cada latido
de este mundo una leccion!

◆◆◆

Y en mi ejemplo escarmentado,
quizá estudiarás en mí.
Que ahora vivo desgraciado,
aunque dichosó nací!

III.

Tu eres un astro que arrojó á este suelo,
El que los soles cria.
Hay un espacio hasta ascender al cielo,
Debes vivir un dia.

Mas quien adivinára un rey, un trono
En esa pobre cuna?
Debilidad, miseria, y abandono
Parecen tu fortuna!

Y es un trono esa cuna; y de este mundo
Naces, ó niño rey:
Pues de la tierra al ámbito profundo
El hombre dá la ley!

Ay! tu primera voz es un lamento
Y tu grito un gemido!
Tu primera impresion un sentimiento.
Débil rey has nacido!

De tu madre el abrazo cariñoso
Es tu primer placer:
Y separarte á su regazo hermoso
Tu primer padecer!

Tu alma encontró el secreto de la vida,
Su arcano sabes ya:
Huir del mal, buscar enardecida
Lo que placer nos dá!

Setiembre.—1840.





La Misa del Gallo.

Ya llegó á la mitad de su carrera
Esa noche de gloria y bendicion:
Almas cristianas y de fé sincera,
Abrid al entusiasmo el corazon.

Entrad en el santuario misterioso
Que el pueblo innunda en rápido tropel,
Vereis el sacrificio milagroso
Del Dios que besa á su verdugo cruel!

Llevad el alma en ilusion de gloria
Encendida, y purísimo fervor;
Absorto el pensamiento en la memoria
De un Dios crucificado por amor!

Y allí fervientes, tiernos, inspirados
En tan sublime y celestial verdad;
Ante las aras del Señor, postrados,
«Hosana, Hosana!» al que nació cantad.

Mas, ¿qué pretende esa furiosa gente
Que miro en loca confusion vagar,
Con ademan impio, irreverente,
Mancillando las gradas del altar!

¿Qué quiere esa caterva amotinada
Que ruge con la furia del leon,
Y suelta la ruidosa carcajada
Aun al pie de esa cruz de redencion?

Si busca acaso de su torpe orgía
Prolongar los delirios hasta allí,
Y á la luz de esa efigie de María
Ostentar su impudente frenesí!

Pretende que el helado pavimento
Que el polvo de los muertos guardará,
Y que empapado en llanto de tormento
Y penitencia, aun húmedo estará,

Sirva de alfombra á su grosera planta?
¿Y hollará con estúpida irrision,
La sepultura de sus padres santa

Donde duerme su santa religion?

¡Profanacion! Las bóvedas sonoras
Retumban del impío el blasfemar;
Y al fin entre sus risas tentadoras
Del sacerdote el rezo va á espirar!

¿Por qué ese fuego que incendió à Sodoma,
Rayo de su justicia vengador,
Jehová poderoso no desploma
Sobre la sien del falso adorador?

Almas que aun abrigais fé y esperanza,
Y que de la miseria y hediondez
De esa raza, una parte que os alcanza,
El rostro os hace avergonzar tal vez,

Huid, huid del templo profanado!
El desierto sus sombras os dará,
Y por sus dulces auras consolado,
De todo el corazon se olvidará!

Y allí en tan blando y quieto apartamiento
Fuego divino os brotará en la sien,
Que os muestre en delicioso arrobamiento,
Las glorias de esa noche allá en Belém!

De esa noche de encanto y de armonía
En que una antorcha apareció de amor,
A herir la sombra tenebrosa y fria
De un mundo envuelto en nieblas de dolor!

De esa noche, en que un angel de ventura
Bajó al desierto á sostener la fé
Del hombre, que en el valle de amargura
Ciego de llanto el porvenir no vé!

De esa noche, en que un Dios omnipotente,
Señor del cielo, de los mares rey,
Padre del universo, hundió su frente
¡Ay! entre el polvo de la inmunda grey!

Venid en pos de mis humildes cantos.
Yo aliviaré vuestro doliente afán,
Mostrando á vuestros ojos los encantos
Del solitario valle de Abrahám.

Y allí Jerusalem la poderosa
Del desierto confin reina oriental;
Que allá, hácia el norte, su corona hermosa
Oculta entre las nubes de coral.

Y al poniente las cumbres de Judea,
Y al levante los tumbos de ese mar
Muerto, que entre sus ondas aun humea,
La sombra de Gomorra por quemar.

Ved al subir junto á la peña viva,
El manantial fecundo y saltador;
Y el sitio en que á la sombra de una oliva
Suspiraba el profeta del dolor!

Ese es el campo de la antigua Rama,
En que una noche de martirio cruel,

La madre ansiosa por sus hijos clama.
Hoy guarda las cenizas de Raquel!

Ya distinguís el valle florecido
De la *Fructuosa*, celestial Belém:
Que parece un amante adormecido
A los pies de la gran Jerusalém.

Allí un pesebre miserable, un dia
Fué cuna y trono que acogió feliz
El dulcísimo fruto de María,
Que vino al mundo donde el rey David!

Del cristianismo la piadosa mano,
Sobre el pesebre un oratorio alzó:
Trócole en ruinas el famoso Adriano,
Y la estátua de Adonis las cubrió!

Años despues, en que su atroz cadena
Rompió la combatida religion,
Templo suntuoso la cristiana Helena
Consagró á tan feliz recordacion.

Entrad: bajo esos mármoles divinos
No os herirá el estruendo mundanal;
Aunque vereis de santos peregrinos
Cubierto de la iglesia hasta el umbral.

Mas no percibireis de tantas gentes
Sino el vago rumor de una oracion,
Que forman en mil voces diferentes
Un solo ¡ay! y de un solo corazon.

Joyas, preseas, lámparas, conciertos,
Inundan de armonía y de placer:
Y por nubes de aromas, entreabiertos
Los cielos vé el cristiano aparecer.

Orad allí. Donde dobleis la frente
Rindieron antes su soberbia sien,
Los poderosos magos del Oriente,
Los humildes pastores de Belém.

Mezclad vuestra oracion con su plegaria;
Soñad que vuelve el tiempo que pasó,
Y que os guia la estrella solitaria
Que á los gloriosos magos alumbró.

Que acorren al establo los pastores;
Que el canto de las vírgenes feliz
Por el aire, entre vagos resplandores,
Suspira con el arpa de David.

Clavad vuestra mirada en ese niño,
Fuente de vida y manantial de luz;
Blanco como las pieles del armiño,
De nuestra enferma humanidad salud;

Gloria de la purísima María,
Angel de los Querubes del Edém,
Que por morir en el Calvario un dia,
Nació en el pobre establo de Belém!

Sí: soñad con su gloria y su grandeza.
No os cureis de este mundo de impiedad,

Donde el alma, en un lago de impureza
Se mancha su sublime castidad!

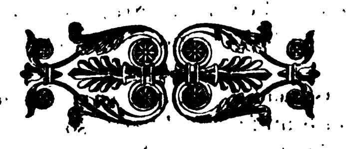
Soñad: porque tambien la poesía
Es hija de la hermosa religion;
Y el entusiasmo que en su fé la guia
Nace del cielo en la inmortal mansion.

Oid del ave vigilante el canto
Que marca de la noche la mitad,
Y anuncia al mundo el sacrificio santo
Recuerdo de tan gran Natividad.

Del gallo alerta se repite el grito:
El fué terrible acusacion despues,
Que confundió al Apóstol que contrito
Regó con lloro de Jesus los pies.

Soñad en esa noche de bonanza,
En que el oriente la argentina luz
De una estrella, fué el rayo de esperanza
Que un Dios, con sangre nos ganó en su cruz!

Marzo.—1841.





La Tumba de mi Madre.

Llorad, ojos mios, regad esa losa
Recuerdo funesto de amargo dolor.
De aquella infelice, mi madre amorosa,
Tan solo esa tumba le queda á mi amor!

¿Do estás, madre mia, que así me abandonas,
Tú, que eras mi árcangel hermoso de luz?
¿Por qué de mis flores las blancas coronas
Tan solo entretejen tu fúnebre cruz?

¿Por qué á mis abrazos tu pecho se esconde?
¿Por qué tus caricias no acallan mi afán?
¿Por qué á mis suspiros tu voz no responde?
¿Tu amor, madre mia, tu fé dónde están?

Tú fuiste la estrella que el rumbo me guia.
¿Por qué me dejaste perdida en el mar?
Confusa, entre escollos, no vés, madre mia,
Que el frágil esquife se puede anegar!

¡Si el sol en tus ojos miraban los mios,
Su lumbre eclipsada, que puedo yo ver!
Los anchos espacios del mundo vacíos,
Y eterna una noche de gran padecer!

Ya no hay quien sostenga mi trémula planta,
Ya no hay quien caliente mi pálida sien;
La voz ya no exhala la débil garganta;
Sin fuego se hiela mi sangre tambien!

Tú sola en el mundo, mi madre adorada,
Pudieras al pecho tornar su calor!
Tú sola en el mundo, la rama tronchada,
Hacer que brotára con nuevo verdor!

Un leve suspiro, pacifico, yerto,
Que mudo lanzase tu fiel corazon:
Que allá de tu fosa, cruzando el desierto,
Llegase hasta mi alma, sedienta en pasion,

Bastára, ah! bastára, mil veces lo juro,
El solo á volverme del cielo la luz;
Bañando en raudales del gozo mas puro,

El alma mas triste que besa tu cruz!

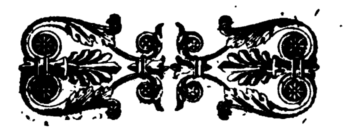
Mi dulce esperanza, mi Dios en el cielo,
Mi gloria en el mundo, mi vida, mi amor!
Oh madre del alma, mi solo consuelo;
Piedad, madre mia, de tanto dolor!

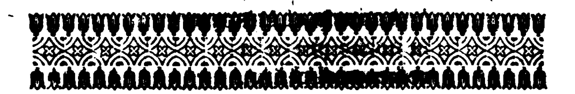
¿No diste á mis venas tu sangre preciosa,
Tu aliento á mi aliento, tu ser á mi ser?
Y aun mi alma, oh mi madre, no fué que amorosa
La tuya me diste en prenda al nacer?

Entonces, sin duda, me falta la mia;
Y á Dios de tirano le acusa mi amor!
Morir es preciso, vivir no podria,
Un cuerpo á quien falta del alma el calor!

Mis ojos se hielan, mirando tu blanca
Fatal sepultura. ¡Mi madre perdí!.....
O tanta amargura del pecho me arranca,
O deja, Dios mio, blasfeme de tí!

Febrero.—1841.





LA NOCHE.

En formas mágicas,
vapores húmedos,
envuelven rápidos
la faz del sol!
Las torres árabes.
los campos fértiles,
los montes áridos
cubren de horror!

Anuncia el Héspero
la noche próxima:
refresca el céfiro;
pasando vá
La tarde plácida,
de nubes cárdenas
la oscura admósfera
cubierta ya.

—

El son pacífico
del santo címbalo,
revibra un místico
lejano son:
Y del crepúsculo
la luz suavísima,
alumbra el cántico
de la oracion.

—

Estrellas trémulas,
con luz tristísima,
las nubes pálidas
bañan de albor.
Con rayos lánguidos,
la luna cándida,
al hombre mísero
muestra su amor,

—

Tinieblas fúnebres,
del mundo lóbrego,
desierto páramo
formando ván.
Las brumas crécense;
las nieblas frágiles

condensa el ímpetu
del huracán.

—

Observo atónito
la noche lúgubre,
su faz magnífica,
su blanda paz;
Y en ella, el símbolo
de un Dios benéfico,
que ostenta espléndido
su inmensidad!

—

Del sol las ráfagas
desparecieronse:
la sombra ocúltalas
en su capúz.
Solo entre móviles,
nieblas fantásticas,
luceros débiles
quiebran su luz.

—

Momentos plácidos,
horas dulcísimas,
que en sueños célicos
nos consolais,
Huid, que al ánima
llorosa y tímida,
en vez de júbilo
tormento dais!

Enero, —1839.

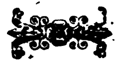


LA ORACION.

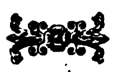
Escuchad, piadoso Redentor del mundo,
De la triste virgen la oracion sentida!
Para siempre llora su ilusion perdida,
Para siempre busca su refugio en vos!
De su sien desprende las mundanas galas,
Su cabello enluta con el santo velo:
Si su cuerpo débil pertenece al suelo,
Religiosa el alma se consagra á Dios!



Si me dais, Dios mio, desventura tanta,
Para prueba amarga de mis tiernos años,
Si merece tristes, duros desengaños,
Del amor mas puro la leal pasion,
Consolad al menos, y acoged benigno,
En ofrenda el alma; pero no os asombre,
Si la imágen bella encontrais de un hombre,
Grabada con sangre en mi corazon!

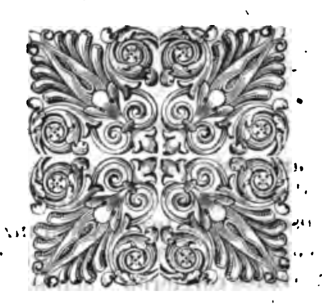


El plácido aroma de vuestros altares
Respiro, cual aura de paz y bonanza!
La lámpara oscura, cual luz de esperanza,
Las sombras ahuyenta de tantos pesares!
Mis lágrimas tristes corrieron á mares;
Ingrato! ¡Pagarlas con tanto rigor!
¿Por qué de la guerra buscar los azares,
Que en premio á tus glorias la muerte te han dado,
Dejando mis brazos, do hubieras hallado,
Eterna una vida de paz y de amor?



Perdonad, Dios mio, el postrer desvelo
Que al amor consagro: santa es mi oracion!
En las aras cuelgo mi profano velo:
Ya soy toda vuestra, alma y corazon!

Abril.—1840.



LA PALOMA.

Ave tierna y cariñosa,
la mas bella de las aves,
la mas bella, bien lo sabes,
aunque no presumas, no:
Imágen del alma mia;
pues es mi alma su hermosura;
en tu blanca imágen pura
sus recuerdos amo yo!

—

Yo te bendigo, paloma,
ya bendecida del cielo;
nuncio de paz y consuelo,
y mensajera de amor,
Cuando al hundirse del mundo
en las soberbias espumas,
bajo tus cándidas plumas
vino el ángel del Señor.

—

De entonces, holgarte puedes
con atributos de diosa,
que aquella oliva preciosa
te coronó por deidad.
Y te selló por emblemas
paz, inocencia, y dulzura:
y te vistió de hermosura,
y de amor y de humildad.

—

Dejaste la etérea nube,
y tu grandeza olvidando,
buscaste el murmullo blando
del solitario espesor:
Y estrellas, y sol, y nubes,
y tu mensaje, y tu fama,
trocaste por una rama
y por un nido de amor!

—

Ah! tú conoces sin duda
de un tierno amor el hechizo,
que estimar en poco te hizo
de ese cielo el arrebol!
Tú comprendiste inspirada
que el amor es en la vida,

esa gloria bendecida
mas bella que cielo y sol!

—

Quisiste tambien, paloma,
despojarte hechizo tanto
como en tu lúbrico manto
le plugo al cielo pintar.
Pues como el Iris nacía
al dar tu el santo mensaje,
quiso tus plumas de encaje
con sus colores bordar.

—

Pero no; quedaste hermosa,
y por humilde mas bella:
Sentida y triste querella
elegiste por cancion.
El dolor adivinaste
que era herencia de la hermosa;
y ensayaste lastimosa
tu voz en tan triste son!

—

Si fueran solo pesares!
Si solo fuera el sentirlos;
por el placer de decirlos,
hay penas que dán placer!
Pero al valle á que desciendes,
y llaman de desventura,
la mas sencilla amargura
no dá solo un padecer!

—

Herencia; rica en tormentos
el hado legarte quiso:
la llaman el Paraiso,

y otros infierno y sufrir!
Son tus queridos *amores*;
vás á sentir sus cadenas,
vás á vivir con sus penas,
y con sus glorias morir!

—

Mas no temas, inocente,
para tí no habrá martirios,
ni congojosos delirios
que atormenten tu pasion;
Tus alas ruedan el carro
de aquella diosa terrible,
que te imprimió lo sensible,
sin su desesperacion.

—

Y asi amarás sin tormentos,
sin amargos sinsabores:
tiernos serán tus amores
como tu tierno quejar!
Cuanto el amor será bello,
con solo ilusiones bellas,
si aun entre duelo y querellas
es tan hermoso el amar!

—

Suaves serán tus placeres
como el rumor de la fuente,
cuando mas lánguidamente
baja al valle á suspirar.
O como el plácido aroma
de las florestas de Atala,
que el aura tímida exhala,
sobre tu pluma al pasar.

Dulces serán y tranquilos,
como el campo misterioso,
de cuyo cesped frondoso,
solo el rocio al caer
Conmueve con blando impulso
las hojas del manto espeso,
clavando un timído beso
que las hace estremecer.

—

O cuánto envidio ese lecho
de tu rama hospitalaria,
ó la torre solitaria
que te abriga con su cruz!
Y tus cándidas delicias
y tus quietas soledades,
y en tan dulces libertades
ver el campo y ver su luz!

—

Quién pudiera transformarse
en tu ser, blanca paloma,
y trocar ay! la carcoma
que nos roe el corazon
Por un alma sin mancilla,
sin temor, sin esperanza,
que su bien supremo alcanza,
en gozar de su pasion!

—

Ah perdona, oh! Dios, si ofendo
con mis ayes tu grandeza;
Soy ingrato á la nobleza
que prestaste á mi alto ser.
Pero no, no; yo ambiciono
lo que á ti te he merecido;

solamente, ó Dios, te pido
sea breve el padecer!

—

Brillante han formado el sol
para hacer la noche oscura.
Dicen nació la amargura
para dar brillo al placer:
Si es así, sin duda el cielo,
que hizo al hombre, bien sabria
que sin penas, moriría
por amor de una mujer!

—

Paloma, imájen sincera
de la que es alma á mi vida:
siempre serás mi querida,
porque tú quieres tan bien:
Porque en tu imájen la adoro;
y en tu manto su nobleza,
y en tus plumas su pureza
y su hermosura se vén.

—

Respira tú sin afanes,
sin amargos sinsabores;
goza tus tiernos amores
sin horas de suspirar!
Yo amaré toda mi vida,
tambien, sin horas tan bellas:
que aun entre duelo y querellas
es muy hermoso el amar!

Abril.—18[illegible].



Cancion Morisca.

«La de los ojos azules,
¿por qué llorais, mi señora?»
cantaba á su linda mora
un moro de los Gazules;
y en tanto ya por Sevilla
suena el toque á bota-silla:
y en andaluces corceles
la hueste moruna brilla
de caballeros Donceles
que ván corriendo á los llanos,

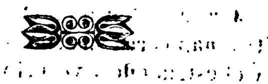
para cerrar de embestida
con los ginetes cristianos,
que cargan de arremetida.

La mora está en un andén
con resaltos de oro y gules;
debajo el que la ama bien,
el moro de los Gazules:
un corcel relincha al lado,
todo encaparazonado:
la lanza estrivando al muro
y un eunuco á su cuidado.
Volvió á tronar mal seguro
el clarin de la batalla;
una lágrima sentida
cayó en su cota de malla,
al tocar de arremetida.

«Ah no lloreis, Agelora,
que es desconfiar de mí;
y huyendo jamás, señora,
á vuestros ojos volví!
Vos mis armas rebruñisteis,
á mis hombros las ceñisteis
como ofrenda religiosa:
y asi es que en ellas me disteis
los arneses de una diosa.
Es imposible sucumba,
si ellas defienden mi vida!
Adios que el timbal retumba,
y suben de arremetida!

No temais, blanca paloma,
la hurí de mi hermoso Edém:
la que envidiára Mahoma,
para su divino Harém:
No temais me falten brios,
que aunque pierdan por ser mios,
pasan ya por inmortales,
en lances y desafios
con cristianos y orientales,
con quienes siempre triunfante
quedó mi lanza temida.
Pero, ah! que menos distante
zumba ya su arremetida!

Decis que no apunta el bozo
sobre mis labios? Pardiez,
que ese es defecto de mozo,
no falta de intrepidéz.
En cambio sobre mi sien,
las cicatrices se vén
que hay profundas y cruzadas.
Y á fé que me sientan bien,
y que son las mas sagradas
y de mas honra estas cruces.
Mas ah! no veis de vencida
ya mis moros andaluces?
Yo corro á su arremetida!



A dios!..... Pero, no lloreis.
Aun resisten mis Gomeles!
Ni aun muriendo me perdeis,
pues viviré en mis laureles!
¿Veis las huestes nazarenas
triunfadoras y serenas?
Aun no es suya la victoria;
si á mis lanzas agarenas
les recuerdo yo su gloria!
Mas si en lágrimas bañada,
os dejo en dolor sumida,
¿cómo resistir mi espada
su choque de arremetida?

Mis galas de hierro son:
¿fuerte me juzgais por ellas?
No, no hay fuerte corazon
para lágrimas tan bellas!
Esas trompas y añafiles
de escaramuzas hostiles,
desde el nacer me arrullaron
ni en mis años mas pueriles
otro impulso me excitaron
que ardimiento generoso;
y una lágrima perdida,
hoy me hace oir temeroso
el clarin de arremetida!



Crece el dènso polverio,
truenan cerca sus timbales,
y el estruendo y vocerio

de triunfantes atabales.
Son vencidos mis hermanos!
Vencedores los cristianos!
Agelora, adios, ya es tarde,
esos hierros de sus manos
son cadenas del cobarde!
Yo lo he sido por tu lloro!
Yo maldigo de mi vida.
De Gazul, te acuerda, el moro
que temió su arremetida!



Montó Zayde en su alazano;
cogió al eunuco su lanza,
y al ejército cristiano
se fué gritando: «Venganza.»
La mora con su mirada
sigue el brillo de su espada,
escucha un sordo gemido,
y el choque de una lanzada,
y el caer de un hombre herido.
Distinguió á Gazul en tierra
muerto; y miró desfallida,
de Cristo el pendon de guerra,
delante en la arremetida.

Noviembre.—1839.





INVOCACION A LA PAZ.

¿No escuchais rutumbar en la montaña
El victorioso estruendo de los bravos,
Y el noble grito triunfador de *España*
Zumbar como la voz del huracán?
Ellos son, los guerreros de Castilla,
Hijos ilustres de la patria hermosa;
Los que fama inmortal por su cuchilla
Ganaron en las cumbres de Arlabán.



No es, no, su pavoroso clamoreo
El presagio de muerte ó de esterminio;
Uno es el fiel y universal deseo
Que alienta su fogoso corazon:
Himnos son de esperanza bienhechora,
Himnos de libertad y de entusiasmo;
Los que entona la hueste vencedora,
Himnos de paz y de ventura son!

Paz celestial, del hombre bendecida,
Madre dichosa de los pueblos tristes,
Hija de Dios, amparo de la vida,
Ven á reinar en mi infeliz nacion!
Ven á estender tus inmortales palmas
Sobre las llagas de la patria mia,
Por ver si entre ellas los dolores calmas
De su despedazado corazon!

Que mucho, en luengos años de tormentos,
De guerra y hambre, asolacion y ruinas,
Que ya, desnivelados sus cimientos,
Estuviesen á punto de rodar!
Que mucho, en tantos años de quebranto,
Y de mil opresores desgarrada,
Que mire al fin su soberano manto
Roto, y sin que la valga á resguardar!

Ven, paz hermosa, á reparar sus males,
Tú que eres angel de los pueblos tristes,
Y á descansar tus palmas inmortales
Sobre el laurel de su sangrienta sien.
Tus suavísimas luces derramando
Sobre las sombras que abortó la guerra,

Vayan el triste mundo iluminando,
Y los altares del saber tambien.

A esos gritos de muerte, enmudecieron
Las sacrosantas voces de la ciencia;
Sus aras á la vez se estremecieron
De las batallas al marcial fragor:
El humo del combate oscurecia
La antorcha que al saber se consagraba,
Y entre sus pardas nieblas envolvia
Del génio el renaciente resplandor.

Llegó por fin el suspirado instante,
Cesó el vapor de la tremenda lucha;
De vivísima luz astro brillante
Las brumas de la noche disipó.
Las artes y las ciencias que la guerra
Desterró, abandonadas al olvido,
Hoy que la paz amaneció en la tierra
Buscan la España que nacer las vió!

Setiembre.—1840.



La Amapola.

I.

Flor bella y misteriosa,
amapola encarnada,
por qué tan triste y sola
llorando tu dolor?
Si eres de alguna hermosa
la sombra abandonada,
bien te eligió, amapola,
emblema de su amor!

Como ella tú lamentas
al pié de esa laguna,
tu abandono y tu olvido
que el ser bella causó!
Como ella tú le cuentas
á la templada luna,
que escuche tu ay! perdido,
ya que los hombres no!

Naces en los desiertos,
los recios vendabales
orean tu capullo
y arrugan ay! tu flor;
Y forman tus conciertos
torrentes desiguales,
que apagan con su arrullo
tus querellas de amor.

Te abortan los ardores,
los ardores te abrasan,
mas siempre en el estio
te miro revivir:
Siempre llorando amores
tus breves horas pasan;
tambien yo lloro el mio
pero es hasta morir!

Y al menos, la esperanza
de cobrar nueva vida,
aunque al pesar renace,
consuela tu espirar:
Mas ni esta gloria alcanza
á mi pasion perdida,

el hombre cuando yace
ni aun despierta á llorar!

Los vientos deliciosos
que tornan los abriles,
no vierten en tus hojas
su suave respirar:
Ni en búcaros preciosos,
ni en plácidos pensiles,
la fuente y su murmullo
te alhagan al pasar.

Ni emblema eres de amores,
ni tocado de hermosas,
ni prenda que recuerde
ensueño seductor:
Ni aromas con tus flores
las cuadras suntuosas,
ni en tu boton se pierde
un beso encantador.

Que á ti solo te orean
las recias tempestades,
y el sol que tornasola
sus rayos sobre ti;
Los tristes te desean,
flor de las soledades:
tu éres triste, amapola,
yo tambien, ay de mí!

III.

Es la aurora del nacer
la aurora de los dolores,
y alivia mi padecer,
como triste, el escoger
la mas triste de las flores.

Y tú lo eres en verdad,
pues habitas los desiertos;
y solo muestras tu faz,
y dejas la soledad,
para coronar los muertos.

Por lo pobre y mal ceñida
de tus coloradas hojas,
pareces sombra ofendida,
de un amor arrepentida
en que, infeliz, te sonrojas.

O con besos te abrasaron
ó tus lágrimas lo hicieron;
ello en fin te abandonaron:
pobre flor, te avergonzaron,
pues tan roja te pusieron!

O será sangre, el color,
de algun amante perdido,
y tú querrás, triste flor,
mostrar que dura tu amor
hasta en tus galas vestido!

O eres un ay! exhalado,
que al partir de un corazon
en su fuego se ha abrasado,
y en tu flor se ha trasformado,
encendiendo tu boton.

O alguna ilusion ardiente
que al abortar..... espiró:
ó la imájen trasparente,
de una esperanza que miente
y que en flor se marchitó.

Ello eres hermosa, sí,
aunque perfumes no exhalas,
ni azul, nacar ó rubí,
se visten tus pobres galas
sino oscuro carmesí.

Eres la flor de los tristes,
y peregrinas verdades
con tu dolor descubristes:

y á mi soledad tu asistes
flor de aquestas soledades!

Misteriosa y olvidada
tú me encantas, oh amapola:
sí, tú estás enamorada,
pues solo al amante agrada
vivir olvidada y sola!

Por eso en la noche oscura
cuando la luna riela;
sobre un hueco de verdura,
cual en mustia sepultura,
estás amapola en vela.

Y yo te he visto tambien,
acaso cuando te irrita
un recuerdo de tu bien,
que al lejos tu roja sien
las puntas de sangre imita.

Y otra vez vuelvo á soñar,
triste amapola, en tu ayer
y en que te pudo formar,
que tú, flor, me haces pensar
en algun hermoso ser.

O quien sabe si serás
un pensamiento atrevido,
que luchando siempre estás
contra el poder del jamás
y la fuerza del olvido!

No, mas bien tu debes ser
el genio de un trovador:
tú imitas su padecer,
su desventura en nacer,
su soledad..... y su amor!



Si solo flor has nacido,
aunque pobre te vestiste,
por mas bella te he elegido:
porque amor lloras y olvido,
que son los que lloro, ay triste!

Mayo.—1841.





MEMORIAS PERDIDAS.

(A mi amigo D. Francisco Gonzalez Elipe.)

Tiernas memorias, dulces, amorosas
Que á la par os perdí con mi ilusion;
Volved, volved, amigas cariñosas,
Volved á consolar mi corazon!

❖❖❖

Venid ornadas de las ricas galas
Que amor un tiempo con usura os dió!
Venid trayendo en vuestras blancas alas
Aquel placer que para mí se huyó!

◆◆◆

Pasad medrosas, susurrando suaves,
Los dulces nombres de mi amante bien!
Pasad ligeras, como raudas aves
Que ván volando á su feliz Edém!

◆◆◆

Ansioso os brinda el triste pensamiento
Su trono inmenso en que podais reinar:
Volved, y aunque brilleis solo un momento,
Venid mi corazon á fascinar!

◆◆◆

No receleis porque vengais contando
Tambien las horas del ingrato afán;
Pues voy solo mis bienes olvidando,
Que aqui mis males, en el alma, están!

◆◆◆

Los largos sueños de amargura intensa,
Las noches lentas de vijilia cruel,
Aqui en mi pecho, y en su herida inmensa,
Continuo vierten su ponzoña y hiel!

◆◆◆

Aquellas siempre de despecho llenas,
Lágrimas tristes que vertió mi amor,
En mis megillas pálidas, serenas,
Ocultas queman con eterno ardor!

◆◆◆

Los recuerdos de luto y de tormento
Que la desdicha me clavó en la sien,
Olvidarlos no puede el pensamiento;
Solo olvidó los de consuelo y bien!

◆◆◆

Tiernas memorias, gratas, amorosas
Que á la par os perdí con mi ilusion,

Volved, dulces amigas cariñosas,
Volved á consolar mi corazon!

❖❖❖

Dejad impresa vuestra blanda huella
Sobre esta frente que dobló el pesar:
Clavad un beso de ternura en ella
Que se sienta en el alma resonar!

❖❖❖

Los rayos mil de vuestra luz divina
Las sombras lancen de mi ardiente afan;
Como arrastra la pálida neblina
Sobre el monte, tronando el huracan.

❖❖❖

Aqui en mi corazon, yermo escampio,
Brotan abrojos que sembró el dolor;
Memorias, sed el bienhechor rocio,
Que anime el cáliz de la muerta flor!

❖❖❖

Las noches largas del helado invierno
Que en vano insomnio pasaré ¡ay de mí!
Sus tristes horas de desvelo eterno,
Que vuestra imájen las consuele, sí!

❖❖❖

Que en esas dulces ilusiones bellas
Que en un recuerdo nos presenta amor,
El alma se entusiasme, y que halle en ellas
Al menos un ensueño encantador!

❖❖❖

Dulce será de la niñez hermosa,
Que sin llegar á disfrutar perdí,
De la inocencia de mi edad de rosa
Que se pasó tan breve para mí,

Guardar como un depósito sagrado
Una memoria al pobre corazon,
Que bañará mi pecho desgarrado,
Cual bálsamo de paz y bendicion!

❖❖❖

Los gratos juegos de inocencia pura,
Los nobles lauros de estudioso afán,
Las horas bellas de infantil ternura,
Que para mi jamás renacerán,

❖❖❖

En ilusion magnífica y dichosa
Los haga mi memoria aparecer:
Y aquella vida que anunció amorosa
Con tanta flor mi juventud crecer!

❖❖❖

No fui entónces tan pobre de ilusiones,
Pues muchas veo que podrán tornar,
Y el fuego en que se abrasan mis pasiones
Con sus aguas purísimas templar!

❖❖❖

Vuelvan ¡ay Dios! las que soñaba un dia,
Y ellas para consuelo bastarán!
Mas que consuelo, encanto y alegria,
Ay! con el tiempo á mi dolor serán!

❖❖❖

Porque es bien poco lo que el alma espera
En las glorias del mundo y su placer:
Y por dichoso en consolar se diera,
El mal presente con el bien de ayer!

❖❖❖

Antes que vuelva el dolorido acento
Sus inútiles quejas á exhalar,
Venid, memorias, entre el raudo viento

Mis pasadas venturas á contar!

❖❖❖

No os separeis un punto de mi lado
Porque otra vez me matará el sufrir!
Si os vais despues de haberme consolado
Solo queriais, ¡ah! verme morir!

❖❖❖

Asi á mi lado, compañeras mias,
Amigas de mi bella juventud,
Solaz y amor de mis primeros dias,
Imájenes de paz y de virtud!

❖❖❖

Asi, conmigo; y siempre, eternamente,
Acariciad mi pobre corazon!
Dormid sobre mi pecho, y en mi frente
Vuestras alas tended de compasion!

❖❖❖

Yo, por jamás os lamenté perdidas;
Al recobraros hallo mas placer,
Que el que encanta á las madres afligidas,
Al ver un hijo de su amor nacer!

❖❖❖

No me dejeis ni por el bosque umbrío;
Ni por el valle que tan triste está;
No se renueve mi dolor impío
Con su silencio sepulcral quizá!

❖❖❖

Acompañadme por la vega hermosa,
Y por las calles del feraz jardin;
Porque alli, otra memoria peligrosa
Podrá poner á vuestro encanto fin!

❖❖❖

En medio del bullicio y las funciones

No me dejeis tampoco de asistir;
Que á sus fuegos se inflaman mis pasiones
Y me puede su incendio consumir!

❖❖❖

Los festines, las músicas, las bellas,
Aun me llaman con plácido clamor:
Dulces memorias, olvidadme de ellas!
Sed los únicos sueños de mi amor!

❖❖❖

Alumbradme en las sombras del camino
Solo vosotras, con la blanda luz,
Con que guia al piadoso peregrino
Del campanario la brillante cruz!

❖❖❖

Solo os quiero sentir! Vosotras solas
Para consuelo celestial bastais!
Placeres de la tierra, sois las olas
Que á los abismos del pesar llevais!

❖❖❖

Solo quiero vivir en lo pasado:
Nada anhelo en el hondo porvenir!
Por recordar lo que dejé olvidado,
Quiero olvidar cuanto podré sentir!

❖❖❖

Temo rasgar el tenebroso velo
Que hay del amor de una mujer en pos;
No quiero ver si su caricia, el cielo
Nos hace hallar que nos promete Dios!

❖❖❖

Tiemblo seguir la vaporosa sombra
De una beldad que se me puede huir:
Que aunque la muerte al infeliz no asombra,
Si soy dichoso sentiré morir!

¿Por qué entre las memorias deliciosas,
Que hoy me acuerdan el tiempo que pasó,
Unicas para mi flores gloriosas
Que el arbol de mi vida floreció,

◆◆◆

Aun vive este recuerdo de amargura
Del mal presente que sufriendo estoy?
¿Por qué destruye el sueño de ventura,
Que aqui en mi mente componiendo voy?

◆◆◆

De este recuerdo la segur temida
Hiende mi entraña con intento vil;
Como nace entre rosas, escondida
La venenosa planta en el pensil!

◆◆◆

Este recuerdo absorve mis sentidos,
Mis pensamientos, toda mi ambicion,
Y cual esclavos miseros rendidos,
Le adoran alma, vida, y corazon!

◆◆◆

No hay pensar sino en él y eternamente;
Es inútil, memorias, que vengais:
En vano calentais mi yerta frente,
Soy ya un cadáver que espirando hallais!

◆◆◆

Es mas fuerte su voz que vuestros cantos:
Vuestro placer le eclipsa su dolor:
Con ser de amor vuestros hechizos tantos,
Es el recuerdo de este amor mayor!

◆◆◆

Huid, huid, memorias deliciosas,
Que á la par os perdí con mi ilusion!
Compadeced mis horas lastimosas:

No, no os puede acoger mi corazon!

❖❖❖

Para abrigar su amor aun no es bastante
Y eso que es sola la que reina en él!
Tan portentosa, mágica, y brillante,
Es la ilusion de mi cariño fiel!

❖❖❖

Yo la idolatro, y mi querer desdeña,
Mas no es razon para olvirla, no!
La lluvia ahueca la marmórea peña,
Con lloro acaso sus entrañas yo!

❖❖❖

Huid, memorias; vuestro amor divierte
Mi inmenso afán, y yo quiero sufrir!
Quiero obligarla con mi triste muerte,
Ya que tan poco alcanzo con vivir!

Enero.—1841.



EL AVENTURERO.

En palafren polvoroso,
con caparazon de acero
acuchillado y mohoso,
cabalga un aventurero
orillas del Ebro undoso.

Era noche de verano;
blanca brillaba la luna,

y su rayo soberano,
del soldado de fortuna
bañaba el rostro tirano.

Sesenta eneros curtieron
su tosca nerviosa frente,
y sus nieves no pudieron
helar la espresion ardiente
que sus ojos despidieron.

El cabello encanecido
orna su tez requemada;
y su vigote torcido,
sobre la boca taimada
oculta un desden fingido.

De bronce casco pesado,
cubre aquel rostro de fiera:
lleva el almete abollado,
y quebrada la visera,
y el penacho despojado.

Entre el galopar lijero
con que el suelo el corcel pisa,
del anciano aventurero
suena este canto guerrero
al par de la blanda brisa.

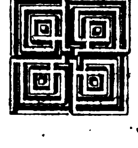
«En la India oriental nací á la vida;
Mi cuna en sus desiertos se meció,

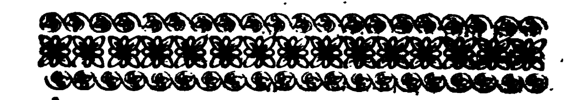
Y mi rostro curtieron sus ardores,
Y curtieron tambien mi corazon.
Jamás recuerda la memoria mia
El dulce nombre del feliz amor;
Ni mi pecho albergó mas esperanzas,
Que esperanzas amargas de dolor!
De madre tierna y cariñoso padre
Jamás entre los brazos dormí yo;
Y en vez de blando seno, en las arenas
Abrasadas, mi sien se reclinó.
En vez de blanca leche de su pecho,
Silvestres yerbas que agostára el sol,
Formaron mi alimento; y como piedra,
Alma y cuerpo á la par se endureció!
En vez de sus palabras de consuelo
El rugido escuchaba del leon,
O el viento que mugia en las montañas,
O de la tempestad la bronca voz!
Así corrieron mis primeros años:
Un juramento el labio pronunció,
Fué la venganza el pensamiento mio,
Y á ajecutarla me lancé veloz.
Cuántas madres lloraron á sus hijos,
Que á su vista inmolaba mi furor!
Estrechaban temblando entre sus brazos
Los esposos la prenda de su amor;
Y he visto yo en su alcázar al magnate
Estremecerse al nombre de Carol!
Mas tambien mis venganzas han cedido
A la sola frenética pasion,
Que triunfa del mortal, y ya las muertes
Olvidé, por pensar en la ambicion:
Donde mayor botin, allí volaba;

Nunca monarca tuve, ni nacion;
Donde mas oro habia, allí presente!
No hay para mí otra idea ni otro Dios!
Esta lanza, blandida por mi diestra,
Que cien tríples corazas traspasó,
Que aunque movida por ancianas fuerzas
Lleva el poder de un joven corazon,
Me basta á mi sustento. En todas partes
Se ambiciona un valiente como yo.
Vuela, pobre corcel, amigo mio,
Mi leal compañero y servidor,
Hoy sufres, yo mañana te prometo
Si hay botin, duplicada la racion.»

Mientras esto cantaba, el negro cuello
Acaricia del noble corredor,
Y desgarra su hijar con las espuelas,
Y el agorero canto prosiguió:
«De tus pasos el eco, á muchas millas,
Apostaré que inspira ya pavor.»
El soldado y sus cantos se perdieron,
Trepando un monte su corcel veloz.

Octubre.—1837.





¡UNA LAGRIMA!

Señora, si las trovas dolorosas
Del triste y melancólico cantor,
Os recuerdan las horas deliciosas
De algun ensueño celestial de amor;

Y si acaso una lágrima furtiva,
Mis tristísimos cantos al leer,
Viene á borrar lo que mi mano escriba,
Trémula por amor de una muger;

Dejadla, por mi bien; que se derrame,
Aunque pueda formar negro borron,
Y su frescor suavísimo embalsame
La llaga de mi herido corazon!

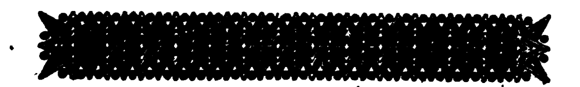
Féliz, si es que merezco á la hermosura
Una lágrima al menos de piedad!
Feliz, si de un suspiro de ternura
Oigo el eco en mi triste soledad!

Que si me dá en tributo cada hermosa
Una lágrima sola de dolor,
Despues, sobre mi tumba silenciosa,
De cada gota nacerá una flor!

Y mi sepulcro unidas sombreando,
Serán guirnaldas de mi muerta sien;
Y al son murmurárán del aire blando:
«Si, coronemos al que amó tan bien!»

Setiembre.—1840.





La Estrella del Amor.

¿Qué luz es esa que alumbra
mi ventana solitaria,
y á mi amorosa plegaria
corresponde con su albor?
¿Qué estrella es esa que arroja
tan melancólicos rayos,
é infunde al alma desmayos,
y á mi pensamiento amor?

—

¿Qué hace tan sola en el cielo
sobre los vientos mecida,
y entre las nubes perdida
como una vela en el mar?
¿Qué mano oculta la guia?
¿De qué resplandor se enciende?
¿Por qué mis ojos suspende
su misterioso brillar?

—

¿Por qué mi trémula vista
hasta su incendio no alcanza?
Si alumbra, ay Dios! mi esperanza,
¿por qué tan lejos de mí?.
Si es el fanal que me anuncia
la blanda arena del puerto,
¿por qué entre nubes cubierto
á mis miradas le vi?

—

No hay duda, esa blanca estrella
que en débil luz se deshace,
es la del alba que nace
y anuncia un sol brillador.
Ella á mis penas presagia
mas lisonjeras auroras,
y el fin de tan tristes horas,
y el principio de mi amor!

—

Me acuerdo: la vez primera
que vi sus lánguidos ojos,
los rayos lánguidos, rojos,
vi de otra estrella tambien!
La vez primera que tierno
su corazon suspiraba,

blanca otra estrella radiaba
sobre su pálida sien!

—

'Las dulces sentidas trobas
que sus gracias me inspiraron,
de los luceros tomaron
calor á su inspiracion!
Los ayes de amor primeros,
y mis primeras querellas,
á la luz de otras estrellas
suspiró mi corazon!

—

En una noche sombría,
á sus serenos destellos,
en sus hermosos cabellos
un beso clavé al pasar!
Y en otra noche, aun me acuerdo,
á su dulcísima lumbre,
de amor y de pesadumbre
sentí su llanto abrasar!

—

De modo que siempre ha sido
una estrella misteriosa,
de mi pasion deliciosa,
dulce amiga, celestial.
Y á sus pacíficos rayos,
los breves sueños han sido
de aquel amor, que he sentido
tan de veras, por mi mal!

—

De aquel amor que no acaba
ni con la noche ni el dia:
que al fin la estrella moria

del claro sol al nacer.
Pero mi pasion fogosa
ni se estingue ni se pasa,
y cada vez mas abrasa
mientras consume mi ser.

—

Para el trance, ay Dios! terrible,
en que el corazon gastado,
y el sufrimiento apurado,
y el alma sin jugo esté;
Cuando esté seco ya el llanto
en los ojos y en el pecho,
y el frio sepulcro un lecho
para descansar le dé;

—

Para entonces no habrá un alma
que le pregunte á esa estrella,
por aquel que á su luz bella
iba á suspirar de amor!
Por aquel náufrago triste,
entre los escollos muerto,
y á quien tan plácido puerto
le aseguraba su albor!

—

No habrá quien lance un suspiro,
que hasta la estrella llegando,
la acuerde el murmullo blando
de mis suspiros tambien:
Ni quien la cante los ecos
de mis dolientes clamores,
ni muestre á sus resplandores
las lágrimas de mi sien!

—

Entonces, ay Dios! entonces,
de mis amores la historia,
ni una olvidada memoria
en su pecho encontrará;
Y se borrarán de su alma
mi fé, mi amor y mi pena,
como una huella en la arena
que levanta el huracán!

—

Entonces huirá la senda
de la floresta enramada,
donde mi tumba olvidada
asombre su corazon:
Y aun temerá hácia los bosques
volver su pálida frente,
por si aun murmura el ambiente
de un cadáver la pasion.

—

Entonces tú, blanca estrella,
sobre mi urna cineraria,
aun brillarás solitaria
sobre el punzon de mi cruz!
Y serás la única amiga
que en la noche irás vagando,
y estarás, triste, velando
mi sepulcro con tu luz.

—

Entonces mi voz helada
por el frio de los muertos,
por esos anchos desiertos
hasta ti no ha de llegar;
Y no podrá agradecida
á tu amoroso consuelo,

ni bendecir tu desvelo,
ni ante tus rayos rezar!

—

Por eso ahora te ofrezco
mis mas humildes plegarias,
mis canciones solitarias,
que al alma inspiró tu albor!
Mis bendiciones mas puras,
y hasta el alma agradecida,
para entonces, de su vida,
hoy te confia su amor!

—

De hoy mas contaré á tí sola
mi afán, mi amor, mis contentos,
mis quejas, mis pensamientos,
mis esperanzas, en fin:
Y ella ignorará, la ingrata,
que tú su amor me entretienes,
y culpará mis desdenes,
y amor tan mudable y ruin!

—

Ignorará la idolatro
mas en cada hora del dia;
que llega la idolatria
de mi exhalada pasion
Hasta desear la muerte,
por dar solaz á su vida;
solo á tí, estrella querida,
abriré mi corazon!

—

Y á tí confio me vengues
de su crueldad y enojos;
y que tus rayos, sus ojos

quemen cual vivo volcán!
Que tus destellos la pinten
mi sombra vaga pasando;
al son de las auras blando,
doliendose de su afán!

—

Y si alza al cielo sus ojos
para contemplar su gloria,
siempre, mi amante memoria
recuerde en tu blanca luz!
Y si el mal que me ha causado
en tus vislumbres la aterra,
y los vuelve hácia la tierra,
espanto la dé mi cruz!

Enero.—1841.



LA AUSENCIA.

Paréceme oscuro el dia
y la noche me dá enojos,
desde que el sól de tus ojos
no amanece para mí;
Llorando me ven las horas,
sin descanso sobre el lecho,
y saltándose del pecho
el corazon hasta ti!

¿No sientes zumbar un eco
por las nubes, apagado,
y en fuego el aire impregnado
quemar tu frente de amor?
Pues ni el fuego, ni los ecos,
son de esas brisas que pasan,
sino mis ayes que abrasan,
y te cuentan mi dolor!

En vano estiendo mis brazos
y te ofrezco el labio mio:
solo el espacio vacío
viene á helar mi corazon!
Huye ilusion maldecida
que asi mientes mi deseo!
Mas no, en tí sola la veo:
no huyas, bendita ilusion!

Vén, no tardes, dulce amiga,
ven á calmar mis congojas,
y á que en tus lábios recojas
los besos que al aire doy!
Ven; que si tu consolabas
mi amargura y mi desvelo,
desque perdí tu consuelo
la vida perdiendo voy!

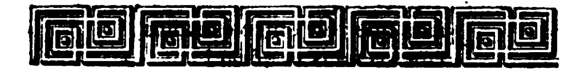
Para dos almas amantes
di ¿no es la muerte la ausencia?
Di ¿nó te falta en paciencia
lo que te sobra en pesar!
Deja ese pais: yo anhelára,
te lo juro por mis años,

mas que reir entre estraños,
con los mios suspirar!

Sincero, puro, ardoroso
te aguarda mi amante seno,
solo con tu imájen lleno,
y con tu hermosa amistad:
El tuyo esperan mis brazos
para ver si en él me encuentro:
pero si, que encierras dentro,
tú, de mi alma la mitad!

Setiembre.—1840.





TEMORES DE LA INOCENCIA.

Por mi mal, edad ya tengo
para temer la falsía,
que el mundo en sus tratos cria
y su torpe adulacion!
Ya sé que el lloro es la herencia
que á la muger ha quedado!
Y soy mujer! Padre amado,
guarda tú mi corazon!

◆◆◆

¿Ves esa nube lluviosa
que fecundiza la tierra?

Tambien en su seno encierra
el rayo de destruccion.
¿Si dá su jugo á las plantas
por qué las abrasa luego?
Guarda, mi padre, te ruego,
guarda tú mi corazon!

❖❖❖

¿Ves esa rosa del prado
de hermosura tan divina?
Oculta crece la espina
junto al fragante boton.
Deslumbra al lejos su encanto;
me acerco, y me siento herida!
Padre mio de mi vida,
guarda tú mi corazon!

❖❖❖

¿Vés de los mares sonoros
las verdes ondas serenas,
y el canto de las sirenas
que vuela por su estension?
Pues ese canto es de muerte,
y esas ondas un abismo!
Guarda mi padre, tú mismo,
guarda tú mi corazon!

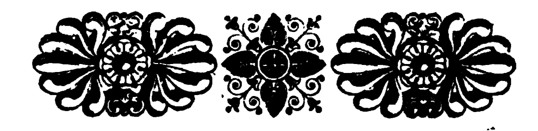
❖❖❖

No ves, en fin, de unos ojos
la dulce y lánguida calma,
que apenas muestran, que un alma
dá á su luz emanacion?
Pues, ay! que esa luz se agita,
y consume como el rayo!
Padre, en tu sien me desmayo,
guarda un pobre corazon!

Estoy huérfana de madre,
por mi mal! Destino impío!
Y de qué madre, Dios mio!
Cual fué por mi su pasion!
Busco otro amor y otro seno
como el seno de mi madre,
solo hallo el tuyo, mi padre;
guarda tú mi corazon!

Agosto.—1837.





MI BOSQUE SOLITARIO.

Hay un bosque frondoso y desierto,
Muy cercano á la orilla del mar,
De cipreses y sauces cubierto,
Cuya sombra convida á llorar.

Donde apenas la trémula luna
Vierte un rayo de pálida luz:
Donde al pié de una turbia laguna
Se levanta una fúnebre cruz!

◆◆◆

Pocas flores esmaltan la arena
Porque es suelo que nunca las dió:
Solo crece la mustia verbena,
Pero siempre marchita creció!

◆◆◆

A ese bosque apartado y sombrio,
Y á su dulce y feliz soledad,
Mis pesares amargos confio,
Mis recuerdos de amor y de paz!

◆◆◆

De sus sombras mi sueño alimento;
Con sus brisas refresco mi sien,
De mis cantos el dulce lamento,
En sus ramas se quiebra tambien.

◆◆◆

Y su calma apacible y serena
Tan profundo consuelo me dá,
Que adormece el dolor de mi pena,
Hasta el punto de amarla quizá!

◆◆◆

Son tan dulces alli mis querellas,
De sus hojas el tardo rumor!
Son tan puras las blancas estrellas
Al travès de su oscuro espesor!

◆◆◆

Tan callada la brisa murmura,
Tan sonoros los tumbos del mar,
Y tan suave la luna fulgura,
Que á su sombra es un bien suspirar!

◆◆◆

Creo yo, que en las noches de estío,
Cuando muestra la luna su albor,

Sobre el vasto ramaje sombrio
Derramando sus luces de amor,

◆◆◆

Que entre el blanco vapor de la niebla
Lindas fadas descienden allí,
Y su canto dulcísimo puebla
Los espacios en torno de mí!

◆◆◆

Leves risas y mágicas danzas
De la sombra entre el pardo vapor,
Me prometen con voz de esperanzas
Lisonjeras caricias de amor!

◆◆◆

Otras veces, sus arpas divinas
Enlazando á un florido laurel,
Cual vibraban las viejas encinas
Otro tiempo el oráculo infiel,

◆◆◆

Me repiten con ecos dolientes
Que una mano invisible vibró,
«Que la gloria es un sueño que miente;
»Que el laurel de las tumbas creció!»

◆◆◆

Yo no acierto á espresar el encanto
De ese bosque que alivia mi afán,
Cuyos árboles altos, del llanto
de mis ojos crecidos están!

◆◆◆

Su retiro me aparta del mundo,
Sin peligro en sus sombras estoy;
Solitario, en mi olvido profundo,
Ni un recuerdo á sus pompas le doy!

De las orgias los falsos placeres
No penetran jamás hasta allí;
Ni la voz de esas bellas mujeres,
De belleza infernal para mi!

◆◆◆

No hay miradas que quemen mis ojos,
No hay suspiros que matan de amor;
No hay querellas, ni eternos enojos,
Que la vida marchitan en flor!

◆◆◆

Al través de los rudos ramajes,
Solo pasa un destello de luz,
Que ilumina entre negros follages,
Esa santa y pobrísima cruz!

◆◆◆

No hay mas cantos, armónicos, suaves,
Que entusiasmen mi muerto anhelar,
Que el clamor de las lánguidas aves,
Que el estruendo confuso del mar.

◆◆◆

Cuando un dia, cruzando el camino
Que circunda su vasto espesor,
huya al bosque el feliz peregino,
Abrasado de polvo y de ardor,

◆◆◆

En su hondura, y de abrojos cubierto,
Un cadáver acaso halle ya!
Sea bendito, si en este desierto
Sepultura á mis restos le dá!

Marzo.—1841.

PAULINA!

Ya el oriente se ilumina
del sol rojo con la lumbre:
que á mi triste pesadumbre
brille el alba de tu amor!
Vén, y al son de mis querellas,
bendigamos esa aurora,
que en tu sien bella, colora
la inocencia y el candor!

Tú en la aurora solo miras
y en sus májicos colores,
á la diosa de las flores
mensajera del favor:
Para tí la luz del cielo
solo alumbra paz y hechizo,
pues tu encanto aun no deshizo
la vergüenza, ni el dolor!

—

Para tí las claras fuentes,
los caudales de los rios,
solo son espejos frios
que retratan tu primor:
La mancilla de tus ojos
no reflejan sus cristales,
pues sus rayos virjinales
son del fuego del pudor!

—

Las sombrosas arboledas
con su triste son perdido,
nunca forman un gemido
que despierte tu temor:
Para tí, solo hay frescura
en sus sombras misteriosas,
y en sus ramas sonorosas,
solo un plácido clamor!

—

El suspiro de los vientos,
para tí alegre resuena:
el crujido de la arena
que ensordece bramador,
Ni te asombra el pensamiento,
ni te ofusca las miradas;

para ti son de las fadas
el suavísimo vapor!

—

Deliciosa edad que pasa
por el medio à la tormenta,
y en que el rayo no amedrenta,
ni el abismo en derredor!
En que no se vé el sepulcro,
sino en él si brotan flores;
y en que se oyen los dolores,
sin saber lo que es dolor!

—

Compañera de mi infancia,
dulce amiga, à quien adoro;
de mis bellos sueños de oro
angel mio inspirador!
Vén, y unidos nuestros brazos,
bendigamos esa aurora
que en tu sien bella, colora
la inocencia y el candor!

—

Diez y nueve años, tu frente
ha alumbrado sin mancilla;
hasta aquella última orilla
ah! no pierdas su esplendor!
Vida, encanto, gloria, hechizos,
tu inocencia te asegura,
en un valle de amargura,
donde el llanto es lo mejor!

—

Guardala: preciosa herencia
es de Dios la virtud santa!
De tan rica, hermosa planta,

dulce paz nace por flor!
Aunque no siempre la dicha
la virtud noble acompaña,
porque el llanto mi sien baña,
que jamás manchó el rubor!

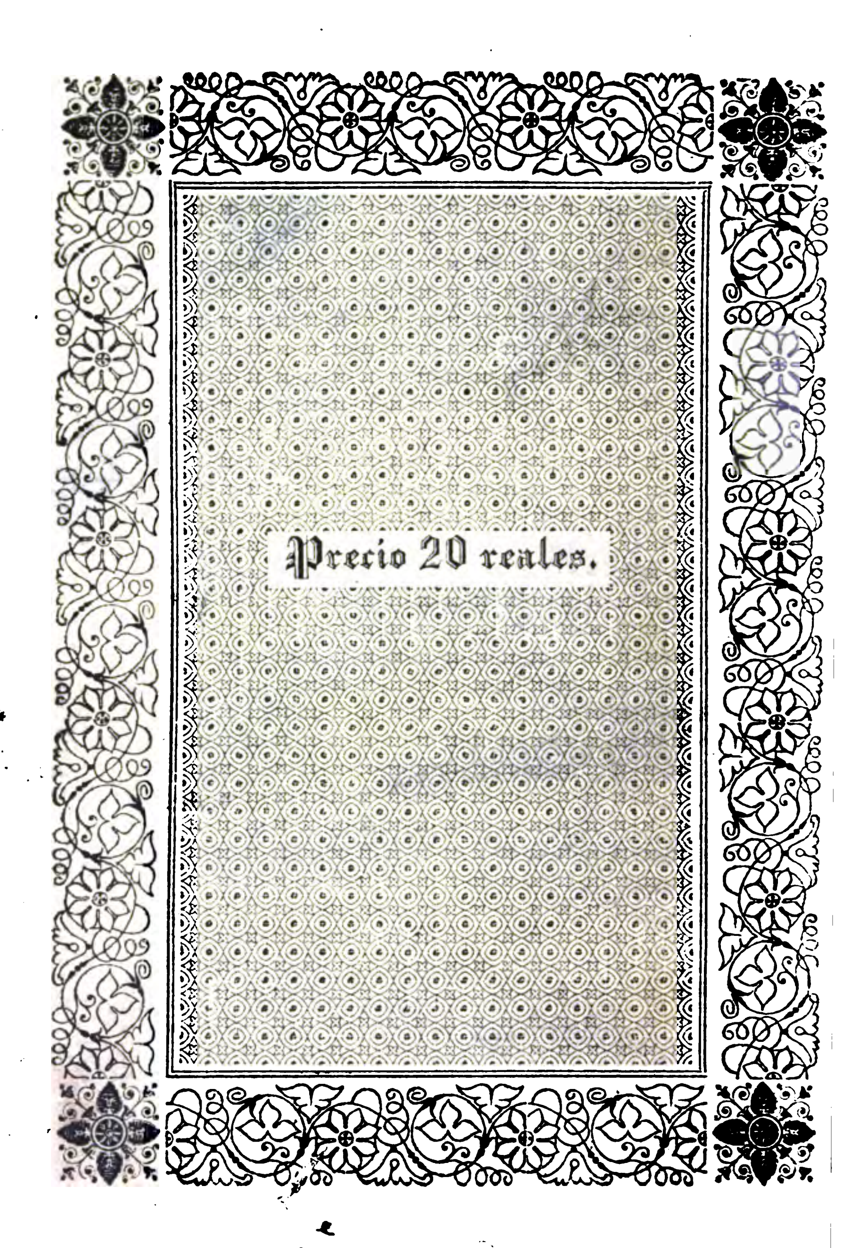
—

Si, yo sufro, y no maldigo
la injusticia de mi estrella;
me bastará, ver en ella
de un crepúsculo el albor,
Que anunciára un nuevo dia
á mis noches de desvelo,
y alentase desde el cieló
la *Esperanza* de mi amor!

Agosto.—1840.



INDICE.


Precio 20 reales.



